







EL CUARTITO DE HORA

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

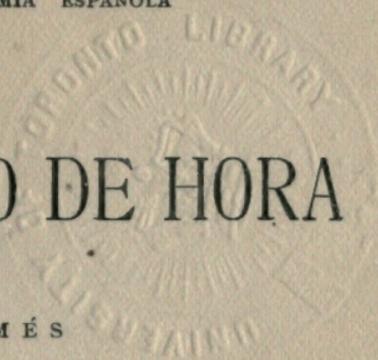
Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1922, by S. y Álvarez Quintero.

A4738cu

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ALVAREZ QUINTERO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



EL CUARTITO DE HORA

ENTREMÉS

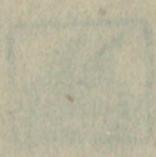
Estrenado en el teatro de Lara
el 8 de Marzo de 1922



187152.
31.1.24.

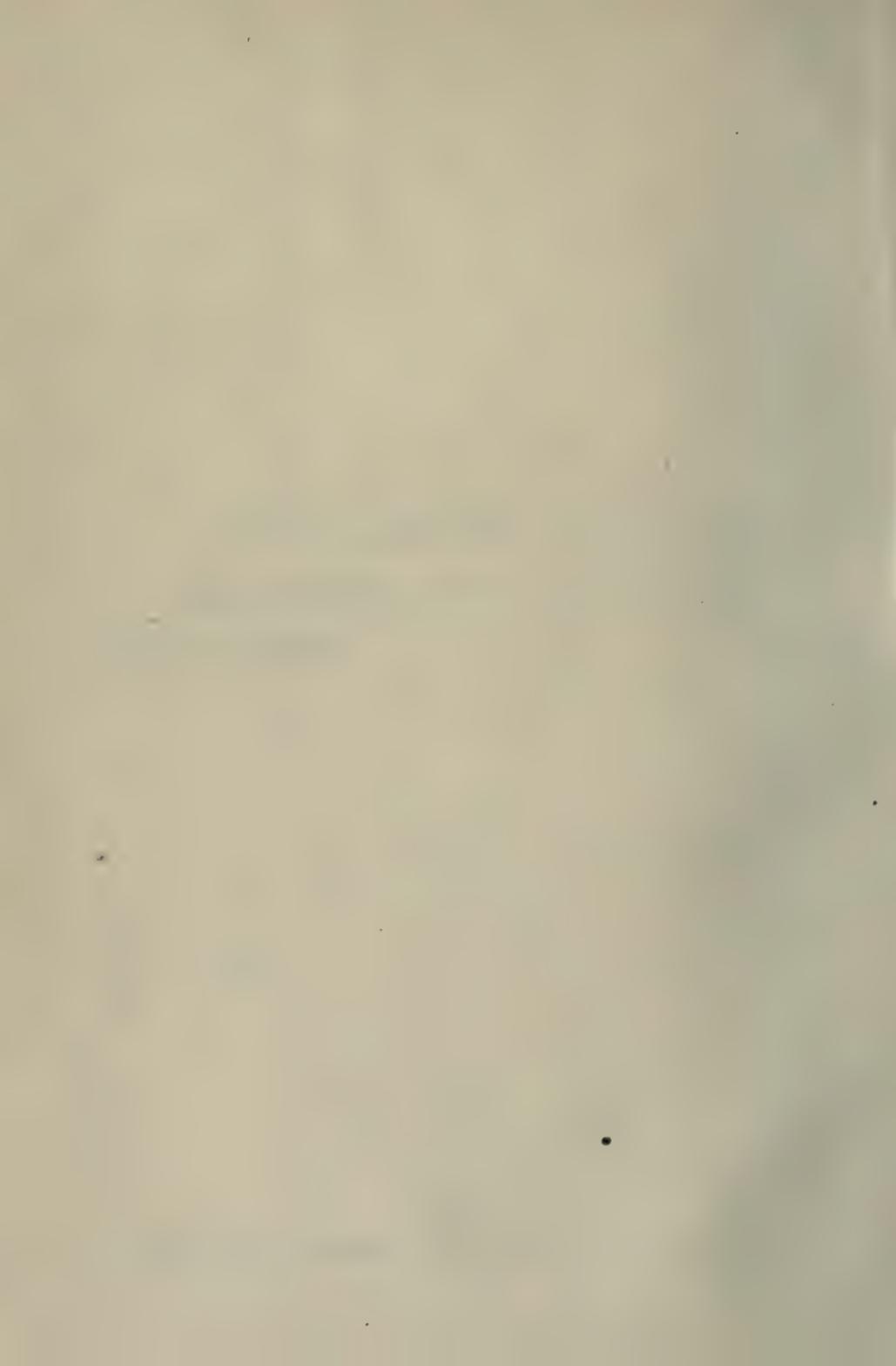
MADRID

1922



A L O L A M E M B R I V E S ,
G A L A D E D O S N A C I O N E S ,

SERAFÍN y JOAQUÍN



REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MARÍA LUISA.....

Lola Membrives.

ROGELIO.....

Ricardo Simó-Raso.

EL CUARTITO DE HORA

Habitación modesta en casa de Rogelio, oficial de una relojería en Sevilla. Balcón a la derecha de la actriz, y puertas a la izquierda y al foro. Limpieza y orden. Es por la mañana, en abril.

María Luisa, la mujer de Rogelio, que da la hora mejor y más a tiempo que todos los relojes que maneja él, sale por la puerta de la izquierda, puesta de veinticinco alfileres.

MARÍA LUISA. No se quejará. Me he echao ensima el equipaje entero. Sobre to, sus cosas. Va a reírse cuando me vea. Se va a reír. Sí se va a reír. Cuando me vea se va a reír. Se va a reír, se va a reír cuando me vea. *Asómase al balcón, gozosa.* ¡Ayí viemel Se va a reír. ¡Lo que lo quiero yo!... ¡Lo que me quiere él... ¡Lo que nos queremos!... Sí nos queremos. Nos queremos mucho. Mucho nos queremos. Somos un matrimonio que nos queremos. Nos queremos. Na tiene que vé que de cuando en cuando haya entre nosotros cosiyas... dijustiyos... cuestasiyas... ¡To los días merengues no pué sél Pero nos queremos. Y se ve en esta fecha. En esta fecha es cuando se ve. En esta fecha. ¡Er día más bonito del año pa nosotros! ¡Más que er Corpus relumbral... ¡Siete años ya!... ¡Mía que siete años, María Luisal... Después de to, poco nos habernos peleao pa siete años. ¡Siete años!... *Suspirando.* ¡Ay!... La pursera, el áni-

yo, la peina, las horquiyitas... ¡qué tronaos estábamos entonses!... los aretes, er pañuelo de taye... ¡y lo que venga hoy! ¿Qué me traerá? ¿Qué me traerá? ¿Qué se le habrá ocurrió? Ya yega. Pronto vi a saberlo.

Se arrincona un poco, para sorprender a Rogelio, que sale por la puerta del foro, al parecer contrariadillo.

ROGELIO. *Entre sí, tirando el sombrero en un mueble.* ¡No se pué uno fiá ni de su sombral! ¡Mardito sea er demonio! Pos ¿y el amo, queriendo también aguar-me la fiesta?

MARÍA LUISA. *Llamándole la atención graciosa-mente.* ¡Ejem! ¡ejem!

Rogelio se vuelve hacia ella, y al mirarla se le alegra el semblante.

ROGELIO. Pero ¿estabas ahí? ¡Digo! Y ¡cómo te has puesto! ¿Vamos a la feria?

MARÍA LUISA. ¡Ya sabía yo que te ibas a reír!

ROGELIO. ¿Vamos a la feria?

MARÍA LUISA. ¿Pa qué? Hoy la feria está en casa. ¿No es verdá?

ROGELIO. ¡Y tan verdá!

MARÍA LUISA. ¡Er día no es pa menos!

ROGELIO. ¡Carcula!

MARÍA LUISA. Fijate. Fijate en lo que tengo en-sima. Y acuérdate der cómo y cuándo... y de antes y de después. Mira: la pursera der primer año, el aniyo der segundo, la peina der tersero, las horquiyas der cuarto, los aretes der quinto... este pañoliyo der sexto... y ahora ¡usté dirá, don Rogelio Parmal ¡Usté dirál

ROGELIO. ¡Mardito seal... Don Rogelio Parma yeva una mañanita...

MARÍA LUISA. ¿Eh?

ROGELIO. Sí. Er prinsipá, que no sabe ponerse

en las cosas. Trabaja uno como un negro to el año; le acredita la relojería... que hoy ya en Seviya es la que más se busca, y me discute la libertá de un día como éste.

MARÍA LUISA. ¿Es de veras?

ROGELIO. Como te lo digo. Y... de lo otro... ahora hablaremos.

Coge su sombrero y se va por la puerta de la izquierda.

MARÍA LUISA. *Desolada.* Se le ha orvidao. Hasta que me ha visto compuesta no se ha acordao der día que es hoy. Se le ha orvidao. Se lo noté en la cara. Ér se echó a reí, pero de la sorpresa. Se le ha orvidao. A éste se le ha orvidao. ¡Qué desengaño, señó, sí se le ha orvidao! Y se le ha orvidao. ¡Ya lo creo que se le ha orvidao! ¡Se le ha orvidao! ¡Se le ha orvidao!

Vuelve Rogelio, que no sabe la que le aguarda.

ROGELIO. Pos verás lo que iba a desirte, María Luisa.

MARÍA LUISA. *Mal dispuesta ya.* A vé.

ROGELIO. Por si era poco er *torosón* que me he tomao con el amo... Salí de ayí... Bueno, hase unos cuantos días pasé por casa de Manolo Sánchez er platero, y me enseñó un coyá de corales que tenía de oportunidá. Muy bonito. Una alhajiya fina. Me enteré de *cómo se yamaba*... ¿tú comprendes?... por si estaba o no a mis arcanses...

MARÍA LUISA. Y no estaba.

ROGELIO. Sí que estaba, sí. Y como se asercaba er día de hoy, lo dejé apartao pa tu persona.

MARÍA LUISA. ¿No yevabas dinero ensima?

ROGELIO. No es eso. Manolo me lo hubiera fíao. Es que había que componerle er brochesiyo.

MARÍA LUISA. ¡Qué casualidál!

ROGELIO. Y yego hoy a recogerlo pa traértelo...

MARÍA LUISA. Y ha habío ladrones esta noche en casa e Manolo.

ROGELIO. No, no ha habío ladrones.

MARÍA LUISA. Sí, hombre, sí; si lo dise er diario. ¡La prueba es que se han yevao mi coyá!

ROGELIO. Entérate, mujé; no empeseamos ya la madeja. Ha tomao Manolo un dependiente nuevo...

MARÍA LUISA. ¿Un dependiente nuevo?

ROGELIO. Un dependiente nuevo, sí; un hijo de un compadre suyo. Y resurta que sin sabé er chiquiyo que er coyá estaba ya vendío por Manolo, lo ha apalabrao con la marquesa de San Roque.

MARÍA LUISA. ¡Carambi!

ROGELIO. No, no; sin ¡carambi!

MARÍA LUISA. ¿Sin ¡carambil eh? ¡Pos hijo, con desirle a la marquesa que ya estaba vendíol...

ROGELIO. De eso se trata; pero es menesté í por sus pasos... La marquesa es una señora muy caprichosa, y además, favorese mucho a Manolo...

MARÍA LUISA. ¡Claro!

ROGELIO. ¡Y el hombre teme dijustarla! Con razón. De tos modos va a vé si consigue...

MARÍA LUISA. ¡No lo consigue!

ROGELIO. ¡O sí!

MARÍA LUISA. ¡No, no lo consigue! Er coyá no viene a esta casa.

ROGELIO. ¡O sí viene, mujé!

MARÍA LUISA. ¡No viene! Er coyá no viene. Y menos hoy, que es cuando ha debido vení. No viene, no viene. Er coyá no viene. No le des vueltas, que no viene er coyá. No viene.

ROGELIO. ¡Bueno!

MARÍA LUISA. Y, naturarmente, no siendo ese coyá, no había pa mí en la tienda ni un mal arfilé de filigrana de plata...

ROGELIO. ¡Había en la tienda muchas cosas, pero como lo der coyá toavía no está resuerto...!

MARÍA LUISA. ¡Ay que risal!

ROGELIO. Ah, pero ¿es que dudas de lo que te digo? ¿Es que crees quisá que se me ha pasao la fecha de hoy?

MARÍA LUISA. ¡A la vista está! Por mucho que tú lo compongas...

ROGELIO. ¡María Luisa!

MARÍA LUISA. ¡Un desengaño así me esperaba, Rogeliol! ¡Quién lo hubiera pensao!

ROGELIO. ¿Le paese a ustedé? ¡Después de la mañana que yevo, este postrel! ¡Ahora mismo vas a vení conmigo a la platería pa convenserte de la verdál!

MARÍA LUISA. ¿Quién, yo? ¿Yo a la platería? Tú no me conoses, Rogelio. ¿Pa qué? ¿Pa que se me tome por una mujé de estas esigentes que traen a los hombres de cabeza? No, hijo mío, no. Yo no me muevo de mi casa. Pa otra vez, ten un poquito de más memoria. Un dedá que me hubieras traído me hubiera dejao tan contenta. ¡No hasían farta tantos coyares! Un dedá a tiempo me bastaba. Un dedá. Un simple dedá. Na más que un dedá. Pero, amigo, cuando las cosas se van der pensamiento... luego no se arreglan fásirmente. ¿Y quiés yevarme ahora a la platería? ¡Qué disparate! ¡Como que te iba a fartá a ti un guiño pa prevení a Manolol! No, hijo, no. Yo no hago esos papeles. Ni soy yo como la vesina de ar lao, qué sacude los vestidos nuevos ar barcón pa que se caiga a la caye la etiqueta der presio y se entere la gente de lo rumboso que es su marido. No, hijo, no. La hija de mi madre no le da un cuarto ar pregonero. ¡Ay Virgen de los Reyes! ¡Qué desengaño más cruél!

ROGELIO. ¡Bueno! *Saca su reloj y mira la hora, dispuesto a armarse de paciencia y a tener calma.*

MARÍA LUISA. Vete, vete cuando quieras a la caye, si estás de prisa; si hay arguien que te espere que te interese más que yo. Vete, vete a la caye. Yo me quedo en mi casa solita. Solita no: con mis lágrimas. ¡Yorando, como nos toca siempre a las pobres mujeres! Las lágrimas acompañan mucho. Esto no lo sabe ningún hombre.

ROGELIO. Pero ¿vas a yorá, criatura? Mírame bien y párate un poco. ¿Tengo yo la curpa de na de esto? ¿Es pa yorá la cosa, mujé?

MARÍA LUISA. ¡Es verdál! ¡Yo no me había dao cuenta! ¡La cosa es pa reíl! ¡Ay qué grasia tienel! ¡A mi marido se le ha orvidao que hoy hase siete años que nos casamos! ¡Ja, ja, ja!

ROGELIO. ¡Eso no se me orvida a mí tan fásil!

MARÍA LUISA. *Airada.* ¿Qué me quíes desí?

ROGELIO. Lo que te he dicho: que no se me orvida tan fási.

MARÍA LUISA. ¿Te has arrepentío quisá der matrimonio? ¿Te pesa? ¡Qué lástimal! ¡Pobresito mártil! ¡Clarol! Te ha tocao una mujé que es una loca, chismosa, cayejera, de tienda en tienda, de corro en corro, que no está en casa nunca, gastadora, susia, abandoná... Tú tomas tos los días pegaos los garbanos, pegao er chocolate, pegao el arroz... los pantalones los yevas con sarpa, er sombrero con porvo, los puños con flecos, los carsetines con *witas*... ¡Desgrasias que hay en este mundo! ¡Qué lástima de hombre! ¡La sapatiya que le ha tocao!

Rogelio no deja de mirarla de cuando en cuando, conteniéndose siempre para no contestarle.

ROGELIO. Sigue, sigue. ¡Qué le vamos a hasél!

MARÍA LUISA. ¡Naturá que sigol! ¿No tengo de seguí? ¿Qué menos va una a procurarse que este desahogo? Si no me quieres escuchá, tápate las orejas o vete. Pero yo sigo. ¡Vaya si sigol!

ROGELIO. Sigue, sigue.

MARÍA LUISA. ¡Ya lo creo que sigol! ¡Y tanto como sigol! ¡Me lo dijo argunas veses mi madre!... ¡Jesús! ¡Las veses que me lo dijo mi madre!... ¡Pobresital! ¡Cuidao que me lo dijo veses mi madre!... ¡No se cansaba de desírmelol! ¡No se cansaba! Me lo dijo, me lo dijo mi madre... ¡Miste que me lo dijo mi madre!...

ROGELIO. ¡Acaba de una vez la copla! ¿Qué fué lo que te dijo tu madre?

MARÍA LUISA. ¡Que me casaba con un embusterol!

ROGELIO. ¡Bien sabe Dios que no lo soy!

MARÍA LUISA. ¡Pobresital! ¡Si levantara la cabeza!

ROGELIO. ¡Era lo único que hoy me fartaba!

MARÍA LUISA. *Herida en lo más vivo.* Mira, Rogelio: pa hablá tú de mi madre te enjuagas la boca. Cuidaíto, ¿eh? Te enjuagas la boca. Pa hablá de mi madre tú te enjuagas la boca. ¿Lo oyes? Te enjuagas la boca. Te enjuagas tú la boca pa hablá de mi madre. Te enjuagas la boca. Te enjuagas la boca. Te enjuagas la boca. *Rogelio, de puro nervioso, gesticula como si se la enjuagara en efecto.* ¿Qué haces?

ROGELIO. ¡Enjuagarme la boca, porque voy a tené que seguí hablando de tu madre... y pué que de tu padre!

MARÍA LUISA. ¡Rogelio!

ROGELIO. ¡María Luisa!

MARÍA LUISA. ¡Arto ahíl Ojo con lo que dises. Mi padre es sagrao. Pa hablá tú de mi padre...

ROGELIO. ¿Qué enjuagatorio va a hasé farta?

MARÍA LUISA. Pa hablá tú de mi padre tienes que vestirme de limpio.

ROGELIO. Hasta er domingo no me toca.

MARÍA LUISA. Pos espérate ar domingo pa hablá de é. Mi padre es sagrao. Y dejemos ya a la familia.

ROGELIO. Sí; bastante hay contigo.

MARÍA LUISA. ¡Ay, si me valiera dá media vuelta

y dejarte solo, qué a gustito iba yo a dormí aqueya nochel ¡Qué a gustito! ¡Sin tropesá con nadie ar rebuyirmel ¡Qué a gustito! Pero en eso descansas tú: en que desiendo de buena sepa; en que no he de dá campaná ninguna; en que soy trigo limpio. ¡Por qué no te casaste con aqueya primera novia, presioso? ¡Manolita Sancajos! ¡Esa era la que a ti te tocabal ¡Qué doló de equivocación! ¡Qué perla de mujé pa este hombre! Pero, en fin; Dios lo quiso. Sería mi suerte.

ROGELIO. Y la mía.

MARÍA LUISA. ¡Y la tuya también! ¡También la tuyal ¡La tuya también! Lo pues desí muy arto. ¿O te piensas que no has tenío tú suerte ar tropesá conmigo?

ROGELIO. ¡Er gordo me ha tocaol

MARÍA LUISA. Por supuesto, que tanto va er cántaro a la fuente... Las mujeres buenas también nos cansamos. También nos cansamos las mujeres buenas. También nos cansamos. También nos cansamos. Nos cansamos también. Nos cansamos. Y la cuestesita abajo es agradable y tiene jabón. Tiene jabón la cuestesita. Tiene jabón. Resbala, resbala la cuestesita abajo. Tiene, tiene jabón. Y a nadie hay que pedirle milagros... Somos de carne y hueso. Y una mujé desengañá y aburría dispone de muchas horas pa pensá cosas malas. *Rogelio, a espaldas de ella, coge nerviosamente una silla en actitud amenazadora; pero al cabo la suelta mediante un esfuerzo de su voluntad. Ella, sin embargo, lo advierte, y desafía a Rogelio con la mirada, continuando luego su desahogo.* Y er pensamiento es libre: er pensamiento no reconose vaya-dá. Y una compara. Sin queré; pero una compara. Se le viene a la idea compará, y compara. Pasa a la vera de una un hombre guapo, y una compara. Compara una. Aunque una no quiera compará, compara. Y el

hombre le dise a una una finesa, y una le da oídos. ¿A qué mujé le desagrada una finesa? Y sin queré se acuerda una der pueico-espín que tiene en su casa. Se acuerda una sin queré. Se acuerda una. Es sin queré; pero una se acuerda. Se acuerda una. Yo no soy ventanera ni nunca lo he sido, y el otro día estaba en la ventana der cayejón—¡porque no soy mora tampoco, y me gusta asomarme a la reja de cuando en cuando a que me dé el aire! — y pasó *Clavija* er siyero, que no pueo negá que me hase grasía... Me hase grasía *Clavija*. Me hase grasía. *Clavija* es un hombre que a mí me hase grasía. *Al oír Rogelio esto de la gracia que le hace «Clavija», mira nuevamente su reloj y se marcha luego por la puerta de la izquierda, sin que ella, que a la sazón le ha vuelto la espalda, se dé cuenta de que se va.* Escuchá a un hombre que a una le hase grasía no es ningún delito. A nadie se le farta con eso. Le hase a una grasía un hombre y lo escucha. Un delito no es. Pero por ahí se empiesa er plato de durse. Se mete un deo y se chupa. Por ahí se empiesa. Y si una tuviera con quién distraerse, ahí se quedaba. Pero ¿qué va una a hasé? Si su marido la abandona y una no tiene hijos, ¿qué va una a hasé? Una mujé sin hijos, por santa que sea, en una hora de aburrimiento mete er deo en er plato de durse. ¡Ay si yo tuviera hijos con quien consolarme de mis penas! ¡Por malos y por feos que fueran! ¡Aunque fueran muy feos! ¡Aunque se parecieran a til *Dice esto volviéndose.* ¡Ahl Pero ¿se ha ido? ¿Habría insolensía? ¿Habría descaro? ¡No, pos lo de los hijos me lo oye! *Éntrase por la puerta del foro, sin dejar de hablar, persiguiendo a Rogelio. La voz se aleja y se acerca en el interior una o dos veces.* ¡Sí, sí; si yo tuviera hijos sería otra cosal! ¡Ya podías estarte dos meses sin verme! ¿A mí, qué? ¡Pa eso estaban conmigo mis hijos! Pero pa tené hijos hase farta ca-

riño. Mucho cariño. ¡Hase farta mucho cariño pa tené hijos! Y tú no sabes de eso. Tú no me has querío a mí nunca de veras. ¡Nunca, nunca! No, no te tapes los oídos; me tienes que escuchá. ¡Tú no me has querío nunca! También me lo dijo mi madre. También me lo dijo. Mi madre me lo dijo también. «¡Ese hombre no te quiere! ¡No te cases con ese hombre, María Luisa, que no te quiere!» ¡Me lo dijo mi madre! ¡Pobresital! ¡Me lo dijo, me lo dijo mi madre! *Salen al cabo uno detrás de otro por la puerta de la izquierda. Rogelio trae el sombrero en la mano para irse a la calle. Contestando, desesperado ya, a la última frase de María Luisa, exclama:*

ROGELIO. Y ¿por qué no me lo dijo a mí? *En seguida se va por la puerta del foro.*

Ella se deja caer en una silla, angustiada.

MARÍA LUISA. ¡Qué penal! ¡Qué pena tan atrozo! ¡Mi marido me huyel! ¡Y en este día tan señalao! ¡Soy la mujé más desgrasiá der mundol! *Llora largamente en varios tonos.*

Pausa.

Sale de nuevo por la misma puerta del foro Rogelio, con una cartita y otra cara.

ROGELIO. María Luisa. *Ella le vuelve la espalda bruscamente.* María Luisa. ¿No quieres que te hable?

MARÍA LUISA. No.

ROGELIO. ¿Ni que te lea? *María Luisa lo mira con rabia, como si creyese que él se burla.* ¿Tampoco? Es que acaba de yegá esta cartita... Tú no tienes humó de cartas, ¿verdád? ¡Buenol! Pos la leeré yo solo. Es de Manolito er platero. *A un gesto de ella.* ¡Sí, hija, sí! ¡De Manolito er platerol! ¡Hay Providensial Dios, que es varón y se condolese arguna vez de sus semejantes... ¡Como está *sortero!*... Vamos con la cartita. Si no la quiés escuchá, pués irte. O asomarte un momento ar barcón, por si pasa *Clavija.* ¡Es tan grasio-

sol ¡Clavija es tan grasiosol *De ella se apodera una singular inquietud. Él lee.* «Querido Rogelio: la señora marquesa de San Roque no tiene inconveniente ninguno en cambiá er coyarito de corales por otra chuchería.» ¡Ejem! ¡ejem! Ca vez me hase más daño er tabaco. «De manera que esta misma tarde lo ten-trá usté en su casa con er broche compuesto.» ¡Con er broche compuesto! «Que María Luisa lo disfrute muchos años en salú... y que usté lo vea. Su amigo, Manolo.» *Pausa. La mira... de la única manera po-sible.*

MARÍA LUISA. *Con la cabeza baja, pero sonriendo.*
¡Rogelio!

ROGELIO. ¡María Luisa!

MARÍA LUISA. ¡Rogelio de mi armal

ROGELIO. *Respirando, como a quien le llega la suya.* ¡Ayl! ¡Grasias a Dios! Te lo dijo tu madre. Tu madre te lo dijo. A ti te lo dijo tu madre. Te lo dijo. Te lo dijo tu madre. Yo me enjuago la boca pa hablá de tu madre. Me enjuago yo la boca. Pero a ti te lo dijo. «¡Te casas con un embusterol!»

MARÍA LUISA. ¡Rogelio de mi arma! ¡Tú no has sío nunca vengativo! ¡No lo seas ahora! ¡Es er cariño que te tengo, que a veses me siega!

ROGELIO. Te siega, te siega.

MARÍA LUISA. ¡Me siega!

ROGELIO. ¡Como que no has visto er guiño que yo le he hecho ar platero desde aquí pa que escriba esta cartal

MARÍA LUISA. Rogelio, no seas vengativo. No seas vengativo, Rogelio. No seas vengativo. Rogelio, no seas vengativo. Me perdonas, ¿verdá? *Yendo a él y colgándosele del cuello.* Sí me perdonas. Sí me perdonas, sí. Tú me perdonas. ¿Verdá que me perdonas, Rogelio? Dime que me perdonas. Sí me perdonas, sí. Me perdonas. Tú me perdonas. ¡Pobresito míol! ¡Los

disparates que te he enjaretao! ¡Mía que te he enjaretao disparates! Y ¡con qué carma me escuchabas!

ROGELIO. ¡Psché! La esperiensiá.

MARÍA LUISA. La esperiensiá, ¿verdád? Las mujeres tenemos la curpa de to lo malo que hagan con nosotras los hombres. Tenemos la curpa. Las mujeres tenemos la curpa. La tenemos. Tenemos la curpa las mujeres. Los empujamos, los trastornamos, los precipitamos...

ROGELIO. ¡Eso es! Ni más ni menos. Disen que hay un cuartito de hora en que la que más mira menos ve; la más firme se hace de sera, y la más amarga de caramelo. ¡Er cuartito de hora famosol Pero en cambio de ése hay otro cuartito de hora—y esto te lo dise a ti un relojero experimentao—en que la mujé más buena se vuelve un demonio. Ni ve, ni oye, ni entiende, ni quiere a nadie entonses, ni le importa más que lo que se le mete entre seja y seja. Sabe que es mujé, sabe lo que vale pa el hombre, sabe que el hombre no va a matarla, y aprieta los torniyos con toas sus fuersas. Insurta, mortifica, ofende, inventa cosas imposibles... Pide er só, pide la luna, pide las estreyas de rabo... ¿Qué vi a contarte yo? ¡Tú lo sabes mejó que nadie! Pos bueno: el hombre que, como este cura, deja pasá ese cuartito de hora cayao como en misa, como una penitensia, o como se deja pasá una nube que trae pedrisco, ése está sarvao y siempre recoge su premio. Er que no tiene aguante y discute, ése ha hecho su suerte. ¡Dios sabe adónde irá a parál Porque a las mujeres se les debe hasé caso siempre... menos en ese cuartito de hora. Conque dale gracias a Dios que en vez de marido te ha deparao un *termo*... que conserva siempre su interiód a la temperatura que le conviene.

MARÍA LUISA. ¡Por la gloria de mi madre, Rogelio, que este va a sé mi úrtimo cuartito de horal

ROGELIO. ¡De esa clase!

MARÍA LUISA. ¡Claro! ¡Los cambiaré por los de la otra!

ROGELIO. ¡Así se!

MARÍA LUISA. ¡Perdóname er mar rato, Rogelio! ¡Perdóname de veras tos los desatinos que te he dicho!

ROGELIO. ¡Ya están perdonaos!

MARÍA LUISA. ¡Tos eyos! ¡tos eyos! ¡Porque tú comprenderás que a mí no me hase gracia *Clavija!*

ROGELIO. ¡Ni a nadie!

MARÍA LUISA. ¡A mí *Clavija* no me hase gracia! ¡A mí no me hase gracia *Clavija!* ¡Te lo juro!

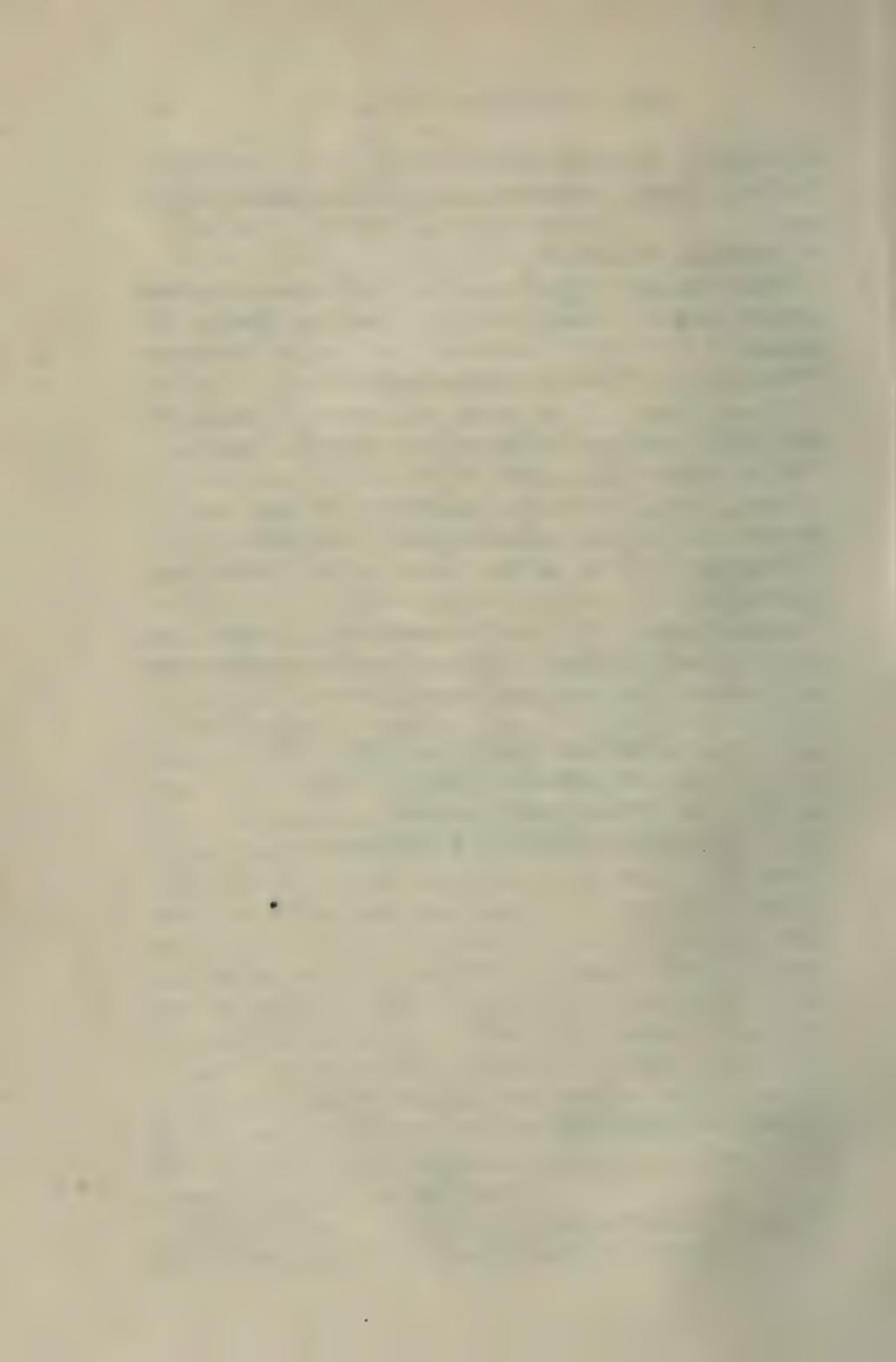
ROGELIO. ¡A ti no te hase gracia nadie más que yo!

MARÍA LUISA. ¡Esa es la verdá más grande que has dicho esta mañana! ¡Ay, qué contenta estoy con mi Rogelio! ¡Qué contenta estoy!...

También después de una pelea
hay un cuartito de hora bueno
en que er cariño saborea
la miel que sale der veneno.

FIN

Madrid, febrero, 1922.



OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—As se escribe la historia.—Febrerillo el loco.—Pasionera.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.—El mundo es un pañuelo.—Ramo de locura.—La prisa.—Antón Caballero.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrin o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita

nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.—La moral de Arrabales.—La flor en el libro.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito de hora.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.—Los pápiros.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los gaileotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañuela, arbitrista.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernandao Fe, Madria.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madrid.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madria.*

Ruido de faldas, *pasos y entremeses escogidos, con un prólogo sobre el trabajo de la mujer. Enciclopedia, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Editea with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), per GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), per JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Cain*), per JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), per GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), per LUIGI MOTTA.

Il centenario, per FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, per GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), per ENRICO TESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quien me recuerda usted?*)—Così si scrive la storia, per GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), per GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), per CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), per el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), per J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), per MARY V. HAKEN.

Begegnung (*Mañana de sol*), per FRANZISKA BECKER y S. GRÄFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le chouchou (*El ojito derecho*), por MAURICE COINDREAU.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*).—Malvaloca, por JOÃO SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por ALICE PESTANA (Caêl).

A Dama Branca (*Doña Clarines*).—O centenario, por ALBERTO DE MORAES.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1922, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ALVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LAS BENDITAS
MÁSCARAS

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el Teatro del Centro
el 27 de Mayo de 1922



MADRID

1922

REVISTA DE
ESTADÍSTICA
Y ECONOMÍA

REVISTA DE ESTADÍSTICA Y ECONOMÍA

Publicada por el
Ministerio de Hacienda

Director: Sr. D. J. GARCÍA GÓMEZ
Vice-Director: Sr. D. J. GARCÍA GÓMEZ



*A LA FEDERACIÓN DE SINDICATOS OBREROS
FEMENINOS DE LA INMACULADA*

LOS AUTORES.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ALEJANDRINA... ..	MARÍA F. LADRÓN DE GUEVARA.
EDMUNDO.....	RAFAEL RIVELLES.

LAS BENDITAS MÁSCARAS

Cuarto de estudio en casa de Edmundo Rasales, en Madrid. Puerta a la derecha del actor. Muebles cómodos. Un gran espejo. Libros, papeles, periódicos, fotografías de personas notables, etc. Es por la mañana.

Edmundo, joven actor que disfruta de la luna de miel con la opinión pública, estudia su papel en una comedia próxima a estrenarse. Grita, gesticula, se mira al espejo, y ni se gusta él ni le gusta el papel tampoco.

EDMUNDO. «¡Aquí me tienes, sí; mírame cuanto quieras; no me arredrol ¿Qué pretendes de mí, murciélagos biliosos?» ¡Murciélagos biliosos!... ¡Vaya si es raro y antipático el lenguaje de esta comedia! «¿Qué pretendes de mí, murciélagos biliosos?» Nada, no me sale. Es que me da risa. ¡Yo no soy actor que sepa decir estas cosas! Además, veo frente a mí a Bermúdez, que es el *murciélagos*, y no hallo manera de hablar. En fin, Edmundo, hay que tener paciencia: no todos han de ser papeles bonitos. *Enciende maquinalmente un cigarrillo y vuelve a su ensayo.* «¿Qué quieres, miserable reptil? ¿Qué buscas, prójimo execrable? ¿Sangre? ¡Pues yo te saciaré! ¿Escándalo? ¡Pues habrá escándalo! ¡Habrá escándalo!» ¿Y esta frasecita, si lleva el público mal vino? «¡Tú y yo hemos nacido para odiarnos eternamente! ¡Si tú aspiraras a ser Dios, yo querría ser Satanás!» *Burlándose.* ¡Bra-

vo! ¡Voy a estar en ridículo toda la noche! *Llaman a la puerta. Adelante, murciélago bilioso. Vuelven a llamar. Entra, Polilla, entra.*

Y se abre la puerta, y no aparece en ella Polilla, precisamente, ni mucho menos un murciélago; sino Alejandrina Astudillo, gentil y bella dama.

ALEJANDRINA. Perdone usted; no es su criado.

EDMUNDO. ¡Señoral

ALEJANDRINA. Perdone usted. Polilla, su criado, ha cumplido su deber escrupulosamente; me ha asegurado que no está usted en casa; pero como los gritos de usted se oyen desde la portería... no he podido creerlo.

EDMUNDO. Pase usted, señora; pase usted... y siéntese.

ALEJANDRINA. Muchas gracias. Y no le riña usted luego al chico, que ha defendido la entrada como un león. ¡Hasta llegó a decirme que no era usted el que gritaba; que era un gramófono!

EDMUNDO. ¡Ja, ja, ja! Lo tengo bien aleccionado.

ALEJANDRINA. Pero ha sido inútil esta vez.

EDMUNDO. *Galante.* Y no me pesa.

ALEJANDRINA. Eso... ya lo veremos. No se precipite usted a hacer declaraciones. Y entérese de esta cartita de un amigo suyo, para que sepa con quién habla.

EDMUNDO. ¡Ahl de Arellano; de mi doctor.

ALEJANDRINA. Que es el mío, justamente. Me asiste de muchas afecciones de la garganta, como a usted.

EDMUNDO. ¿Es usted actriz?

ALEJANDRINA. No, señor; pero hablo al cabo del día más que media docena de actrices en día de beneficio. Y, es claro, me resiento...

EDMUNDO. Ya. Arellano me dice en la carta una cosa que no tenía necesidad de decírmela.

ALEJANDRINA. ¿Y eso?

EDMUNDO. Me dice que es usted muy guapa.

ALEJANDRINA.

Vendrá en verso... y será un ripio...

¿No?

EDMUNDO. No, señora; porque a la vista está.

ALEJANDRINA. Aunque era inevitable la galantería, la agradezco. Y ¿qué más le dice Arellano?

EDMUNDO. Me dice que es usted viuda... ¡viuda!... ¡tan joven!... — y que es menester que yo la atienda.

ALEJANDRINA. Las dos cosas son ciertas; pero independientes... La atención que usted ha de prestarme es en absoluto ajena a mi viudez. Cuidadito... Sólo que usted, como galán de moda, en seguida ha visto otro horizonté...

EDMUNDO. No, no, señora.

ALEJANDRINA. Sí, sí, señor.

EDMUNDO. Bien: usted me dirá entonces en qué puedo servirla.

ALEJANDRINA. De usted dependerá que me vaya prontito... y que no me cueste la conversación dos o tres visitas de Arellano.

EDMUNDO. Lo que es si depende de mí que se vaya usted pronto... En fin, soy todo oídos.

ALEJANDRINA. Antes que nada, debo pedirle a usted perdón.

EDMUNDO. ¿Perdón?

ALEJANDRINA. Sí: por haber llegado inoportunamente. Lo he quitado a usted de estudiar. ¿No estudiaba usted en voz alta?

EDMUNDO. Sí; pero...

ALEJANDRINA. ¿La comedia que se anuncia para el lunes, quizás?

EDMUNDO. La misma.

ALEJANDRINA. Iré a verla: iré a aplaudirlo a usted.

EDMUNDO. Va a ser difícil.

ALEJANDRINA. Soy una gran admiradora suya y encontraré ocasión.

EDMUNDO. Muy amable.

ALEJANDRINA. ¿Acaba bien o acaba mal la obra? Porque a mí me ponen nerviosa los desenlaces terroríficos o tristes. ¿Acaba bien?

EDMUNDO. No puedo precisarlo, señora.

ALEJANDRINA. ¿Cómo es eso?

EDMUNDO. Porque acaba en boda... y ¡vaya usted a saber! ¡Yo, al menos, no sé si eso es acabar bien o acabar mal!

ALEJANDRINA. ¡Ah, vamos! ¡Qué ingeniosos! Sí: la humanidad no se ha puesto de acuerdo todavía... Cada cual habla de la feria según le va en ella. Y, dejando a un lado el matrimonio y sus consecuencias, ¿a qué se figura usted que vengo?

EDMUNDO. No me figuro nada. Deseando estoy que usted me lo diga.

ALEJANDRINA. ¡Pues vengo a conquistarlo a usted!

EDMUNDO. ¡Qué suerte la mía!

ALEJANDRINA. Así, así: a conquistarlo a usted; al actor mimado y aplaudido... Pero he de advertirle que no soy la de la cartita de esta mañana.

EDMUNDO. ¿Quién le ha dicho a usted...?

ALEJANDRINA. Nadie. Es una hipótesis. Un hombre como usted, que sale a triunfo por obra, ¿cómo no ha de recibir una de esas cartitas a diario?

EDMUNDO. Hay mucho de leyenda en eso.

ALEJANDRINA. Modestia de usted. Mi conquista, de todos modos, ¡es cosa tan distinta, señor galán!... Alguna vez hay que salir del jardín... En su carrera de triunfos no todo han de ser billetes perfumados, miraditas candentes, golpes de gemelos desde los palcos, etc., etc. ¿No es verdad que hablo mucho? ¿No es verdad que mi médico es natural que sea un especialista de la garganta?

EDMUNDO. Sobre esa pregunta se me ocurren dos o tres piropos.

ALEJANDRINA. Pues déjelos usted para mejor coyuntura, y vamos al caso. ¿Conoce usted en Madrid una institución que se llama «Las Obreritas?»

EDMUNDO. No, señora. Algo he oído, pero...

ALEJANDRINA. No es extraño que la desconozca. Es de creación reciente. Yo soy un poco fundadora de ella. Varias amigas mías y yo, interesadas por la suerte de las muchachas pobres, que no viven sino de su trabajo, hemos creado esa asociación.

EDMUNDO. «¿Las Obreritas?»

ALEJANDRINA. Sí. Nuestra misión es dar sombra y cobijo, protección y consejo amable a tanta desheredada de la fortuna como existe. Hacerles ver de cerca, por el trato y el afecto constantes, que hay quien se preocupa de su situación en el mundo. Las atraemos, las educamos, las alejamos de los riesgos posibles, de los abusos de los explotadores de su labor modesta... ¿Comprende usted lo generoso de la causa?

EDMUNDO. Y felicito ardientemente a la fundadora de tan simpática institución.

ALEJANDRINA. A una de ellas. A la que menos vale, sin duda; pero a la más atrevida y charlatana.

EDMUNDO. Desde luego a la más...

ALEJANDRINA. Deje usted también ese piropo... ¡porque no conoce usted a las otras, y puede ser injusto! Pues bien, amigo mío: esta institución, de la que yo me enorgullezco; esta institución, por la que todas recibimos constantes felicitaciones; esta institución, tan altruísta a todas luces; esta institución, que aspiramos a que sea ejemplo de las de su clase... esta institución... ¡no tiene dos pesetas!

EDMUNDO. Cosa muy de sentir.

ALEJANDRINA. Pero remediable. No tuerza usted el gesto.

EDMUNDO. No he torcido nada.

ALEJANDRINA. Ni se ponga en guardia tampoco, porque no es dinero lo que vengo a pedirle. Ya solté que vengo a pedirle a usted alguna cosa.

EDMUNDO. ¡Ojalá esté en mi manol...

ALEJANDRINA. Está. El teatro, que en estos tiempos y en España viene siendo inagotable fuente de caridad, paño de lágrimas de muchísimos necesitados, no ha de mostrarse indiferente a «Las Obreritas». Estamos organizando una función a beneficio de la Caja social, y queremos, para que en un día se agoten todas las localidades, todas, todas, todas, vendidas a buen precio, que usted trabaje en ella.

EDMUNDO. ¡Válgame Dios!

ALEJANDRINA. ¿Eso será una frase de la comedia que estudia usted, que se le ha venido a los labios?

EDMUNDO. ¡No, señoral! ¡Es una frase que pinta mi apuro, mi contrariedad ante usted, ya que me ha pedido lo único, lo único, lo único en que me es imposible complacerla!

ALEJANDRINA. ¿Imposible?

EDMUNDO. Imposible.

ALEJANDRINA. ¿No puede usted tomar parte en esa función de «Las Obreritas»?

EDMUNDO. No puedo.

ALEJANDRINA. ¿Está usted afónico?

EDMUNDO. Ya ve usted que no; pero no puedo. Y crea usted que lo lamento a par del alma.

ALEJANDRINA. No lo lamente usted.

EDMUNDO. ¿Cómo?

ALEJANDRINA. Porque no hay caso, simplemente. Porque yo no me marché de aquí hasta que usted me diga que toma parte en ella. Voy a mudar de sitio. Esta butaca parece más cómoda. Usted pensará: ¡vaya una señora resuelta!

EDMUNDO. Está usted en su casa, y...

ALEJANDRINA. Conque mire, mire cómo se vuelve atrás. ¿Por qué ha de negarnos usted su concurso, su colaboración, tan valiosa, tan indispensable?...

EDMUNDO. Porque no depende de mí. No hace todavía un mes hemos tomado solemnemente la mayoría de los actores el acuerdo de no prestarnos en lo sucesivo a intervenir en ese género de fiestas.

ALEJANDRINA. ¡Qué disparate!

EDMUNDO. ¿Disparate?

ALEJANDRINA. Y me quedo corta. Es una manía de los hombres esta de tomar acuerdos radicales para no cumplirlos después. ¿Por qué son ustedes tan ligeros?

EDMUNDO. Lo que es éste, por mí...

ALEJANDRINA. Vamos, no se haga usted ilusiones, Edmundo.

EDMUNDO. He empeñado mi palabra, Alejandra.

ALEJANDRINA. Entre los dos la desempeñaremos. ¡Qué bien se está en esta butaca!

EDMUNDO. Además, le he negado ya el mismo favor a algunas otras damas de distintas clases sociales.

ALEJANDRINA. ¡Si lo sé; si todas son amigas mías!...

EDMUNDO. ¡Y seguramente estarán esperando a que yo le diga a usted que sí, para caer sobre mí como una nubl

ALEJANDRINA. Eso, allá ellas.

EDMUNDO. ¡Eso, seguramentel ¡Si el abuso de estas funciones—disculpe usted la claridad con que le hablo—ha sido la causa fundamental de nuestro acuerdo!

ALEJANDRINA. ¿Les piden a ustedes que trabajen en muchas funciones, verdad?

EDMUNDO. ¡En miles!

ALEJANDRINA. Sí que es abusar. Yo, en cambio,

ya ve usted, sólo le pido a usted que trabaje en una: en la nuestra.

EDMUNDO. ¡Así razonan todos! ¡Y no pasa día sin que uno de nosotros reciba una petición semejante! ¡Póngase usted en nuestro caso, señora! Cuando no es para un asilo, es para una escuela, o para una estatua, o para una capilla, o para un hospital, o para regalar una cruz, o para las víctimas de un incendio, o de una inundación, o de un terremoto!... ¿Por qué razón ha de ser el teatro, y sólo el teatro, el arca sin fondo a que todo el mundo ha de acudir?

ALEJANDRINA. Eso, en vez de indignarlo, le debiera halagar a usted. Algo tendrá el agua... ¡Benditas sean las Máscaras que así pueden ser buenas y generosas! El teatro se gloria de ser un arte para todos, ¿verdad? ¡Pues por eso todos quieren ponerlo a cata; probar aunque sólo sean los relieves de su mesa de gran señor!

EDMUNDO. Sí; pero en terreno fuera del arte...

ALEJANDRINA. ¿Fuera del arte...? Y ¿quién limita ese terreno? Fíjese usted. ¿Quién ha dicho que el amor al prójimo no sea esencialmente uno de los más nobles estímulos de todo arte? ¿Es que se pinta, se esculpe ni se escribe para la propia satisfacción tan sólo, o también para enseñanza y recreo de las gentes?

EDMUNDO. Un poco lejos se ha ido usted.

ALEJANDRINA. Donde usted me ha llevado.

EDMUNDO. ¡Qué elocuencial La de la boca, la de los ojos, la de las manos...

ALEJANDRINA. Y si se obstina usted en decirme que no, hablaré hasta con la nariz.

EDMUNDO. ¡Ja, ja, ja!

ALEJANDRINA. Me levanto, pero no me voy. Sigo con mi elocuencia. Aun cuando ustedes los artistas, por puro egoísmo, se contenten con que su arte no

sea más que una luz que alumbre, nosotras, las fundadoras de «Las Obreritas», entre tantas que piensan lo mismo, queremos, no sólo que alumbre, sino que también, como toda luz, dé calor. ¡Hay un enjambre de desventurados en la tierra!

EDMUNDO. Y yo le juro a usted que nada me emociona más, como artista, que el aplauso y la atención de los humildes.

ALEJANDRINA. ¡Entonces! ¡Que se escriban esas palabras!

EDMUNDO. ¡No es preciso! Si a mí los propósitos y la intención de usted y sus amigas me parecen sublimes: ya se lo dije antes. ¡Pero estoy atado por mis compromisos! ¡Por mi palabra!

ALEJANDRINA. ¡Bah! ¡bah!

EDMUNDO. Ni tampoco olvide usted esto: el teatro no es solamente un arte; es también una manera de vivir; es un negocio.

ALEJANDRINA. Para algunos no es más que un negocio.

EDMUNDO. Más en mi abono, pues. Hay en él muchos intereses que defender, que amparar... Intereses también de gente humilde y pobre. ¡Y no pueden prodigarse las dádivas! Pídale usted a un editor que regale libros todos los días... y ¡va usted a oír cosas buenas! ¿Sabe usted lo que decía la otra noche un empresario de teatro que está perdiendo hasta las orejas en esta temporada?

ALEJANDRINA. ¿Qué decía?

EDMUNDO. Se asomó por el agujerillo del telón a ver el público, y al hallarse con que no había en la sala ni quince personas, incluyendo a los acomodadores, masculló entre dientes: «¡Y a esto le llaman el arte de las multitudes!...»

ALEJANDRINA. ¡Ja, ja, ja! Y ¿por qué me cuenta usted eso?

EDMUNDO. Porque si a ese empresario va usted a proponerle que un actor de su casa contribuya a que se llene otro teatro... para beneficio de cualquiera que no sea él... yo no digo que muerda, pero cara de perro, pone.

ALEJANDRINA. Pues será el perro del hortelano, que ni come ni deja comer. Señor, si en su casa de usted no ven a ese actor, ¡deje usted que lo vean en otro! Y a la larga, puede que salga usted ganando. Porque, si bien se mira, estas funciones de caridad son también un reclamo, una propaganda... ¡No me lo niegue usted! El público luego habla de ellas; de sus rendimientos, de sus intérpretes... Prestan a los artistas popularidad, simpatías, éxito, aplausos, aura de triunfo...

EDMUNDO. ¿Tendremos al fin también que dar las gracias?

ALEJANDRINA. ¡Qué duda cabe!

EDMUNDO. ¡Sí que cuentan con buena abogada «Las Obreritas»!

ALEJANDRINA. ¡Pobres *pipiolas*! Qué, ¿no les puedo llevar la buena nueva? ¿No se decide usted?

EDMUNDO. ¡Yo le ruego a usted, señora mía, que no apriete más los tornillos! ¡Esto es un potro para mí! ¡Qué más quisiera yo que poder complacerla! ¡Por «Las Obreritas»... y por usted, tan bella, tan simpática, tan persuasiva!...

ALEJANDRINA. Muy persuasiva: ya lo veo.

EDMUNDO. Sí, si lo ve usted, aunque lo niegue.

ALEJANDRINA. Lo que veo es que se está usted buscando, por torpe y por poco galante, unos días horribles.

EDMUNDO. ¿Eh?

ALEJANDRINA. Porque yo acabo aquí; pero desde mañana va usted a empezar a recibir recomendaciones, para que acceda a lo que yo he venido a pedir-

le, y usted me ha negado, de toda su familia, en primer lugar; de sus amigos; de sus admiradores; de sus amigasss—me detengo en la *ese* porque sé que son innumerables—; del alcalde de barrio; de los curas de la parroquia; de diez o doce concejales; del gobernador de Madrid; de las hijas del gobernador; de la Banda Municipal; de Palacio; del Presidente del Consejo; de los camareros de casa de Camorra, donde sé que cena usted algunas noches...

EDMUNDO. ¡Bastal ¡bastal ¡No va usted a dejarme vivir?

ALEJANDRINA. ¡No, señor! ¡Hasta que cuente con usted para la función de «Las Obreritas»!

EDMUNDO. ¡Vaya, pues en vez de descargar sobre mí toda esa metralla de recomendaciones, haga usted que sean ellas las que me devuelvan la libertad!

ALEJANDRINA. ¡Admirable! Eso ya es decirme que sí. Yo me encargo de allanarle a usted el camino, y de velar por la seriedad de su palabra. ¡Jesús, qué hombre más recto! ¡Va usted a quedar mejor que nuncal

EDMUNDO. No lo dudo, con tal mediadora.

ALEJANDRINA. Sí; pero usted me debía ahorrar a mí ese trabajo. En fin, algo ha de hacer una. Lo que mucho vale... ¡Gran noticia me llevo! Dios le pague a usted en palmas y en venturas su generosidad.

EDMUNDO. Me considero harto pagado con la demanda.

ALEJANDRINA. Y si las fundadoras de «Las Obreritas» pudieran corresponderle a usted de algún modo, con algo más que la gratitud...

EDMUNDO. Acaso. Por su apellido de usted barrunto... ¿Es usted de la familia del nuevo ministro de Hacienda que ayer juró?

ALEJANDRINA. Sí, por cierto: es mi tío.

EDMUNDO. Pues voy a permitirle rogarle a usted

que le haga una súplica en nombre... en nombre de las benditas Máscaras, tan bien calificadas así por usted.

ALEJANDRINA. Usted me dirá.

EDMUNDO. Suplíquele usted a su señor tío que no inicie sus funciones ministeriales, como casi todos, inventando algún nuevo impuesto sobre el teatro. Dígale usted—por más que él ha de saberlo de sobra; pero, bueno, para que se fije — dígale usted que si el teatro en España no cree que merece, siquiera por su historia, lejos de carga alguna, la atención oficial, como la tiene en otros países, que por fuerza hay que llamar más cultos, tampoco es lícito que se le equipare en punto a impuestos y gabelas con los negocios de más baja estofa. Y que si no lo quiere proteger ni como arte glorioso, ni siquiera como espectáculo, casi siempre culto, que lo mire, al menos, como casa de caridad.

ALEJANDRINA. Ahora me ha aventajado usted a mí en elocuencia. Cuente usted con que le diré a mi tío todo eso... y algo más que buenamente se me ocurra.

EDMUNDO. ¡Infinitas gracias!

ALEJANDRINA. Y le prevengo a usted que él se vuelve loco por el teatro. Le gusta a perecer. No tiene otro vicio. Va a todos los estrenos con la familia.

EDMUNDO. ¡Mal!

ALEJANDRINA. ¿Malo?

EDMUNDO. Sí; ¡porque esos tan aficionados son los que luego, de ministros, nos resultan peores!

ALEJANDRINA. ¡Ja, ja, ja! *Despidiéndose.* Edmundo, amigo mío...

EDMUNDO. Complacidísimo de oírme llamar así por usted. ¿Me atreveré yo a llamarla amiga?

ALEJANDRINA. ¿Por qué no? Adiós, Edmundo. Las muchachas obreras acogidas a nuestro patrocinio lo aplaudirán a usted con el corazón.

EDMUNDO. Pues dígales usted que sus aplausos no me los dediquen a mí, sino a quienes, como usted y sus amigas, velan y trabajan por ellas.

ALEJANDRINA. Adiós.

EDMUNDO. Adiós.

ALEJANDRINA. Y ahora... a seguir estudiando el papel de los gritos.

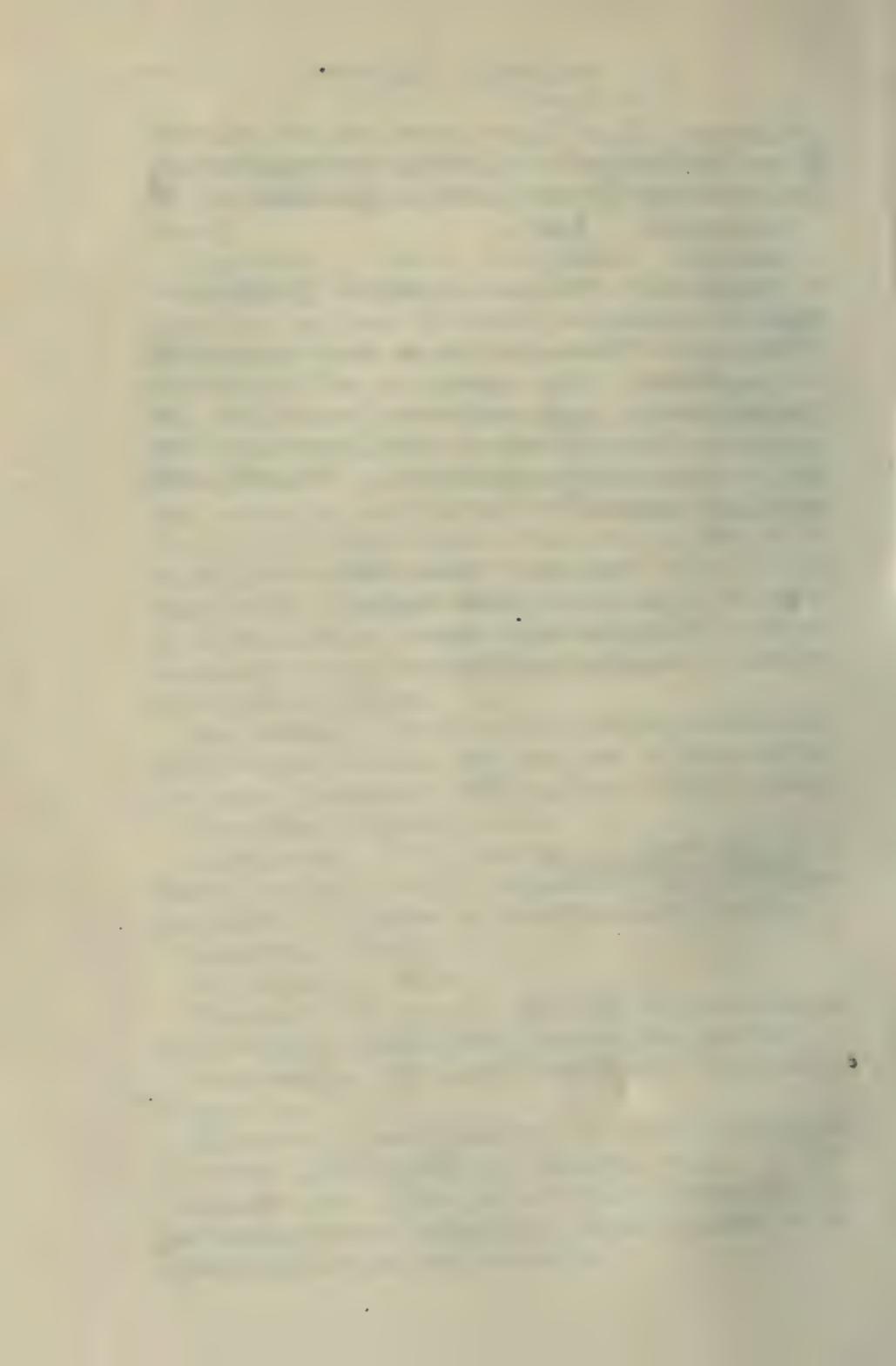
EDMUNDO. ¡Si viera usted qué comedia más malal

ALEJANDRINA. Haga usted un acto de ella en nuestra función... y así será buena. En todo hay bueno y malo. El toque está en saber descubrir lo bueno... y aprovecharlo oportunamente. Recuerde usted los versos famosos:

*Del más hermoso clavel,
pompa del jardín ameno,
el áspid saca veneno;
la oficiosa abeja, miel.*

FIN

Madrid, mayo, 1922.



OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—As se escribe la historia.—Febrerillo el loco.—Pasionera.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.—El mundo es un pañuelo.—Ramo de locura.—La prisa.—Antón Caballero.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrin o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojo derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita

nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.—La moral de Arrabales.—La flor en el libro.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito de hora.—La quema.—Cabellos de plata.—Las benditas Máscaras.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijol—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.—Los pápiros.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañuela, arbitrista.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fe, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madrid.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

Ruido de faldas, *pasos y entremeses escogidos, con un prólogo sobre el trabajo de la mujer. Enciclopedia, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Editea with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California. — Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), per GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), per JUAN FABRÉ Y OLIVER Y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Caín*), per JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), per GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), per LUIGI MOTTA.

Il centenario, per FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, per GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), per ENRICO TESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quien me recuerda usted?*)—Così si scrive la storia, per GILBERTO BECCARI Y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), per GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), per CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), per el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), per J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), per MARY V. HAKEN.

Begegnung (*Mañana de sol*), per FRANZISKA BECKER y S. GRÄFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le chouchou (*El ojito derecho*), por MAURICE COINDREAU.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*).—Malvaloca, por JOÃO SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por ALICE PESTANA (Caïel).

A Dama Branca (*Doña Clarines*).—O centenário, por ALBERTO DE MORAES.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.





LA QUEMA

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1922, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ALVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA QUEMA

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el Teatro Español
el 28 de Abril de 1922



MADRID

1922

AMADO A I



A MARÍA GÁMEZ
*que ha llenado de gracia fe-
menina la escena española.*

SERAFÍN y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES:

TEODORA.....

DELFINA.....

VALENTÍN.....

ACTORES:

MARÍA GÁMEZ.

ISABELITA PLAZA.

MANUEL PARÍS.



LA QUEMA

Despacho elegante en casa de Valentín, muchacho adinerado, en Madrid. Puerta al foro. Chimenea encendida a la derecha del actor. Mesa grande en medio de la estancia. Un vargueño a la izquierda. Es de noche. Luces.

Valentín se ocupa en trasladar silenciosamente del vargueño a la mesa infinidad de recuerdos de amores pasados: cartas, retratos, flores, cintas, cabellos, abanicos, etc. Sonríe melancólicamente. Al cabo suspira y exclama:

VALENTÍN. ¡Ayl... ¡Llegó la hora! No diré que la hora fatal, pero llegó la hora. ¡La hora de la quemal! ¡La leña de la chimenea se me antoja que arde con fruición, como esperando un pasto exquisito! Y lo es, ¡qué demonio! ¡Prendas de amor!... ¡Verdades y mentiras!... ¡Besos y lágrimas!... ¡Al fuego, al fuego! Conservaros ya sería un peligro... y una traición. ¡Ayl... Pero no deja de costar algún trabajillo... Advertiremos a la doncella, no vaya a alarmarse si huele un poquito a chamusquina. Y me prevendré contra cualquier inoportuno.

Va a tocar un timbre, pero antes de que su mano pueda llegar a él, Delfina, la doncella, asoma en la puerta del foro con una elocuente sonrisa. Es una doncella muy lista, que se hace la tonta.

DELFINA. ¿Llamaba el señorito?

- VALENTÍN. ¡Carambal Iba a llamar, precisamente.
- DELFINA. ¿Le adivino los pensamientos al señorito?
- VALENTÍN. Por las señas...
- DELFINA. ¿En qué puedo servirle?
- VALENTÍN. La señora, ¿bajó al entresuelo?
- DELFINA. Sí, señorito; y seguramente no subirá hasta las once, que es su hora.
- VALENTÍN. Muy bien.
- DELFINA. Estamos como quien dice solos.
- VALENTÍN. Por eso te llamaba.
- DELFINA. *Tomando el rábano por las hojas.* ¿Sí?
- VALENTÍN. *Sin darse por aludido.* Sí. Tengo que hacer. Venga quien venga, yo no estoy para nadie.
- DELFINA. Entendido. El señorito no está para nadie. ¿Es eso?
- VALENTÍN. Eso es.
- DELFINA. ¿Y si le llaman por teléfono?
- VALENTÍN. Tampoco estoy.
- DELFINA. ¿Sea quien sea?
- VALENTÍN. Sea quien sea.
- DELFINA. Entendido.
- VALENTÍN. Si hueles a quemado, no te asustes.
- DELFINA. ¿Se va a rizar el señorito?
- VALENTÍN. ¡No! Voy a quemar unos papeles.
- DELFINA. ¿Desea el señorito algo más?
- VALENTÍN. Nada más.
- DELFINA. *En la brecha siempre.* ¿Nada más?
- VALENTÍN. Nada más, nada más.
- DELFINA. Pues yo quería decirle al señorito que mañana recibirá mi humilde regalo.
- VALENTÍN. ¡Por Dios, Delfina! ¿Para qué te has metido en eso?
- DELFINA. Señorito, ¿qué menos había yo de hacer? Va el señorito a tomar estado... Un recuerdo de esta modesta servidora... Son dos aritos de servilleta.

Así se acordará el señorito de mí siempre que se limpie la boca.

VALENTÍN. Muchas gracias.

DELFINA. ¿Algo más?

VALENTÍN. Ya te he dicho que nada más. A ver cuándo nos das tú también un buen día.

DELFINA. ¡A ver cuándo me lo dan a mí! Pero es lo que dice la señora, su mamá de usted, refiriéndose justamente a la boda del señorito con la señorita Teodora...

VALENTÍN. ¿Qué dice? ¿Qué dice mi madre?

DELFINA. Que ahora en Madrid no se casan más que las viudas. Como la señorita Teodora es viuda...

VALENTÍN. ¡Ah, sí! Eso dice.

DELFINA. Pero si para quedarse viuda hace falta haberse casado primero, pues... ¡es muy difícil casarse!

VALENTÍN. Es verdad.

Pausa.

DELFINA. De manera que el señorito no está para nadie absolutamente.

VALENTÍN. Absolutamente.

DELFINA. Con permiso, pues. *Hace ademán de irse.*

VALENTÍN. Cierra la puerta.

Delfina, creyendo que al fin llegó lo que esperaba, obedece y se queda dentro.

DELFINA. Ya está.

VALENTÍN. No, mujer; cierra cuando te vayas.

DELFINA. ¡Ah... vamos!... *Se retira un tanto chasqueada y cierra la puerta después.*

VALENTÍN. También me ha costado trabajo estar formalito; pero debo acabar para siempre con estas chiquilladas. Y... ¡vamos allá! A salir de esto cuanto antes. ¿Por dónde empezaré al sacrificio? *Tomando un paquete.* ¿Qué dice aquí? *Lee.* «Documentos de Jua-

nita la Gofa.» ¡Ja, ja, ja! ¡Buen principio! ¡Documentos!... ¡No estará el certificado de buena conductal *Leyendo luego sucesivamente en otros paquetes.* ¿Y aquí? «Brisas del Tormes.» ¡Ah! ¡La salmantina que me volvió loco! «Brisas del Betis.» ¡Canela! «Estafeta romántica.» ¡Bueno val! ¡El crimen pide crímenes! «Estafeta picante.» ¡Toda la lira! ¿Y estos claveles secos? «Siete de mayo de...» ¡Dios mío! ¡Cualquiera se acordaba! Pero ¡qué hombre más ordenado he sido siempre! Me está gustando la clasificación. Es una maravilla. Si yo hubiese estudiado algo alguna vez, hubiera sido archivero-bibliotecario. *Examina con callada delectación el tesoro de sus archivados recuerdos, mientras tararea una musiquilla popular.* ¡Cuánta cosa!... ¡Cuánta cosa hay aquí!...

Abrese sigilosamente la puerta del foro y aparece, seguida de Delfina, Teodora, la bella viuda con quien va a casarse Valentín.

DELFINA. Señorito.

VALENTÍN. *Sobresaltado.* ¿Quién? *Atónito.* ¡Teodora!

TEODORA. ¿Qué tendrá que hacer este hombre en su casa, que no está para nadie absolutamente?

VALENTÍN. ¡Teodora!

DELFINA. No hay regla sin excepción, ¿verdad, señorito?

VALENTÍN. No, no la hay...

TEODORA. ¿Te he dado un susto, Valentín?

VALENTÍN. *Turbadísimo, a pesar suyo.* No, criatura... Es que estaba tan lejos de...

TEODORA. Venía a ver a tu madre. ¿No me habías dicho tú que ibas al Real?

VALENTÍN. Sí, pero... Me empecé, ¿comprendes?... ¿A mi madre venías a ver? Está en el entre-suelo... Le mandaré recado... Pero vámonos al salón, que allí hará más frío...

TEODORA. ¿Qué dices, hombre?

VALENTÍN. Nada... Vámonos al salón... Este despacho es un chicharrero... *A Delfina.* Y tú, ¿qué aguardas? Ya te avisaré si te necesito...

DELFINA. Bien, bien. Con permiso de los señores.
Márchase sonriente.

VALENTÍN. Es tonta.

TEODORA. ¿Es tonta?

VALENTÍN. ¡Qué sorpresa me has dadol... Y ¡qué guapa vienes!... Anda, vámonos al salón...

TEODORA. ¿Al salón? ¡Quiál! De aquí no nos movemos sin que tú me expliques qué azoramiento es éste...

VALENTÍN. ¿Cuál?

TEODORA. Este: el tuyo. Si estás pálido; si estás yerto; si tartamudeas... ¡Si pareces un ajusticiadol... ¡Si no das pie con bola desde que llegué!...

VALENTÍN. ¿Yo?

TEODORA. ¡Tú! Es infantil que disimules... Has querido comerte con los ojos a la doncella porque burló tu orden... ¿Qué hacías?

VALENTÍN. ¡Qué sé yo! ¡Cualquier cosal Enredando...

TEODORA. Enredando, ¿eh? ¡Ahora es cuando estás enredadol! ¿Qué hacías? ¡Pronto! ¡pronto! ¿Qué hacías? ¡Sin vacilar! ¡Porque tú sabes bien lo que hacías! ¿Qué hacías? ¡A mí no me engañas! ¡A mí me debes toda la verdad! ¡Entre nosotros dos ya no caben secretos! ¡Vamos a casarnos la semana que viene! ¿Qué hacías?

VALENTÍN. ¡Yo no sé lo que te figuras cuando me dices esas cosas! ¿Adónde te lleva el pensamiento, mujer? Anda, anda, déjate de bobadas y vámonos allá. Le avisaremos a mi madre...

TEODORA. ¡Quiál! ¡Te repito que no! ¡Nada! No te compongas... Basta que trates de ocultármelo para

que yo me empeñe... ¡Aquí hay gato encerrado!
¡Aquí hay misterio! ¡Aquí hay crimen!

VALENTÍN. *Riendo.* ¡Crimen, dice!

TEODORA. ¡Si tú no me lo declaras, lo averiguo yo! *Va resueltamente a la mesa.*

VALENTÍN. ¡No toques ahí, Teodora! ¡No toques ahí!

TEODORA. ¿Hay peligro de muerte?

VALENTÍN. ¡No toques ahí, te lo ruego!

TEODORA. Ni tú te pongas tan solemne, porque es inútil. Pero, en fin, sin tocar. ¿Qué papeles son éstos, niño? ¡Por supuesto, que no hay más que verlos para figurárselos! ¿Estábamos de *liquidación amorosa*?

VALENTÍN. Te equivocas, niña. Estos papeles no son míos. Son cosas de mi abuelo... que iba a quemar. Respétalos.

TEODORA. De tu abuelo, ¿eh?

VALENTÍN. De mi abuelo.

TEODORA. ¿Con cintitas color de rosa, color de heliotropo, color celeste...? ¡Cuéntaselo a tu abuelo! A ver, a ver...

VALENTÍN. ¡Teodora!

TEODORA. Descuida: los tocaré con mucho tino.

VALENTÍN. ¡Teodora!

TEODORA. Descuida, hombre...

VALENTÍN. ¡Te prohíbo que llegues ahí!

TEODORA. ¡Ah! ¿Me lo prohibes? ¡Pues ahora es cuando voy a revolverlos todos!

VALENTÍN. ¡No!

TEODORA. ¿Cómo que no?

VALENTÍN. ¡Por Dios, Teodora!

TEODORA. ¡Por la Virgen! A ver este retrato.

VALENTÍN. ¡Bueno!

TEODORA. *Leyendo la dedicatoria:* «A mi granuja, su Gorta. ¡Vaya cardo!» *Mirándolo con mucha gracia:* ¡De tu abuelo! ¡Qué duda cabel! ¡Buen pirandón

era tu abuelo! Académico de la Historia, pero ¡buen pirandón! ¿A quién saldrá el nieto tan seriecito? Y ¡qué cara de... de sinvergonzona tiene ella!

VALENTÍN. Bien, Teodora; con absoluta formalidad: deja eso... y vámonos de aquí. Efectivamente, me has sorprendido en una revisión de cosas íntimas, de cosas de un pasado del que me avergüenzo... o del que no quiero acordarme... ¿Ves esa lumbre? Esperando están sus llamas todo esto para devorarlo... Por nuestro cariño te juro que iba a quemarlo todo. Por eso no estaba para nadie esta noche.

TEODORA. ¿Ni para mí?

VALENTÍN. ¡Para ti menos que para nadie! ¡Compréndelo!

TEODORA. Lo comprendería si yo fuese una solterita inocente; pero una viuda, Valentín, bien puede enterarse de ciertos secretillos... ¿No? Vamos a emprender los dos juntos la tarea de quemarlos. A ti mismo debe satisfacerte, por mí. ¡Qué plato de gusto! ¡No soñaba yo con esta noche!

VALENTÍN. ¡Ni yo tampoco!

TEODORA. ¡Dios me ha traído esta noche a tu casa!

VALENTÍN. ¡Ay Dios!

TEODORA. ¡Hombrel! ¿Qué cosa es esta tan minúscula? Un sobrecito de tarjeta... ¿Qué guardará? ¡Tan mono!

VALENTÍN. ¡Teodora!

TEODORA. ¡Un ricitol! ¡Si es un ricitol! Debí imaginarlo. ¡Y de una morena! ¡Y de la nuca, de la nuca; es de la nuca! ¡Otro abuelo! ¿Es éste quizá el abuelo a que te referías? Anda, quémalo; toma. Quémalo, quémalo, precioso.

VALENTÍN. *Sumiso.* Ya está.

TEODORA. ¡Cómo crujel! ¡Como se te salten las lágrimas, te salto yo los ojos!

VALENTÍN. No se me saltan, no.

TEODORA. ¡Huy qué mal huele el dichoso *abuelo!*
¿De quién era, tú?

VALENTÍN. ¡Yo qué sé!

TEODORA. Estás frenético. De buena gana me ahogaría.

VALENTÍN. ¡Es que no viene a nada esta escena!

TEODORA. *Leyendo en un paquete:* «Documentos de Juanita la Golfista.» ¿Otra golfista? ¡Ya van dos golfistas, tú!

VALENTÍN. Es la misma.

TEODORA. No lo sé. El golfo sí es el mismo. Y ¿qué documentos son éstos?

VALENTÍN. ¡Calcula! Cartas de una infeliz que a mí me hacían gracia en aquel tiempo. Chiquillerías; cosas de estudiante...

TEODORA. Pues si a ti te hacían gracia, de seguro me la hacen a mí. ¿No crees?

VALENTÍN. ¿Vas a leerlas?

TEODORA. Voy a curiosear el estilo.

VALENTÍN. Mira que... En fin, ¡lo que te dé la gana!

TEODORA. Pero ¿por qué te enfadas, hombre? ¡Si me enfadara yo!... *Leyendo:* «Sangre de mis venas... Negro de mis ojos...» *Arrepentida.* Sí, esto va a ser muy fuerte. Toma, toma. Al fuego.

VALENTÍN. Al fuego.

TEODORA. Vamos a seguir con los retratos. ¿Quién es ésta? ¡Qué ridícula está la pobre con ese sombrero tan chico! No lo tomes a mal.

VALENTÍN. Te advierto que ésa sí que no es cosa mía. Fué una amiga de Antonio Sigüenza... Cuando él se casó me envió el retrato para que yo se lo guardase...

TEODORA. ¿Por si venían mal dadas en el matrimonio? Pero ¿quién es ella? A mí esta cara no me es desconocida.

VALENTÍN. No lo extraño. En el teatro la habrás visto cien veces.

TEODORA. ¿Es actriz?

VALENTÍN. No; pero va mucho a los estrenos. Es una pajarita, una *entrettenida*...

TEODORA. ¿Una entrettenida?

VALENTÍN. Sí.

TEODORA. ¿Tú sabes cómo yo defino a esas mujeres?

VALENTÍN. ¿Cómo?

TEODORA. Una entrettenida es una mujer que se aburre con el que la entretiene... y se entretiene con un amigo del que la aburre. ¿Está bien la definición?

VALENTÍN. ¡Admirable! Pero yo no he sido ese amigo.

TEODORA. ¡Ejem!

VALENTÍN. No he sido, no; palabra.

TEODORA. Por si acaso, entonces, la libraremos de la quema. Ahora, que tú no has de guardar el retrato más tiempo. Mándaselo a otro amigo soltero de confianza... y que siga así el depósito de la joya.

VALENTÍN. Se hará como lo pides.

TEODORA. ¡Y si no, que me lo encuentre yo en algún mueble cuando estemos casados!

VALENTÍN. No temas.

TEODORA. ¿Y estas cartas del lazo lila?

VALENTÍN. *Gravemente.* Dame esas cartas.

TEODORA. «Estafeta romántica», dice el sobre.

VALENTÍN. ¡Dame esas cartas!

TEODORA. *Remedándolo.* ¡No quiero!

VALENTÍN. ¡Por Dios, Teodora! ¿No ves el tono en que te hablo? Dame esas cartas. Son algo distinto de todo...

TEODORA. Pues, hijo, ¡tú las tienes con las demás!

VALENTÍN. Porque su destino esta noche iba a

ser idéntico; porque ya todo ello es letra muerta para mí...

TEODORA. Entonces, ¿qué te importa que yo lo vea?

VALENTÍN. Es una delicadeza del recuerdo, Teodora. Se trata de una mujer casada... No encontrarás su firma; pero, tal vez, leyendo alguna carta puedas adivinar quién es ella... ¿Para qué quieres saber su nombre?

TEODORA. ¡Para odiarla!

VALENTÍN. ¿Para odiarla si en aquella fecha yo no te conocía?

TEODORA. Y eso ¿qué más da?

VALENTÍN. Echa al fuego esas cartas sin verlas, te lo suplico.

TEODORA. *Transigiendo, después de pensarlo un instante.* Me parece que le guardas tú más consideración de la que merece... Cuando ella te ha dejado sus cartas... *Con ironía.* En fin, ¡es un caso de honra! ¡Es un secreto! *Burlonamente.* ¡Que el fuego se lo traguel! *Antes de echar el paquete a la chimenea.* ¿Son de Sarita... H?

VALENTÍN. *Perplejo.* ¿Lo sabes tú?

TEODORA. ¡Lo sabe hasta el marido!

VALENTÍN. ¿El marido?

TEODORA. ¡No te vaya a dar un soponcio! El marido, el pobre... X, le llamaremos X, ¿no?—¡claro que no es el de los rayos!—, yo no sé si lo sabe o deja de saberlo; pero yo, como ves, estoy al cabo de la calle... ¡De la calle Valverde, donde eran las citas!...

VALENTÍN. ¡Teodora!

TEODORA. Porque supe de estos amoríos, precisamente de éstos, me entraron a mí ganas de conocerte y de tratarte... Y frecuenté la casa de tu madre con las de Caín... Y me caíste en gracia... ¡mire

usted qué demonio!... y yo no te fuí del todo indiferente... ¡mire usted qué diablo!... y dentro de unos días vamos a ir juntos al altar... *Releyendo el sobre:* «¡Estafeta romántica!» ¡Vaya un romanticismo el vuestro! ¡El romántico en todo caso era X... que estaba en la luna! *Decidiéndose.* ¡Ea, ea! ¡a arder, a arder con las demás! ¡Bien juntas estaban! ¡Todo es uno y lo mismo! *Las echa al fuego.* ¡Engaños y mentiras que parecen verdad un momento!

VALENTÍN. O verdades que pasan...

TEODORA. Si fueran verdades, durarían siempre... ¡Ay, qué nerviosa me ha puesto el tal paquetito! ¡Cruje, cruje más, condenado! ¡Maldito seas!

VALENTÍN. Vamos, tranquilízate... Y dejemos ya esta antipática revisión. Es enojoso, es absurdo, es ridículo continuarla... Ya que has descornado el visillo un poco y has satisfecho tu curiosidad de mujer, dejémoslo, Teodora... No conduce a nada... ¿Qué tiene que ver nuestro cariño con nada de esto?...

TEODORA. ¡Eso es lo malo, Valentín; que sí tiene que ver! ¡Estas son hojas de tu vial! ¡Hojas secas, si quieres, pero de tu vial! ¡Quémalas, quémalas todas sin mirar ya más! ¡Quémalas pronto! ¡Yo ya no quiero ni tocarlas! ¡Y vámonos de aquí! ¡Porque si no nos vamos, voy a concluir por querer echarte a ti también a la chimenea!

VALENTÍN. ¿A mí también?

TEODORA. ¡Sí, también! *Mirándolo amorosamente:* Bueno, a ti no... *Con rabia contenida:* ¡Pero, como ganas, ya me dan!

VALENTÍN. ¡Ja, ja, ja!

TEODORA. Y no me vayas a salir ahora con que tú *te abrasas* en mis ojos, porque te rompo una silla en la cabeza.

VALENTÍN. ¡Ja, ja, ja! Vámonos, vámonos allá dentro... Le avisaremos a mi madre...

TEODORA. *Fijándose de improviso en un retratito y cogiéndolo trémula:* Pero ¿qué es esto, Valentín? ¿Quién es este nene?

VALENTÍN. ¿Eh?

TEODORA. ¡Este nene! ¿Quién es este nene? ¡Pronto! ¡pronto! ¡Sin pensar! ¡sin dudar! ¿Quién es este nene? ¡Se parece a til! ¡se parece a til! ¿Quién es? ¿De quién es? ¡Por ésta no paso! ¡Esta me esperaba todavía! ¡Por ésta no paso! ¡Niños ajenos, no! ¿Quién es? ¿Vive o no vive? ¡Si es una estampa tuya! ¡Por ésta no paso, Valentín! Bien está el *romanticismo* de la calle Valverde; pero ¡un paquetito de cartas de carne y hueso, es mucho pasar!

VALENTÍN. Mujer, por Dios, no te acalores... Fíjate bien en la fotografía...

TEODORA. ¡Ya, ya me fijol... ¡Cuanto más la miro, más parecido le encuentro a til...

VALENTÍN. ¡Como que soy yo, tonta!

TEODORA. ¿Tú? ¿Eres tú? ¿No me engañas?

VALENTÍN. ¿Qué he de engañarte? Míralo...

TEODORA. Sí, sí... eres tú... Eres tú... ¡Qué mono estabas!... ¡Has cambiado mucho!...

VALENTÍN. ¡Mucho! Ahí tenía cinco años... ¡Llevo cambiando veintisiete!...

TEODORA. ¡Pero todavía no me sale el susto del cuerpo! Y ¿cómo tienes a esta criaturita entre toda esta gente?

VALENTÍN. ¡Por causa de alguna caprichosa que querría conocerme de niño!...

TEODORA. ¡Vaya una compañía para un párvulo! *Barajándolo todo:* ¡Hay que ver! Una golfa, otra golfa más, una cursi, una fea, flores, moñajos, papelerios, un ochavo moruno... ¿Por qué no te haces con él un alfilerito de corbata, rico? ¡Imposible! ¡imposible! ¿Para qué habré yo visto estas porquerías? No ha sido Dios, ha sido el diablo quien me ha traído

esta noche a tu casa. ¡No me puedes querer como yo te quiero! ¡Te han gustado muchas mujeres! ¡Te han gustado todas!

VALENTÍN. ¡Todas, no!

TEODORA. ¡Todas, sí! O a lo menos, una sí y otra no. ¡De cada tres, una! ¡Tienes el corazón hecho una criba! ¡No me puedes querer como yo te quiero!

VALENTÍN. Teodora, ¡por los clavos de Cristol... ¿Vas a llorar? ¡Mira que son ganas de atormentarte!... Ya sabía yo que esto era una imprudencia... No seas simple; no llores... Agua pasada no mueve molino. Tú misma ¿no has querido también a otro hombre?

TEODORA. ¿Vas a comparar, mamarracho? ¡Yo quise a mi marido! ¡A un hombre solo! ¡Pero tú tienes ahí cartas de un batallón! ¡Son muchas contra uno!

VALENTÍN. *Galante.* Dí mejor es una... contra todas.

TEODORA. ¡Muy bonita frase!

Gimotea, entre frenética y nerviosa.

VALENTÍN. ¡Vaya por Dios! Si me hubieras hecho caso desde el principio... *Cautelosamente, coge de pronto de entre todos un retratillo predilecto, y con el mayor disimulo lo esconde bajo un libro en otro mueble. Teodora se da cuenta de ello.*

TEODORA. *Suspirando.* ¡Ay!...

VALENTÍN. Vamos, Teodora; vamos. ¿No es todo esto una niñería? ¿No alardeabas de mujer de experiencia? ¿No te basta poder echar por tu mano ahora mismo al fuego todas estas memorias que así te han trastornado? ¿Qué más quieres?

TEODORA. *Serenándose.* Tienes razón: he sido una pazguata. ¿Qué vale nada de eso ya? Quien ama el peligro... Ahí creo que está tu madre. ¿No la oyes?

VALENTÍN. No... Voy a ver...

TEODORA. ¿Te atreves a dejarme aquí sola?...

VALENTÍN. ¿Qué mayor prueba puedo darte?..

Vase por la puerta del foro, mirándola.

Ella inmediatamente se levanta y va como una flecha a coger el retrato escondido.

TEODORA. ¡Bueno val! ¿Quién será esta mona? Sin dedicatoria y sin firma. ¡Es lo mismo! Ya sé yo que con esta chata es con quien hay que tener cuidado. Al fuego, que no se me despinta. Y ahora, en su lugar, un retratito mío. Las bromas, pesadas o no dár-las. *Dice y hace con travesura y delectación indecibles.* ¡Y aquí no ha pasado nada, mi amor! *Se sienta como estaba.*

Valentín vuelve.

VALENTÍN. No, pues no era mi madre.

TEODORA. ¿No?

VALENTÍN. No. *La mira receloso.*

TEODORA. ¿Qué me miras así?

VALENTÍN. ¿Qué diablura has hecho? ¡Porque tú has hecho alguna diablura!

TEODORA. ¿En tan poco tiempo?

VALENTÍN. Te basta un segundo. El baile de tus ojos no miente. ¿Qué diablura has hecho, Teodora?

TEODORA. Pero, hombre, ¡si no me he movido de aquí!

Valentín mira a todas partes y al cabo nota la falta del retrato de ella.

VALENTÍN. ¡Ah! ya sé. Tu retrato.

TEODORA. ¿Eh?

VALENTÍN. Tu retrato, sí. No te hagas la boba. El que estaba ahí: ¿qué has hecho de él?

TEODORA. Pero ¿había ahí un retrato mío?

VALENTÍN. ¿Qué has hecho de él?

TEODORA. ¿No lo habrás guardado tú en alguna parte para que no viese esta escena?

VALENTÍN. *Recelando siempre.* No... yo no...

TEODORA. Mira a ver debajo de aquel libro...

VALENTÍN. ¿Eh?

TEODORA. Mira, hombre; mira. O miraré yo.

VALENTÍN. ¡No! *Levanta el libro y saca la fotografía, demudado.* ¡Teodora! Pero ¡qué cosas tienes!

TEODORA. Pues ¿y tú, Valentín?

VALENTÍN. ¡Perdóname!

TEODORA. ¡Perdóname! ¡Aquí no hay bula para ninguna chata! ¡Ahí la tienes quemadísima en la chimenea!

VALENTÍN. Perdóname otra vez. ¡Perdóname siempre!

TEODORA. ¡Sí que tendré que perdonarte!

VALENTÍN. ¡Tú sola mandarás en mí!

TEODORA. ¡Ah, no te quepa duda! *Valentín le da un beso al retrato.* ¡Qué tontol... *El, entonces, va a acercársele para besarla. Ella lo detiene.* Ahora te esperas, en castigo. ¡Alguno has de tener! Yo también he llevado el mío. ¡Por curioso! ¡Por impertinente! ¡Por olvidadiza!

VALENTÍN. ¿Por olvidadiza además?

TEODORA. Sí; porque hace tiempo que en mi álbum me escribió un amigo poeta:

Cuando un amor te brinde paz y gloria,
no le preguntes a ese amor su historia.

FIN

Madrid, abril, 1922.

ALFONSO GARCÍA
de la Universidad de México

LAS VUELTAS QUE DA EL MUNDO

LAS VUELTAS QUE DA EL MUNDO



MEXICO
1911

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1922, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LAS VUELTAS QUE DA EL MUNDO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro del Centro
el 3 de noviembre de 1922



MADRID

1922

REVISTA DE HISTORIA
DE LA LINGÜÍSTICA
Y DE LA LINGÜÍSTICA
DE LA LENGUA CASTELLANA

LAS VULGATAS DE LA LENGUA CASTELLANA

DE LA LENGUA CASTELLANA

EDITADO POR D. J. GARCÍA
DE LA CORTADA Y DE LA CORTADA



MADRID.—Imprenta Clásica Española,
Glorieta de la Iglesia de Chamberí.—Teléf. J. 430

A DON FRANCISCO
SAMPEDRO MARRUFO,

*invariable amigo, constante espectador
de nuestras batallas teatrales y editor
generoso de nuestro primer libro de
versos, que se llamó Pompas y Ho-
nores...*

SERAFÍN Y JOAQUÍN

THE HISTORY OF THE
CITY OF BOSTON

FROM THE FIRST SETTLEMENT
TO THE PRESENT TIME
BY
NATHANIEL BENTLEY
VOLUME I
FROM THE FIRST SETTLEMENT
TO 1630

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LUCINDA.....	MARÍA F. LADRÓN DE GUEVARA.
HONORATA.....	IRENE ALBA.
PILAR.....	MARÍA DE LAS RIVAS.
DOÑA TECLITA.....	JUANA MANSO.
HORTENSIA.....	MONSERRAT BLANCH.
PEPA.....	JULIA CABA.
SABINA.....	RITA LOZANO.
ROSENDA.....	IRENE CABA.
ADRIANO.....	RAFAEL RIVELLES.
DON MARTÍN.....	JUAN BONAFÉ.
SALVATIERRA.....	ALBERTO ROMEA.
JUAN FELIPE.....	PABLO HIDALGO.
RUFO.....	JOAQUÍN GARCÍA LEÓN.
COLASÍN.....	NICOLÁS RODRÍGUEZ.
ERNESTO CASALAR....	EDUARDO ZARAGOZANO.
ABDÓN.....	MANUEL VALENCIA.

INDEX

Page	Page
1	1
2	2
3	3
4	4
5	5
6	6
7	7
8	8
9	9
10	10
11	11
12	12
13	13
14	14
15	15
16	16
17	17
18	18
19	19
20	20
21	21
22	22
23	23
24	24
25	25
26	26
27	27
28	28
29	29
30	30
31	31
32	32
33	33
34	34
35	35
36	36
37	37
38	38
39	39
40	40
41	41
42	42
43	43
44	44
45	45
46	46
47	47
48	48
49	49
50	50
51	51
52	52
53	53
54	54
55	55
56	56
57	57
58	58
59	59
60	60
61	61
62	62
63	63
64	64
65	65
66	66
67	67
68	68
69	69
70	70
71	71
72	72
73	73
74	74
75	75
76	76
77	77
78	78
79	79
80	80
81	81
82	82
83	83
84	84
85	85
86	86
87	87
88	88
89	89
90	90
91	91
92	92
93	93
94	94
95	95
96	96
97	97
98	98
99	99
100	100

ACTO PRIMERO

Lujosa sala de un hotel comprado en Madrid, con muebles y todo, por don Martín de la Gavilla. Intercolumnio al fondo, que da paso a una amplia galería. Puertas en primer término a izquierda y derecha. Es en invierno, por la tarde. Luces.

Honorata y Hortensia, madre e hija, aparecen hablando intimamente. Honorata, ama de llaves de la casa, guapetona y fresca, tuvo veinte años hace una inolvidable aventura de amor con cierto duque, de la que nació la flor que tiene al lado. Desde entonces, toda ella emana señorío: se le quedó en las venas. La niña, que es monísima, y coqueta de nacimiento, se contempla en sus propias uñas cuando no halla un espejo a mano. Viene de velito.

HONORATA. ¡Hija mía! No me canso de verte. ¡Qué orgullosa tienes a tu madre! *La besa.* Anda con Dios.

HORTENSIA. ¿Tú le darás las gracias de mi parte a la señorita?

HONORATA. Sí. Descuida, ángel mío. No la llamo ahora para que te vea, porque no es discreto. Aún quedan invitados al te.

HORTENSIA. Pues dile que me voy muy contenta de su regalo. ¡Poco que me gustan a mí las medias color *champagne!*

HONORATA. Lo que se hereda no se hurta. Y me ha ofrecido para ti también un vestido que no se ha

puesto ni dos veces. ¡Un vestido nuevo! ¡Nuevo! No sé por qué le ha tomado manía... Es caprichosa como una reina. Y muy despilfarrada.

HORTENSIA. Mejor para mí.

HONORATA. *Desdeñosamente.* No saben ser ricos.

HORTENSIA. Es que ser rico es más difícil que ser pobre.

HONORATA. Cierto; muy cierto. En fin, luz de mis ojos, vete con Dios. Dale un beso al abuelo. Y otro al minino.

HORTENSIA. Hasta mañana, madre.

HONORATA. ¿Madre? ¿Por qué no mamá?

HORTENSIA. Bueno; ¡como quieras! Hasta mañana, mamá.

Vase por la galería, hacia la derecha del actor.

Honorata la ve irse, embobada.

Por la puerta de la derecha sale Juan Felipe, de librea verde y medias rojas. Es hombre de treinta y tantos años, andaluz, despejado y travieso. Observa a Honorata y luego le pregunta:

JUAN FELIPE. ¿Quié usted un pañuelo?

HONORATA. ¿Eh? ¡Ahl Juan Felipe. ¿Se me cae la baba, verdad?

JUAN FELIPE. Y se comprende. ¡Se me cae a mí!

HONORATA. ¿A usted también?

JUAN FELIPE. A mí, viendo a la madre.

HONORATA. ¡Vamos!

JUAN FELIPE. Vamos donde usted quiera. La verdad, Honorata: la niña es una rosa, pero hay que vé la maseta donde la sembraron.

HONORATA. ¡Estos sevillanitos!... La maceta ya es un tiesto viejo, para una guardilla.

JUAN FELIPE. ¡Me vorvía yo gatol!

HONORATA. ¡Si la hubiera usted conocido en sus tiempos, cuando dió esa rosal... Llamaba la atención en este Madrid. ¡Así le gustó a quien le gustó!...

Suspira con nostalgia. ¡Ay!... No fué ningún organello.

JUAN FELIPE. Ya, ya lo sé. Un duque con suerte... y con ojo.

HONORATA. Suerte, la mía. Muchas veces se lo he dicho a usted: mi tropiezo, mi desliz, pongamos mi desgracia, fué mi suerte. Tengo esa hija, que es mi orgullo, y hasta hoy, nunca me ha faltado la sombra generosa del padre... Él me recomendó a esta familia. ¡Es todo un caballero!

JUAN FELIPE. Pero ¡no le da su nombre a la niña!

HONORATA. No puede: está muy alto... Su estado, además...

JUAN FELIPE. Pos aquí tiene usted a otro cabayero, disfrasado de pájaro, que está dispuesto a darle er suyo: un apeyido que no es retumbante, pero que es honrao; que suena bien: Moreno. Desendiente de un Moreno que se fué con Colón a América y vorvió más *moreno* toavía. ¿Hase?

HONORATA. Moreno, deje usted las bromas.

JUAN FELIPE. Pero ¿cómo le vi a desí a usted que no es broma? ¡Es que me gusta usted más que er pan con mantecal!

HONORATA. No sea usted chabacano.

JUAN FELIPE. ¿Chabacano? ¡Pos más que los caramelos de rosal!

HONORATA. Dejemos eso, Juan Felipe.

JUAN FELIPE. ¡Consúrtelo usted con la armohá, Honorata!

HONORATA. Consúrtelo usted con la suya.

JUAN FELIPE. Y ¿justé sabe lo que mi armohá me pregunta a mí toas las noches?

HONORATA. ¿Qué le pregunta a usted?

JUAN FELIPE. ¡Que por quién pierdo er sueño!

HONORATA. Es usted de lo que no hay.

JUAN FELIPE. *Confidencialmente.* ¿Qué? ¿Hase?

er negocio? ¿Nos queamos con la finquita de Segovia?

HONORATA. Pero... ¿la venden? ¿Al fin la venden?

JUAN FELIPE. La venden. La vende er padre: don Martín. Y es un momio. Yo la conozco bien. Está a la misma entrá de la siudá; tiene jardín y huerta. Er jardín pa la niña y la huerta pa nosotros dos. Piden dose mir duros; pero ya vendrá er tío Paco con la rebaja. Junte usté sus ahorros con los míos, dele usté un buen peyizco ar duque—que no será er primero ni el úrtimo...—y la finquita es nuestra... pa pasá en eya la luna de mié.

HONORATA. ¿Otra te pego?

JUAN FELIPE. ¡O pa pasá er verano!

HONORATA. Si viera usted que me da un poco de remordimiento... Quedarme yo con una casa de los señores a quienes debo el pan...

JUAN FELIPE. Esas son las cosas der mundo. Miste, Honorata, a mí el invierno no me piya sin capa nunca: yo vivo siempre el año que viene. Y el año que viene esta familia, ar paso que va, ha vendío hasta los postisos de la abuela. ¡Lástima de fortunal Si esa finca de Segovia no es pa nosotros, será pa er primero que yegue. Usté verá si debemos andarnos con remirgos de monja.

HONORATA. Si no son remilgos, Juan Felipe... si es que desde que traté con quien traté, me ha quedado en el espíritu una delicadeza... Se me pegó, se me pegó... ¡Si viese usted cómo soy yo por dentrol! *Ante una maliciosa sonrisa de Juan Felipe.* ¡No sea usted vulgarote, hombre!

JUAN FELIPE. Sí: ya estoy viendo que pa que usté me quiera a mí voy a tené que vorverme un cabayero de la *Mesa Redonda*.

HONORATA. De la *Tabla*, querrá usted decir. Silencio: el señor.

Viene, en efecto, por la puerta de la derecha don

Martín, caballero de edad de cincuenta años, inquieto, nervioso, irreflexivo.

DON MARTÍN. Juan Felipe. Ah, que está aquí Honorata. Honorata, se va usted a encargar... No: primero es esto. Juan Felipe. Nada, Honorata, nada. Juan Felipe.

JUAN FELIPE. Usté mande.

DON MARTÍN. ¿Aún no ha venido Salvatierra?

JUAN FELIPE. No, señó.

DON MARTÍN. Pero, ¡hombre! *Mira su reloj de bolsillo y lo coteja con otro de pulsera.* Es raro. Bueno, ya vendrá. Oye: vas a decirle a Arturo que la señorita quiere esta noche el coche grande para ir al teatro; que me disponga a mí el pequeño.

JUAN FELIPE. Ese creo que está en er tayé.

HONORATA. Sí; está en el taller: se le rompió un tornillo...

DON MARTÍN. Achaques de coches y de personas. Entonces pídemelo a la Peña. O al Casino de Madrid. O a Bellas Artes. A las diez. A las diez y media. A las diez, a las diez; que esté aquí a las diez. *Se va por la puerta de la izquierda.*

JUAN FELIPE. ¿Ve usté? Está que casa moscas. No tiene asiento. Y la finca de Segovia la quíe vendé pa otro cochesito.

HONORATA. ¿Es posible?

JUAN FELIPE. Sí; pero no pa la casa: pa hasé un regalo.

HONORATA. ¿A quién? ¿A la...?

JUAN FELIPE. A esa misma: a la Chafardini o como la nombren; esa tiple der teatro Reá, que le está sacando hasta la seriya de los oídos.

HONORATA. Pero ¡si ésa estaba con Paco Lagareta! ¡Con el vizcondel!

JUAN FELIPE. ¡Pos ahora está con éste, que le dará más!

HONORATA. *¡La donna è mobile!*

JUAN FELIPE. Este buen señor no ha podido pasá sin ese detaye: era menesté que se dijera en Madrí que ér también tenía su amiguita.

HONORATA. ¡Qué loco! El hermano sería bien otra cosa.

JUAN FELIPE. To lo contrario. Valía mucho. Sinco años fuí yo su asistente en Segovia. Luego estuvimos también en África... Pero después abandonó la carrera, tomó vuelo... y se echó a las empresas grandes. Era hombre de mucho atrevimiento y de mucha idea. ¡Qué negocios hiso! ¡Jesús! ¡Qué mano izquierdal ¡Qué gorpe de vistol En diez años reunió un capitá de miyones. Er mismo que su heredero va a tirá en cuatro días.

HONORATA. Sí que lleva muy mal camino. No hay aquí orden ni concierto...

JUAN FELIPE. Farta cabeza pa manejá tanto biyete. Si er pobresito don Rafaé hubiera sospechao que se iba a morí de repente, arregla sus papeles y reparte bien su fortuna... Pero se murió sin testá. Y don Martín nunca ha tenío seso. Y lo malo será que se le concluya la mina antes que pique er sebo arguno de los dos o tres golosos que rondan a la hija.

HONORATA. Parece que el preferido es Tito Casalar... Sueñan con un título.

JUAN FELIPE. Pos a ése que le echen un gargo.

HONORATA. El otro, Colasín, no es más que un trueno.

JUAN FELIPE. ¡Quién?

HONORATA. Colasín; Nicolasito Alares. El hermano menor del conde, de Pipo Alares.

JUAN FELIPE. ¡Ah, sí! Es simpático, pero es una bala pèrdía.

HONORATA. El padre de ellos sí que valía de veras: Panchito. ¡Qué figura y qué gracia tenía Panchito!

JUAN FELIPE. Pero ¡trata usted de tú a toa la aristocrasia!

HONORATA. Juan Felipe, ¡si me he educado en eso!

JUAN FELIPE. Es verdá. Se me había orvidao. Voy a desirle a Arturo lo der coche. Y ya sabe usted a lo que estamos, amiga: cuando pasan peras... Desídase usted... por las dos cosas. ¡Verá usted un maríol!

Se va por la galería, hacia la derecha.

HONORATA. *Sonriendo, halagada.* Es agradable este Juan Felipe. No carece de distinción... A lo popular; a su modo... ¡Claro que no es aquello... pero...! ¡Ay los hombres!

Salen por la puerta de la derecha Lucinda y Colasín. Ella es la señorita de la casa: bella, elegante, vanidosa, engreída. Él es, por decirlo en los términos más adecuados a su persona, un señorito «fresco». Vienen riendose de una atrocidad chistosa que él le ha dicho a ella.

LUCINDA. Pero ¡qué ganso es usted, Colasín! ¡A qué cosas se atreve!

COLASÍN. También los gansos se enamoran, Lucinda.

LUCINDA. Sí; pero de las gansas... Cada oveja... Honorata.

HONORATA. Señorita.

LUCINDA. ¿Sabe ya Arturo lo del coche?

HONORATA. Ha ido Juan Felipe ahora mismo a darle la orden. Para el teatro, ¿no?

LUCINDA. Sí, para el teatro. ¿A qué hora empezará el estreno, Colasín?

COLASÍN. A las diez y media.

LUCINDA. Pues que venga a las once. Dígaselo usted, Honorata. *A Colasín.* Tenemos a cenar al ministro de Gracia y Justicia, y no vamos a andar con ahogos de tiempo.

HONORATA. ¿Algo más, señorita?

LUCINDA. No. Sí. Telefonaré seguramente la señorita Chuchú. Dígale usted que estoy con jaqueca; que mañana la veré en el *tennis*. O lo que se le ocurra a usted para excusarme. ¡Qué peste de amigas! Hay cariños que aburren. No me gusta que me quieran tanto, Colasín.

COLASÍN. ¿Las amigas?

LUCINDA. Ni los amigos.

COLASÍN. Entonces, ¿quién le gusta a usted que la quiera?

LUCINDA. ¿Qué hace usted, Honorata?

HONORATA. ¡Ah! Dispéñeme la señorita. Me había enajenado el discreteo. Con permiso. *Váse por la galería, hacia la izquierda.*

COLASÍN. Esta señora ¿desciende de Isabel la Católica?

LUCINDA. ¿Por qué?

COLASÍN. Porque ¡tiene unas pretensiones!... No sé qué sangre cree que lleva en las venas. A mi padre le llama Panchito. Y a mí dice que cuando yo usaba todavía nagüillas me ha dado muchos besos. No me acuerdo, gracias a Dios.

LUCINDA. Hombre, pues no es fea.

COLASÍN. Sí; pero no me envanece la cosa. Señal de los besos no me habrá quedado ninguna, ¿verdad?

LUCINDA. No me he fijado en tanto. Ni sé yo que los besos dejen señales.

COLASÍN. Según. Hay algunos que duran más que el hierro de una ganadería.

LUCINDA. No sea usted bárbaro. Esta Honorata nos la recomendó a nosotros...

COLASÍN. Sí: el duque. Conozco la aventura. Y a la niña también la conozco. Que es preciosa, por cierto. ¡Preciosa! El duque es un *hacha*. En vez de ponerle a la señora una tiendecita de sombreros, la

coloca en las casas de confianza. ¡Se alivia el hombre lo que puede!

LUCINDA. Que no sea usted bárbaro, o reñimos.

COLASÍN. Eso, no. ¿De donde ha sacado su padre de usted a ese besugo que ha estado ahí diciéndole tantos disparates de la mujer y del matrimonio?

LUCINDA. ¡Ah! Rufo. Es muy original.

COLASÍN. Se lo hace. No ha dicho más que vulgaridades y burradas. Juega al cínico. Me divertiría pisarle un pie en la calle.

LUCINDA. Papá creo que lo conoció en el Congreso. No sé quién se lo presentó. Un personaje, seguramente. Me parece que es abogado o cosa así. A papá le ha escrito algunos artículos para el periódico. Y traduce novelas.

COLASÍN. ¿Rufo se llama?

LUCINDA. Rufo Rufo, sí.

COLASÍN. ¿Rufo Rufo? ¡También estuvo ocurrente el padre al bautizarlo! ¡Y hay albardas ociosas!

Ernesto Casalar, joven marqués y diplomático, aparece en esto por la puerta de la derecha, buscando a Lucinda. Ella, al verlo, sonríe con aire de triunfo.

ERNESTO. Me distraje un instante atendiendo a doña Teclita y desapareció usted como por encanto.

LUCINDA. Oyendo las botaratadas de Colasín.

COLASÍN. Amigo mío, a todos nos gusta lo dulce. Acotó usted a Lucinda apenas llegó, y no hay derecho. Por muy diplomático y muy diputado a Cortes que sea usted, no hay derecho.

LUCINDA. No le tome usted cuenta, que hoy está de un payaso subido.

ERNESTO. Sin embargo, en su protesta no le falta razón. ¿Me da usted permiso, Nicolás, para que le haga a Lucinda una pregunta?

COLASÍN. ¿Va a ser muy larga?

ERNESTO. La pregunta, no; la respuesta, no sé.

LUCINDA. Pero una pregunta nunca viene sola. *Invitándolo a sentarse aparte.* ¿Qué quiere usted, Ernesto?

ERNESTO. ¿Irá usted esta noche a la Princesa?

LUCINDA. Sí.

Colasín no les quita ojo, pero se hace el distraído hojeando un libro.

ERNESTO. ¿Al estreno?

LUCINDA. Claro; sí. Usted no irá.

ERNESTO. No; creo que no podré.

LUCINDA. ¿Tan atado se halla?

ERNESTO. Sí... los diplomáticos somos de todos...

LUCINDA. Menos de las amigas, algunas veces.

ERNESTO. Eso es lo que más sentimos los diplomáticos.

LUCINDA. No he tenido el gusto de verlo a usted en mi palco ni una sola noche. Ni en la Princesa, ni en el Real... Se diría que alguien le ha prohibido...

ERNESTO. ¿Prohibirme?... ¿Quién?

LUCINDA. ¡Qué sé yo!... ¡Cualquiera! El ministro de Estado... ¡Porque es mucha casualidad!

ERNESTO. Pero ¿usted duda de que yo haya querido ir?

LUCINDA. Yo ahora me estoy refiriendo a lo que ocurre.

COLASÍN. ¿Estorbo ya?

LUCINDA. Sí.

COLASÍN. Hombre, ¡la respuesta no es muy diplomática!

LUCINDA. ¡Que ha sido mial!

COLASÍN. Usted dispense. Me pareció la voz de Ernesto.

ERNESTO. Pues debe usted cuidarse los oídos.

COLASÍN. O ponerme más cerca.

LUCINDA. Yo le he contestado a usted a su tono.

ERNESTO. Yo le habría contestado lo mismo, pe-

ro en broma. Porque si me fueran a estorbar todos los admiradores de Lucinda, me estorbarían cuantos la conocen.

COLASÍN. ¡Oh! ¡Bonito madrigall! ¡De La Granjal!

ERNESTO. ¿Qué?

COLASÍN. ¡De La Granja, que a mí me gusta más que Versalles!

ERNESTO. ¡Ja, ja, ja!

LUCINDA. ¿No le digo a usted que hoy está imposible?

Continúan hablando en voz baja.

Por la misma puerta de la derecha salen a poco discutiendo Pilar y Rufo. Doña Teclita los acompaña. Un momento antes de salir se les oye hablar dentro.

Doña Teclita es la abuela materna de Lucinda y Pilar. Tiene la manía de sus achaques desde los veinte años, y ya pasa de los setenta. Pilar es una casadita dichosa; persona de juicio y de carácter. De Rufo Rufo ya hemos oído lo suficiente; él dirá de sí lo demás.

RUFO. *Dentro.* Nada, Pilar; no se moleste usted en hacerme más apologías: no me caso.

PILAR. *Lo mismo.* ¡Ni yo tengo empeño malditol! No parece sino que yo...

COLASÍN. Pero ¿aún sigue ese pelma dale que dale?

RUFO. *Saliendo.* Para mí es que usted ha pensado embarcarme con alguna amiguita suya...

PILAR. ¿Yo? ¡Por Dios y su Madrel! A ninguna quiero tan mal. Había de ser enemiga mía, y nunca le desearía yo un castigo tan horroroso. ¡Jesús! ¡Casarse con usted! Yo no odio a nadie para tanto.

DOÑA TECLITA. Colasín, dígales usted a estos dos algún disparatón de los suyos, a ver si cambian de monserga.

RUFO. Es que Pilar me enciende la sangre, doña Teclita.

PILAR. ¡Y a mí me vuela usted, señor!

RUFO. ¡Con esa *pose* de casada feliz!...

PILAR. Y ¡si lo soy! ¡En buena hora lo digal! No hay *pose* ni tontera: ¡es que soy muy dichosa con mi marido!

COLASÍN. Pero si aquí lo que sucede es que este señor está enamorado de usted, Pilarcita...

PILAR. ¡Jesús!

COLASÍN. Y le da rabia de verla a usted casada y en la gloria. Y envidia a muerte a su marido de usted.

RUFO. No, señor; no lo envidio. Lo envidiaría si no fuese casado.

PILAR. ¡Bah, bah, bah! Doblemos la hoja.

DOÑA TECLITA. Sí, sí; dobiémosla. A este enemigo del matrimonio lo hemos de ver todavía casado con cualquier avechucho. Es decir, ustedes lo verán; yo no. Yo me habré ya muerto cien veces.

RUFO. ¿Con que a mí casado, doña Teclita? ¡Eso no lo verá ni usted ni nadie!

Llega don Martín por donde se marchó.

DON MARTÍN. ¡Oigal! ¿Todavía estamos en lo mismo? ¡Este Rufo es intransigente! ¡Implacable! Es usted implacable. ¿Qué, Pilar? ¿No ha habido armisticio, ni bandera blanca, ni cosa así?

PILAR. No, señor: somos dos enemigos eternos. El agua y el fuego. Guerra sin cuartel a este hombre.

DOÑA TECLITA. ¡Ja, ja, ja! No puede resistirlo.

RUFO. Es que esta encantadora hija de usted, señor don Martín, como toda persona casada, lleva en el fondo de su alma un deseo latente de que entren muchos prójimos en la cofradía. Es una forma de la venganza muy original. Tal vez ellos mismos no se dan cuenta.

PILAR. ¡Está usted frescol! ¡En ninguna cofradía de que yo forme parte quiero verlo a usted para nada! ¡Ni de pendón!

DON MARTÍN. Paz, paz; haya paz... A ver, el diplomático, ¿cómo no echa aquí una manita?

COLASÍN. El diplomático parece que no abunda en las ideas del señor Rufo. Le llamo a usted el señor Rufo, aunque suena algo raro, porque creo que Rufo también es su apellido.

RUFO. *Poniéndose en guardia.* Sí, señor; también. Rufo Rufo soy, en todos los terrenos.

COLASÍN. No deja de ser original. Rufo Rufo... Está bien. Rufo Rufo...

DON MARTÍN. Veamos, veamos lo que nos dice el diplomático del pleito entre la casada y el solterón.

ERNESTO. Precisamente iba a terciar antes que usted saliese... El tema es siempre interesante. Sobre todo, para la gente joven.

RUFO. Y ¿qué nos iba usted a decir?

ERNESTO. Lo que suelo decir siempre a este propósito, amigo Rufo. Es conversación que surge dondequiera. Y yo comprendo que haya quien exalte el matrimonio y quien lo combata...

DON MARTÍN. ¡Muy bien!

ERNESTO. Lo que no concibo, lo que desapruébo es que se hable de ello de memoria, sólo por referencias o por lo observado exteriormente...

DON MARTÍN. *Soñándolo su yerno.* ¡Muy bien!

ERNESTO. Yo, por ejemplo, puedo hablar en razón de la vida de París o de Roma, porque he vivido en las dos capitales. Dios me libre de hablar de la vida de Nueva York sin haber tomado ni el pasaje siquiera.

DON MARTÍN. ¡Muy bien!

ERNESTO. Hay cosas de las cuales no se debe opinar sin conocimiento de causa. Cásese usted, y entonces hablará con autoridad del matrimonio.

DON MARTÍN. ¡Muy bien!

LUCINDA. Muy bien, Ernesto. Lo mejor que se ha dicho.

PILAR. Pues ése también es mi mayor argumento siempre.

RUFO. Calma, calma. No nos dejemos ofuscar por un *latiguillo*. ¿Por qué he de necesitar yo casarme, marqués? El argumento es candoroso. A mí en la vida me basta observar muchas cosas para juzgarlas enteramente, sin precisión de pasar por ellas.

ERNESTO. No es cabal el juicio.

RUFO. ¿No ha de serlo? Pero aunque no lo fuese, ¡con tal que no sea equivocadol... Sin padecer yo dolores de muelas, sé que molestan mucho. Para ello me basta haber visto a más de un amigo con la cara hinchada y dando botes.

DON MARTÍN. ¡Muy bien!

ERNESTO. Regular, don Martín.

DON MARTÍN. No, si yo he dicho muy bien por lo que iba usted a contestarle.

ERNESTO. ¡Ah! Gracias. Pues iba a contestarle que no es adecuado el ejemplo. ¡Un matrimonio no es un dolor de muelas!

RUFO. ¡Son muchos!

LUCINDA. Usted ¿qué sabe? ¡Cásese usted, como le ha dicho Casalar!...

RUFO. ¡Ahora voy! Porque además hay esto. Yo tengo la conciencia de haber vivido en una existencia anterior.

COLASÍN. Hombre, eso va a ser muy ingenioso.

RUFO. Espere usted a oírlo. Sí; sin broma ninguna. Tengo la conciencia de haber vivido antes de ahora; de haber pasado ya por otra existencia, en la que me casé... y me fué muy mal. ¡De ahí que en esta nueva encarnación de mi espíritu no haya quien me atrapel!

Risas.

COLASÍN. Pero, bueno; vamos a cuentas. No tengamos aquí otro *latiguillo*, ¿eh, don Rufo? Usted dice que cree que ha vivido ya anteriormente.

RUFO. Estoy seguro, amigo mío.

COLASÍN. Muy bien. Pero en aquella vida ¿era usted también un hombre como ahora o era usted cosa de otra especie? ¿Qué cosa era usted? Porque, según fuese, tendrá fuerza o no la tendrá su razonamiento.

PILAR. ¡Claro está! Si no era usted un hombre, sino un bicho, un pájaro...

COLASÍN. Todavía un pájaro puede buscar una pajarita y saber luego a qué atenerse. Pero ¿qué fué usted en esa otra vida? Hay que precisar esto. ¿Fué usted ser humano? ¿Fué usted irracional? ¿Fué usted por ventura una planta, una berza, un repollo, un calabacín?... Esto hay que precisarlo, señor Rufo.

RUFO. Le diré a usted, señor Alares: no rechazo la hipótesis de que en esa otra vida haya podido ser yo un calabacín... Por algo en ésta me es usted tan simpático.

COLASÍN. ¡No le quepa a usted duda!

RUFO. Pero mis recuerdos son de que tenía, si no hechura humana, espíritu humano. Y me casé y me fué desastrosamente. Ya lo he dicho. ¿Cómo no he de odiar el matrimonio?

COLASÍN. Hombre, pues lo natural es que en el segundo golpe le fuese a usted bien.

RUFO. Es podenco. ¡Guarda!

DOÑA TECLITA. Pero si además odia a las mujeres; no es solamente al matrimonio. Yo le he oído decir que si se casara por mano del diablo iba a vivir separado de su mujer: ella en un piso y él en otro.

RUFO. ¡Ah! ¡Natural! La vida en común mata toda delicadeza. ¡Qué horror!

DOÑA TECLITA. ¿Lo oyen ustedes? ¿Y la ocurrencia de divorciarse si tiene más de un hijo?

RUFO. ¡Y me divorciaríal ¡Natural! ¡No he nacido para maestro de escuela!

PILAR. Hay que dejarlo por imposible. Me marcho para no oírlo más.

DON MARTÍN. ¿Te vas ya, hija mía?

PILAR. Sí. Federico se impacienta si tardo.

ERNESTO. Yo también dejo a ustedes.

LUCINDA. ¿Por no dar lugar, como mi hermana, a alguna impaciencia?

ERNESTO. Nada más lejos...

RUFO. ¿Preparativos de marcha, Casalar? ¿Capítulo de despedidas?

LUCINDA. *Con extrañeza.* ¿Qué?

RUFO. Se nos va el diplomático.

DON MARTÍN. ¿Cómo que se nos va?

COLASÍN. ¿Adónde?

ERNESTO. *Turbado.* No sé todavía...

RUFO. Pero ¿lo voy a saber yo y usted no? A mí me lo aseguraron ayer en el Salón de Conferencias: usted va a Londres y Eduardo Blancas a Berlín.

La noticia causa impresión en la familia. Casalar lo advierte.

ERNESTO. Ya digo que no sé todavía... De eso se trata. Eso al menos quiere el ministro. Yo, sin embargo, no hablo de ciertas cosas relativas a mí, hasta no estar seguro... Pero, sí, es probable. Mi carrera tiene estas sorpresas a lo mejor... No lo dejan a uno parar en ningún sitio... tomar afectos. En fin, ello dirá. *Despidiéndose.* Señora... Pilar... Lucinda... Haré por ir luego a la Princesa.

LUCINDA. No se violente usted...

ERNESTO. ¡Oh! Don Martín...

DON MARTÍN. Lo acompaño a usted, lo acompaño...

ERNESTO. ¿Señores...

COLASÍN. Yo también me retiro.

RUFO. Y yo. Vámonos todos.

Mientras se despiden estos últimos. Lucinda y Ernesto hablan aparte, bajo.

LUCINDA. ¡Qué callada tenía usted esta novedad! Más que marcha parece fuga.

ERNESTO. No había habido ocasión de hablar de ello.

LUCINDA. De callarlo, querrá usted decir.

ERNESTO. Yo le explicaré a usted... Si acaso, a la noche... Adiós... Adiós...

Se une a don Martín y a las otros, y los cuatro se van por la galería, hacia la derecha. Don Martín, del brazo de Ernesto; Colasín y Rufo, comentando el efecto de la noticia en la casa.

DON MARTÍN. ¡Vaya, vaya con el diplomático éstel! ¡Y qué pronto levanta el vuelo!

COLASÍN. *A Rufo.* Le doy a usted las gracias por la bomba que ha puesto aquí.

RUFO. ¿Le ha gustado a usted?

COLASÍN. ¡Como que Casalar es el perro del hortelano!

Silencio. Lucinda, ensimismada, medita tristemente. Doña Teclita y Pilar la observan. Pausa.

LUCINDA. ¿No ibas tú a marcharte, Pilar?

PILAR. Ahora...

DOÑA TECLITA. Oye, niña: ¿a ti el marqués no te había dicho una palabra...?

LUCINDA. No.

Vuelve don Martín, pálido, desasosegado.

DON MARTÍN. Lucinda, ¿tú no sabías nada de lo de Ernesto?

LUCINDA. Nada.

DON MARTÍN. ¿Nada, nada, muchacha?

LUCINDA. ¡Nada, papá! ¿Cómo voy a decirlo?

DON MARTÍN. ¡Es increíble!

PILAR. Lo que es increíble es que haya quien se

tape voluntariamente los ojos para no ver lo que pueda desagradarle.

DON MARTÍN. ¿Por quién dices eso?

PILAR. Por ti, papá; por mi hermana; por todos...

DOÑA TECLITA. Menos por mí, que duermo con los ojos abiertos, como las liebres. Tú llevas razón.

LUCINDA. ¿En qué la lleva?

DOÑA TECLITA. En lo que ha dicho.

PILAR. ¿No hace falta estar ciego o querer estarlo? ¿A quién se le ocurre fundar esperanzas en la afición a ti del marqués? ¿Es que no sabéis que tiene unos amoríos por los cuales ha roto ya dos bodas casi en vísperas? Casalar corteja, enamora, consiente, tal vez de buena fe, pero llega un momento en que le obligan a desandar lo andado o a fugarse. ¿No lo sabes tú?

LUCINDA. ¿Será quizás el primer hombre que deje un rastro de éstos antes del matrimonio?

PILAR. Y ¿tú ibas a poder más que todas?

LUCINDA. ¿Por qué no?

PILAR. ¿Casalar iba a estar esperando a que te cruzases tú en su camino?

LUCINDA. ¿Por qué no? Ni en esto ni en nada sabe nadie lo que le espera.

PILAR. Cierto. Pero hay una lógica en la vida. Y porque de la noche a la mañana nos lluevan del cielo unos cuantos millones, no debemos pensar que somos otros.

LUCINDA. ¡Pues sí que lo somos, Pilar!

PILAR. ¡Al parecer, Lucinda! Apariencia engañosa; espejismo. Se cambia de veras únicamente cuando se le debe la fortuna al propio esfuerzo.

DON MARTÍN. ¡Insensata teoría, hija del alma! Si mi hermano, un individuo de mi propia sangre, trabajó y se enriqueció y yo heredé sus bienes, ¿no he de considerarlos como logrados por mí mismo?

PILAR. Si los hubieras logrado por ti mismo, no los derrocharías tan inútilmente.

DON MARTÍN. ¡Niñal!

DOÑA TECLITA. No te irrites, Martín. Ni tú te pases de la raya, Pilar, aunque digas sentencias.

PILAR. En todo caso, papaíto, con el dinero que se gana haga cada cual lo que se le antoje; con el que se hereda se debe pensar para emplearlo en otra voluntad que en la propia. Y ¿era ésta por acaso la voluntad del tío Rafael?

DON MARTÍN. ¡El tío Rafael no tuvo nunca otra que la de vernos contentos y felices!

LUCINDA. Pero para mi hermana la felicidad consistiría en que no nos hubiéramos movido de Segovia; en que siguiéramos en la misma esfera social; en que yo me hubiera casado, como ella, con cualquiera de los amigos de la familia... ¡Hermoso porvenir para mi juventud!

PILAR. Pues yo soy tu hermana, y estoy muy satisfecha de mi destino.

LUCINDA. Eres demasiado modesta. Yo soy más ambiciosa.

PILAR. ¿Desde que heredaste?

LUCINDA. Desde que nací. Tengo ambición; la tengo. Y Dios me la conserve. Pero si la ambición es un pecado, iré al infierno de cabeza.

DON MARTÍN. ¡Y yo contigo!

LUCINDA. Para conseguir algo en esta vida, hay que ambicionar mucho.

PILAR. Pero si lo que a ti te mueve no es la ambición, Lucinda, sino la vanidad.

LUCINDA. ¿La vanidad?

PILAR. ¡Ni más ni menos! ¿Qué ambicionas? ¿Un hombre que te quiera mucho, más que a nadie? ¡Nol! En eso no teijas. Tú persigues una boda de estruendo; que llame la atención; que se envidie por la bri-

llantez aparente; una boda de la que se hable mucho... ¡muchol...

DON MARTÍN. Y ¿qué mal hay en ello, Pilar? Ese es un deleite, es un gozo... que la gente se ocupe de uno y de sus cosas... Es un gozo, es un gozo... No vivimos en un desierto, sino en sociedad... ¡Yo te aseguro que la mitad de lo que hago no lo haría si supiera que no iba a saberse!

PILAR. Pues eso se llama vanidad, papá.

DON MARTÍN. ¡Llámalo como quieras! Cada uno es feliz a su modo.

LUCINDA. ¡Naturalmentel

PILAR. ¿Sí, eh? Pues ved la forma de obtener algún fruto más positivo de este modo de ser feliz, antes que se concluya la miel de la colmena.

DON MARTÍN. ¿Qué dices?

PILAR. Sí, papá. A ver si el acta de diputado, que tanto dinero te costó, te sirve de algo más que de adorno; a ver si el periódico que fundaste, para que se sepa de ti, contribuye a cosa más práctica para tu vida que la de desmoronar tu fortuna; a ver si haces alguna jugada de Bolsa en que no salgas engañado; y a ver tú, Lucinda, si con tantas fiestas como organizas en tu casa y fuera de ella, y con tantos tes, y tantos teatros, y tantos trajes de París, y tantos coches, encuentras algún día una felicidad que se parezca a la de tu hermana.

LUCINDA. Si ha de parecerse a la tuya, no la quiero.

PILAR. No sabes lo que dices.

DON MARTÍN. Es que Pilarcita ha creído siempre que tiene más talento que ninguno en la casa, y está en un error. Aquí nadie tiene más talento que yo, que soy el cabeza de familia. ¿En dónde reside el talento, sino en la cabeza?

DOÑA TECLITA. Pues oye tú, cabeza: yo creo

también que la has perdido hace una temporada.

DON MARTÍN. Usted no es de esta generación, señora. Ahora la vida va por nuevos rumbos. No es posible estancarse... Hay que seguir el movimiento... Telégrafos, teléfonos, submarinos... navegación aérea... El dinero es actividad, posición... Dios me lo ha enviado... ¡No lo voy a esconder en un calcetín debajo de la cama, como haría de seguro su abuelo de usted!... Quiero lucir, quiero bullir, quiero triunfar... Quiero servir a mi país... Quiero ser una rueda... una rueda útil... ¡Una rueda útil!... ¡Aire, aire!... ¡Movimiento!... Que se sepa que tengo ideas, que tengo planes, que no soy un cerebro dormido... que conozco el problema fabril... y el problema de la vivienda... y el problema hidráulico... y el problema agrícola... y varios problemas... ¡Aire, aire!... ¡Posición, posición; ruido, escaparate... brillo, brillo!... A Pilar la casé con un pobretón, porque éramos casi unos pobretones entonces... en aquella centuria... *Rectificándose.* ¿Centuria? Bueno, en aquella fecha he querido decir. Para esta reina de la casa, un príncipe chino me parece poco... Y a los dos pequeñines he de triplicarles el capital en un par de años. O poco puedo. ¡Triplicarles el capital, sencillamente! Y nada más. Nada más. Cada uno con sus ideas, Pilarcita. Nada más.

PILAR. Está bien, papá. Nada más... por hoy. Tengo el deber de hablaros de estas cosas, y no he de renunciar a cumplirlo. Hasta mañana si Dios quiere.

DOÑA TECLITA. Hasta mañana.

DON MARTÍN. Adiós.

LUCINDA. A ver si te oreas por ahí.

PILAR. No lo necesito. *Se va por la galeria, hacia la derecha.*

DON MARTÍN. ¿Qué mosca le habrá picado a esta criatura? Mira que hoy ha dicho unas cosas...

LUCINDA. La mosca de siempre, papá: ¿es cosa nueva? Don Teodoro, tu administrador; el quijotesco don Teodoro; el insoportable don Teodoro, que la visita un día sí y otro no y le llena la cabeza de parruchas.

DON MARTÍN. ¡Ah, sí!

LUCINDA. ¡Claro que sí! Con la careta de la lealtad, que es el escudo de esa familia, vuelca el saco en aquella casa y ni a ti ni a mí nos deja hueso sano. Sobre todo a ti. Que te despeñas por minutos; que no sabes por dónde andas; que no te caben en la cabeza cuatro cuartos; que eres la befa de Madrid; que te explota todo el que te rodea...

DON MARTÍN. ¿Sí, verdad? ¡Más valía que mirara cómo entró en esta casa: por lástima que tuve de él y de los suyos!... Por lástima; nada más que por lástima... Porque yo, primero que un cerebro, soy un corazón... Soy un corazón primero que un cerebro... ¡Y me paga así! ¡Murmurando de mis actos y desacreditándome!...

DOÑA TECLITA. Esa familia nunca nos ha tragado. Siempre se los ha comido la envidia de nosotros.

LUCINDA. ¡Siempre! Nuestra herencia fué para ellos el mayor castigo.

DOÑA TECLITA. Y luego, ¡qué humos!

LUCINDA. ¡Oh! ¡Qué altivez! ¡Qué arrogancia! ¡Crean que su saludo es un favor! ¡Hacen un blasón de su pobreza! ¡Sólo ellos tienen dignidad y son nobles! ¡Oh! A don Teodoro no puedo aguantarlo; pero el hijo, el Adriano, el escritorzuelo, me produce una antipatía rabiosa. Me gustaría ser hombre para darle de bofetadas alguna vez.

DON MARTÍN. Cálmate, cálmate... Yo pondré a raya a estos *Comuneros* de nuevo cuño. Hay que tomar una medida... Que mis caricaturas salgan de mi propia casa, y yo lo tolere, sería el colmo. A mi ad-

ministrador le prohibo que opine; ¡se lo prohibol... Su obligación es obedecer ciegamente. Y si le desagrada, por la puerta se va a la calle. Punto concluído. *Con resolución.* Y lo que se puede hacer hoy no debe dejarse para mañana.

DOÑA TECLITA. Por Dios, Martín: no te dejes llevar ahora de un acaloramiento... Piensa lo que vayas a hacer: no seas fuguillas.

DON MARTÍN. Ya está bien pensado. Ciertas cosas no merecen pensarse más tiempo. ¡Pues hombre! *Vase por la puerta de la izquierda, decidido a ejecutar su determinación inmediatamente.*

DOÑA TECLITA. ¡Ay, Lucinda! Estas grescas acaban conmigo... No tengo genio para vivir así... Ni años, ya... Pero ¿qué haces? ¿No me oyes?

LUCINDA. *Entre rugiditos y lágrimas.* ¡Abuela, es que me da mucha rabia echarme a llorar, y voy a llorar a pesar mío!

DOÑA TECLITA. ¿Por qué?

LUCINDA. ¿Cree usted que me falta razón? ¿Cree usted que la conducta de ese hombre es tolerable?

DOÑA TECLITA. ¿La de don Teodoro?

LUCINDA. ¡La de Casalar!

DOÑA TECLITA. ¡Ah! ¡Vamos!...

LUCINDA. ¿No es esto un juego? ¿No es un juego de mala ley? ¿Quién se ha figurado que soy yo? ¿Me ha tomado quizás por una provinciana engreída y ha querido burlarse de mí? ¡Pues se engaña! ¡se engaña! ¡Yo le juro que el viaje no lo va a hacer tranquilo!

DOÑA TECLITA. ¡Criatural!

LUCINDA. ¡No lo va a hacer tranquilo!

DOÑA TECLITA. No pienses tonterías... Cuenta siempre con que él se irá más tranquilo que te quedas tú.

LUCINDA. No sé, no sé... ¡Me da mucho coraje,

abuelal... ¡Vaya, que no quiero llorar! *Márchase por la puerta de la derecha, conteniendo las lágrimas.*

DOÑA TECLITA. ¡Ay! ¡ay! Cuando digo yo... ¿Cómo voy a resistir esta vida?

Viene Abdón, vestido como Juan Felipe, por la derecha de la galería.

ABDÓN. Señora.

DOÑA TECLITA. ¿Qué hay?

ABDÓN. Ahí está el señor Salvatierra, que dice que lo aguarda el señor.

DOÑA TECLITA. Sí. Hazlo pasar aquí, y avísale al señor, que debe de estar en la secretaría.

ABDÓN. Bien. *Vase.*

DOÑA TECLITA. Vamos a ver si me doy yo maña para enterarme de lo que trae aquí a este pajarraco. No me huele muy bien.

Vuelve Abdón acompañando a Salvatierra, y sigue tuego hacia la izquierda por la galería. Salvatierra, cuya traza demuestra que no ata los perros con longaniza, es hombre afectuoso, comunicativo, simpático.

SALVATIERRA. Servidor, señora.

DOÑA TECLITA. ¿Señor Salvatierra?

SALVATIERRA. Servidor.

DOÑA TECLITA. Siéntese usted: ahora vendrá mi yerno.

SALVATIERRA. Mil gracias. ¿Tengo el honor de hablar con la señora madre política del hombre de moda?

DOÑA TECLITA. ¿De moda? Siento que lo llame usted así.

SALVATIERRA. ¿Por qué, señora?

DOÑA TECLITA. Porque las modas pasan.

SALVATIERRA. Las de vestir. El talento siempre está de moda.

DOÑA TECLITA. Pues, sí, señor, yo soy la suegra.

SALVATIERRA. Por muchos años.

DOÑA TECLITA. Gracias; pero ya... lo seré por muy pocos. Me muero a pedazos, señor Salvatierra.

SALVATIERRA. ¡Oh! pues nadie lo diría... Su aspecto le usted...

DOÑA TECLITA. Pues me muero a pedazos. — ¿De modo que usted tiene ahora asuntos con Martín?

SALVATIERRA. Sí, señora; varios asuntos. Voy a ver si le proporciono nuevo material de máquinas para su gran diario... Hay unas linotipias y una rotativa de ocasión, que son una ganga. Procedentes de ese otro periódico titulado *El Clamor*, que no ha durado ni tres meses.

DOÑA TECLITA. Bien poco ha durado *El Clamor*.

SALVATIERRA. Pues salió para tragarse al mundo. Era órgano de un flamante político de la derecha; pero el director ha dado media vuelta a la izquierda y se ha ido a París a ver qué pasa por los *bulevares*. ¡La vida!

DOÑA TECLITA. Ya, ya. Y ¿sólo ese asunto es el que hoy lo trae a usted en busca de Martín?

SALVATIERRA. Ese es uno de ellos. Me ha pedido también nota de terrenos en los Cuatro Caminos... Le hierve en el magín la edificación de una barriada obrera...

DOÑA TECLITA. Le hierve, le hierve...

SALVATIERRA. ¡Este hotel sí que fué un hallazgo!

DOÑA TECLITA. ¿Usted cree?

SALVATIERRA. ¡Uhi Sólo el solar vale lo que han pagado ustedes. Está muy bien hecho. Yo conozco toda su historia. Lo edificó aquel yanqui famoso que dió una noche en casa de Camorra quince mil pesetas de propina.

DOÑA TECLITA. ¡Jesús, qué local!

SALVATIERRA. Se lo regaló apenas hecho a una amiguita suya guapísima, que lo malbarató más tar-

de, después de jugarle al americano, por supuesto, una faena de playa.

DOÑA TECLITA. ¡Anda con Dios!

SALVATIERRA. Luego, en pocos meses, tuvo dos o tres propietarios distintos: negociantes, logreros... aves de presa todos.

DOÑA TECLITA. ¡Vaya una noticial

SALVATIERRA. Después lo tomó no sé qué Embajada, y por último, antes que su yerno de usted, lo compró y lo amuebló de nuevo tal como está el pobre Pérez Carolina.

DOÑA TECLITA. ¿El pobre?

SALVATIERRA. Sí, señora. Lo compadezco porque se pegó un tiro y se mató.

DOÑA TECLITA. ¡Carambol

SALVATIERRA. Sí, sí; aquí en el mismo hotel. ¿No hay una habitación allá dentro decorada en estilo español, vamos al decir, Renacimiento, un poco negra...?

DOÑA TECLITA. Sí; justamente. Allí duerme mi yerno.

SALVATIERRA. Pues allí se pegó el tiro Pérez Carolina.

DOÑA TECLITA. ¡No se lo diga usted, por Dios! Ya con el decorado y los muebles hay bastante para no hacer un sueño tranquilo...

SALVATIERRA. Es verdad, es verdad... Aquellos cirios chorreados de la lamparita son un tanto macabros.

DOÑA TECLITA. ¡Vaya con el dichoso hotel! ¡Sí que tiene historia! ¿Sabe usted si lo han fumigado?

SALVATIERRA. ¡Ah, sí! No abrigue usted temor ninguno. Estas paredes ya son otras. Esta casa ha adquirido una alegría, una luz... ¡La de la inteligencia activa; la del dinero sabiamente empleado!

DOÑA TECLITA. ¡Ay, sabiamente!

SALVATIERRA. Sabiamente, señora. Yo sé un poco de eso.

DOÑA TECLITA. Pues a Martín lo critican mucho... Es tan impresionable, tan vehemente... No piensa una cosa y ya la ha hecho.

SALVATIERRA. Así son los hombres que valen. La negligencia la enterramos a principios de siglo.

DOÑA TECLITA. Lo motejan también de farolón, de vanidoso... ¿verdad?

SALVATIERRA. ¡Hasta de Dios dijeron, señora mía! No es don Martín un hombre vanidoso; no lo es; pero ¡ojalá lo fuera! ¿Usted conoce fuerza mayor que la de la vanidad en el mundo? Muchos hospitales, muchos asilos habrá levantado la caridad; pero la vanidad la aventaja. Si no es que casi siempre lleva a la caridad de la mano. Muchas escuelas habrá labrado la cultura; pero la vanidad no le ha ido a la zaga tampoco. ¡Bendita sea la vanidad! Es como esos pobres que murmuran constantemente del lujo... sin reparar en que viven de él. Yo amo el lujo, señora.

DOÑA TECLITA. *Mirándolo maliciosamente.* ¿Sí?

SALVATIERRA. ¡Lo idolatrol También vivo de él.

DOÑA TECLITA. No lo niego... Hasta cierto punto es defendible... Da de comer a mucha gente... Pero, por otro lado, no trae más que trastornos, cuando no temores... ¿Qué necesidad teníamos nosotros, por ejemplo, de habernos metido en este hotel... con esa historia que usted me ha contado?... Si la llevo yo a saber antes... ¿Conoce usted la casa nuestra de Segovia?

SALVATIERRA. ¿La de campo?

DOÑA TECLITA. No, la otra; la que vivíamos.

SALVATIERRA. No, no, señora; no la conozco.

DOÑA TECLITA. ¡Diferencia val Cuatro paredes lisas, sin adornos; puertas grandes, techos altos, chimeneas de leña... ¡Diferencia val ¡Ayl... Todo se trans-

forma y se pierde. Se va la casa, se va el hogar, se va la familia...

SALVATIERRA. Lo parece, señora; pero no se va. La de mi mujer, por lo menos, no se va. ¡La llevo sobre mis costillas hace veinte años... y no se va!

DOÑA TECLITA. ¡Qué buen humor! Por lo visto, es usted casado.

SALVATIERRA. Sí, señora. Dos veces.

DOÑA TECLITA. ¿Le fué bien la primera?

SALVATIERRA. No; si no me he casado más que una.

DOÑA TECLITA. ¡Como me ha dicho usted que dos!

SALVATIERRA. Es la equivalencia: porque mi mujer estorba por dos, riñe por dos, come por dos... ¡vale por dos!

DOÑA TECLITA. ¡Ja, ja, ja! Y ¿tiene usted hijos?

SALVATIERRA. Uno: pero también vale por dos. Sale a su madre. Es cómico. Me ha resultado cómico. No le hable usted de otra carrera. Y además es malo.

DOÑA TECLITA. ¿Mal hijo?

SALVATIERRA. Mal cómico. Hace un drama y se ríen de él; hace una comedia graciosa, y se le echa el público a llorar. Pero no goza más que en eso ni se cambia por nadie. Cuando se encasqueta una corona de cartón dorado y se cubre con un manto de percalina, que él cree que es de púrpura, grita: «¡Mis vasallos aquí!», y salen tres monos por el foro vestidos de mamarrachos, es el más feliz de los hombres. Luego me escribe que el negocio les ha ido mal, como no podía menos, y tengo que enviarle dinero para que lo dejen sacar el baúl de la posada.

DOÑA TECLITA. Ahí viene ya mi yerno. Quede usted con él.

SALVATIERRA. Pues mándeme usted a su gusto, señora. Me ocupo en todo. Algo habrá en que pue-

da servirla. Usando un término de jardinería, le diré a usted que mi actividad crece y se desarrolla a todos los vientos.

DOÑA TECLITA. Tantas gracias. Con permiso de usted. *Vase por la puerta de la derecha.*

SALVATIERRA. A sus pies, señora. — Se me figura que esta vieja está algo escamada.

Sale don Martín por donde antes se fué, agitado, pálido, con destellos de cólera.

DON MARTÍN. ¡Vivir para ver! ¡Vivir para ver!... No me canso de repetirlo. Querido Salvatierra, perdone usted si lo he hecho esperar algún tiempo...

SALVATIERRA. ¿Quiere usted callar, don Martín? Pero ¿qué le sucede a usted? Lo veo alteradillo...

DON MARTÍN. Todavía me dura... ¡Un disgustazol... He tenido que insultar a un hombre con canas... ¡Un disgustazol! Hace ya más de un cuarto de hora... y aún no me he repuesto. ¡Qué lucha! ¡Qué... qué... qué lucha!

SALVATIERRA. ¿Algún redactor del periódico?

DON MARTÍN. No; don Teodoro. Mi administrador, que me ha salido rana. ¡Un redomado hipócrital

SALVATIERRA. Administrador que administra o enfermo que se enjuaga, algo traga.

DON MARTÍN. No, no... Digo, sí, sí... Digo, no sé. En fin, lo he puesto verde, sin reparar en que estaba en mi casa. Lo he puesto verde. Se me fué la sin hueso. Mis vehemencias; mis ímpetus. Lo he puesto verde. Pero, bueno, vamos a lo nuestro, que ya basta del administrador. A rey muerto, rey puesto, ¡qué caray!

SALVATIERRA. Si quiere usted que yo me ocupe en buscarle...

DON MARTÍN. Aguarde usted a ver. *Bajando la voz y acercándosele.* ¿Qué hay de la finca de Segovia?

SALVATIERRA. *Lo mismo.* Que tengo comprador dispuesto.

DON MARTÍN. Pues al avío. ¿Quién es?

SALVATIERRA. Me pide reserva... por ahora. No sé qué pleitos de familia...

DON MARTÍN. Bien, bien, bien. Lo mismo me da que sea Laín Calvo que el moro Muza. Con tal que resolvamos pronto...

SALVATIERRA. ¡En seguida! Si usted rebaja lo que se pretende...

DON MARTÍN. ¿Mucho?

SALVATIERRA. Poco. Pleiteamos por poco.

DON MARTÍN. Pues usted lo arregla. Quiero vender; necesito vender... Aquella finca para mí ya no es más que un estorbo. Quiero vender. Véame usted mañana a mediodía en la redacción, y ultimaremos. Ahora tengo que hacer otra cosa. Discúlpeme usted.

SALVATIERRA. ¡Por Dios santo!

DON MARTÍN. Me voy a vestir. Cena esta noche en casa el ministro de Gracia y Justicia... ¡Ah, caray! Hay que recordarle a Ramírez que le avise al fotógrafo. Es no parar esto; es no vivir. *A Honorata, que aparece por la izquierda de la galería.* Honorata, despida usted a este señor, que yo voy escapando... Hasta mañana, ¿eh?

SALVATIERRA. Hasta mañana, don Martín.

DON MARTÍN. En la redacción, sobre las doce. *Vase precipitadamente por la puerta de la derecha. Honorata y Salvatierra se miran y aguardan un momento callados a que se aleje don Martín. Cuando van a hablar, llega por la derecha de la galería Juan Felipe, y cautelosamente pregunta:*

JUAN FELIPE. ¿En qué queamos?

HONORATA. Prudencia, Juan Felipe.

JUAN FELIPE. Prudencia: ¿en qué queamos?

SALVATIERRA. En que pasará por la rebaja. Cin-

cuenta mil pesetas... y a firmar. Corre de mi cuenta.

JUAN FELIPE. Honorata... hay que aventurarse. Esto es la lotería pa nosotros. Vale doble la finca. En úrtimo caso, la revendemos luego y eso vamos ganando.

HONORATA. Es tentador... es tentador...

JUAN FELIPE. Esta noche desidiremos. Y usté y yo, Sarvatierra, mañana por la mañana, a las ocho, en nuestro café.

SALVATIERRA. Conforme, Juan Felipe.

JUAN FELIPE. Y ahora ca mochuelo a su olivo, que las paredes oyen y está que arde la cosa. He escuchao to el agarre de don Martín con don Teodoro. Yorando se iba er pobre viejo. ¡La de atosidades que don Martín le ha dicho! Es un santo ese hombre, cuando no le ha roto la cara. Hasta la vista. *Vase.*

SALVATIERRA. ¿Usted me manda algo, amiga Honorata?

HONORATA. *Poniendo el alma en la palabra.* ¡Sí!

SALVATIERRA. ¡Que sí más expresivo! ¿Qué me manda usted?

HONORATA. Sea usted franco conmigo, Salvatierra; dígame la verdad: ¿merece mi confianza Juan Felipe? ¿Qué hombre es Juan Felipe? ¿Qué hago con Juan Felipe?

SALVATIERRA. ¿En qué sentido?

HONORATA. No sea usted guasón, que hablo en serio.

SALVATIERRA. Pues haga usted lo que él le diga. Juan Felipe es un hombre que sabe bien a todas partes. Difícilmente dará un resbalón.

HONORATA. ¿Y de moralidad, Salvatierra?

SALVATIERRA. ¿Qué concepto le merezco yo a usted?

HONORATA. Cuando le pido que me aconseje...

SALVATIERRA. Pues entonces duerma usted tranquila: Juan Felipe tiene más vergüenza que yo. ¡Hasta ahora!

HONORATA. ¡Siempre la cuchufleta!

SALVATIERRA. No, no; esto se lo digo a usted más serio que un fraile. Yo, a veces... tengo muy malos pensamientos.

HONORATA. Porque el caso es... hágase usted cargo, Salvatierra... el caso es que no lo pregunto sólo por el negocio...

SALVATIERRA. ¡Ah!...

HONORATA. *Marchándose con él por la derecha de la galería.* ¿Usted comprende?... Juan Felipe apunta también a otras cosas...

SALVATIERRA. ¡Ah!... ¿La chica?

HONORATA. ¡No! ¡Yo!

SALVATIERRA. ¡Ah!...

Por la puerta de la derecha vuelve a poco Lucinda.

LUCINDA. ¡Sucedió lo que tenía que suceder! Estamos desquiciados y hemos de pagarla con alguien. ¿Eh? ¿Quién grita?

Honorata y Adriano discuten dentro.

HONORATA. ¡No está, señor!

ADRIANO. ¡Sí está!

HONORATA. ¡No está, le digo!

ADRIANO. ¡Pues si no está, me sentaré a aguardarlo!

Aparece por la derecha de la galería, seguido de Honorata, que en vano ha tratado de que no pase. Es un mozalbete impetuoso y altivo, de innata rebeldía acrecentada y excitada por la desventura.

LUCINDA. ¿Quién?

ADRIANO. Yo. *Sorprendido.* ¡Ah! Lucinda.

LUCINDA. ¡Adriano! ¿Usted?

HONORATA. ¡Empeñado en ver al señor ahora mismo! Le he dicho que no está!

ADRIANO. Usted perdone: necesito ver a su padre de usted con urgencia. ¿Sabe usted dónde podría encontrarlo?

LUCINDA. No, señor. Pero dígame usted a mí qué lo quiere.

ADRIANO. No, señorita: ha de ser precisamente a él.

LUCINDA. Pues en ese caso, fuerza es que tenga usted paciencia. Vuelva usted en otra ocasión.

ADRIANO. Le repito a usted que es asunto urgente.

LUCINDA. Entonces no sé cómo arreglarlo. Búsquelo usted, si es que tanta prisa le corre.

ADRIANO. Le advierto a usted, Lucinda, que será inútil que trate de evitar este encuentro. Antes de la noche he de haber hablado con su padre de usted.

LUCINDA. ¡Qué arrebató! ¡Ni que se tratara de un lance de honor!

ADRIANO. De honor, sí; de honor es el lance.

LUCINDA. ¿Eh? Retírese, Honorata. *Esta obedece.* Me está usted alarmando, Adriano. *Irónicamente.* Pero no llegará la sangre al río, ¿verdad?

ADRIANO. No lo sé. Ni le acepto a usted, en esta ocasión, ese tono de burla.

LUCINDA. Si vamos a no aceptar cosas que parezcan inconvenientes, ¿cree usted que debo yo pasar por la manera como ha entrado usted en mi casa?

ADRIANO. Cuando sepa usted, si no lo sabe, a lo que a ella he venido, seguramente me disculpará, aunque no lo confiese.

LUCINDA. ¿Aunque no lo confiese? ¡Qué cosa más ridícula! Ya veo que ni la adversidad ni los tropiezos en la vida le abaten a usted su arrogancia.

ADRIANO. Así es.

LUCINDA. Bien, pues acabemos. ¿Qué viento le trae tan alterado por aquí?

ADRIANO. Insisto, Lucinda, en que no es con usted con quien vengo a hablar. Vengo a hablar con la persona a quien se me niega... y que acaso se esconde.

LUCINDA. ¡Alto ahí! Que no me cuesta ningún trabajo llamar a uno de mis criados y arrojarlo a usted a la calle.

ADRIANO. Menos trabajo le costaría a usted, sin duda, dar la orden, que a los criados ejecutarla.

LUCINDA. *Sonriendo.* ¡Jel Por si acaso, reprímase usted. Y ante todo guárdele más respeto a mi padre, que de nadie tiene que esconderse... y de usted mucho menos.

ADRIANO. Si él hubiera sabido respetar al mío, seguramente no estaría yo ahora en presencia de usted.

LUCINDA. ¡Ah! ¡Vamos!... Se trata de... de eso. ¿Quién iba a sospecharlo, por Dios? ¡Con qué calor toma usted las cosas!... Reflexione un poquitín, Adriano... ¿No es su nombre Adriano?... Al oírlo a usted tan fuera de quicio, sin acordarme ya de sus genialidades, ¿cómo había de acertar de lo que se trataba?... ¡Jesús! Hay criaturas incorregibles... Total: una discusión un poco viva entre un jefe y un servidor... No es para ponerse por las nubes ni empuñar la tizona... Me han dicho que ahora escribe usted comedias... ¡Clarol! Los versos no dan dos reales!... Las comedias, por supuesto, serán heroicas... ¿No?

ADRIANO. Este silencio con que he escuchado todas sus ironías es una compensación que le brindo a usted por mi modo de presentarme hoy en esta casa. La acepte usted o no, a lo menos le demostrará quién soy y cómo soy.

LUCINDA. Eso io sé yo hace algún tiempo.

ADRIANO. ¿Cree usted que lo sabe?

LUCINDA. ¿Usted lo duda? Lo sé muy bien desde

aquel día... ¡ja, ja, ja!... ¡qué escena más cómica!... en que usted, todo tembloroso, se acercó a decirme... ¿No lo recuerda usted?

ADRIANO. No querría recordarlo. Fué un amor de niño, que pasó, por fortuna.

LUCINDA. Gracias.

ADRIANO. Hoy me veo ante usted, un poco menos tímido, para hablar de cosa bien distinta. Y ya no me detengo; ya no vacilo en que me oiga usted. Mi padre acaba de llegar a mi casa enfermo de pena, angustiado, lloroso, sin aliento para decirnos qué le ocurría. Su padre de usted, delante de todos los empleados de esta casa, lo ha ofendido; lo ha calumniado.

LUCINDA. ¿Qué dice usted?

ADRIANO. Digo que mi padre no tiene más tesoro que su honradez ni más orgullo que su nombre. A defenderlos vengo.

LUCINDA. ¿Enviado por él?

ADRIANO. Esa es otra ofensa. Él no sabe que yo estoy aquí.

LUCINDA. Y ¿qué hizo, si es cierto lo que usted refiere, que no se defendió a tiempo ante mi padre?

ADRIANO. Ni pudo, ni quiso. Si usted no lo entiende, lo deploro.

LUCINDA. ¡Vamos! Taparon su boca la gratitud... la consideración a la casa ajena, el respeto al jefe...

ADRIANO. Sí; todo eso que dice usted en son de burla... y algo también más noble y más íntimo: la propia estimación. Pedir trabajo no es pedir limosna: honra a quien lo pide. Y el que lo da, sea quien sea, del rey abajo, no adquiere derecho a humillar ni a insultar al que lo recibe.

LUCINDA. Lo dicho: altas comedias... Vive usted siempre en alta comedia. Por nada de este mundo baja usted el tono.

ADRIANO. Y menos, cuando debo subirlo.

LUCINDA. Mire usted, Adriano—hablemos más llanamente y con franqueza—: si su padre de usted no se hubiera metido en camisa de once varas, yendo a asustar y a levantar de cascos cada lunes y cada martes a mi hermana Pilar, amenazándola con nuestra ruina inmediata, habría seguido aquí cobrando tranquilamente su sueldecito... y mi padre no habría tenido que ponerle la ceniza en la frente. Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

ADRIANO. ¡Qué horror! ¡No parece sino que haya sido usted la inspiradora! ¡Ofensa tras ofensa! No debo seguir hablando con usted, Lucinda; no debo. Eso que usted ha dicho necesita contestarse de manera tan violenta y tan dura, que fuese en mí una indelicadeza y una cobardía hacerlo ante quien no me pueda abofetear. A pesar de ello, no me callo del todo. Tengo que decirle que si mi padre, por leal y por bueno...

LUCINDA. ¡Oh! ¡oh!... ¡Ya salimos con la lealtad!

ADRIANO. ¡Por leal y por bueno, acudió a su hermana de usted a advertirla del riesgo que veía, fué después de haber intentado vanamente que entrara esa idea de la catástrofe en el menguado entendimiento...!

LUCINDA. ¡Bastal

ADRIANO. Perdone usted: no he sido dueño de mi lengua.

LUCINDA. ¡Bastal! ¡No perdono! ¡Ni escucho más! *A Abdón, que cruza de izquierda a derecha por la galería.* Abdón.

ABDÓN. Señorita.

LUCINDA. Acompaña a la puerta a este hombre. *Yéndose ofendida, por la de la izquierda, murmura entre sí:* ¡Es de una necedad que subleval!

ADRIANO. *Al criado, que aguarda:* ¡Si se atreve

usted a seguirme a la puerta, le hago rodar la escalinata del hotel y lo revuelco y lo pisoteo luego en el arroyo!

Vase resueltamente por donde llegó. El criado, perplejo, lo mira ir sin moverse.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de Honorata y Juan Felipe, en Madrid. Sendas puertas al foro, a la derecha y a la izquierda. Confusión de muebles: hay restos de casas distintas. Un retrato al óleo de un caballero desconocido. Es por la tarde, a primera hora.

Honorata y Juan Felipe celebran, almorzando con Salvatierra, el tercer aniversario de su boda. Están de sobremesa y son dichosos. Se ha empinado el codo más que de ordinario. Hay carmín en todas las mejillas. Los hombres fuman.

Pepa, la criada, espera órdenes, deseando verse en la cocina. Es una flor silvestre de Bollullos del Condado, a quien ha «caracterizado» de doncella fina la dueña de la casa. En cuanto se vea libre de la cofia y los guantes será tan feliz como sus amos.

SALVATIERRA. Nada, Honorata, las bodas de Camacho son un tente en pie comparadas con este almuerzo.

JUAN FELIPE. ¡Pa cuatro días que vamos a viví, Sarvatierral...

HONORATA. Y que la fecha requería echar la casa por la ventana.

JUAN FELIPE. Y er convidao también.

SALVATIERRA. Gracias. Un buen amigo. Un amigo que goza con las prosperidades de todos los suyos. Ya que uno no prospere... Pero ¡cómo se pasa

el tiempo! ¡Mentira parece que haga ya tres años de esta bodal

HONORATA. ¡Y cinco que nos conocimos Juanito y yo!

JUAN FELIPE. Justamente: cinco.

HONORATA. El duque me llevó a casa de aquellos señores... y allí tropecé con esta alhaja.

JUAN FELIPE. Estaba escrito, como dise Mahoma.

SALVATIERRA. Y ¡qué batacazo dió esa familiar!...

JUAN FELIPE. También estaba escrito. A ésta se lo pronostiqué yo cincuenta veces.

SALVATIERRA. Sí; el don Martín era un pobre diablo.

JUAN FELIPE. Sobre que en este mundo somos tos cangilones de noria: unas veces nos toca í pa abajo y otras pa arriba.

SALVATIERRA. Por cierto que ayer me dijeron que a última hora se ha visto don Martín complicado en un negocio un poquito turbio... y que anda perseguido... fuera de España...

JUAN FELIPE. No sé.

HONORATA. Hace un siglo que perdimos la pista de esa gente.

SALVATIERRA. Con el famoso hotel se quedó por cuatro reales Montanero, el barón.

HONORATA. ¡Ah, sí! Polinito.

SALVATIERRA. ¿Lo conoce usted?

HONORATA. ¿Cómo no? ¡Si es... primo hermano de mi hijal

JUAN FELIPE. *Por cambiar de conversación.* ¿Otra copita de coñá, Sarvatierra?

SALVATIERRA. ¡Venga, hombre! Las dos que he tomado casi me han hecho olvidarme de mi mujer; ¡a ver si la tercera me la borra del todo!

HONORATA. Pepa.

PEPA. Mande ustedé.

HONORATA. Sirve otra copita a los señores.

PEPA. ¿De cuál boteya?

HONORATA. De coñac.

PEPA. ¿De lo más colorao?

HONORATA. Sí, mujer.

PEPA. *Cogiendo la botelia.* Mientras que no me haga, ze me resbala er cristá con los guantes.

HONORATA. Dame, serviré yo. Llévate tú ya lo demás del servicio.

PEPA. *Zí, zeñora.* *Obedece y se va por la puerta del foro hacia la izquierda.*

JUAN FELIPE. ¿Qué le paese a ustedé la criá?

SALVATIERRA. Pintoresca.

HONORATA. Empeño de Juanito.

JUAN FELIPE. Es huérfana de unos compadres míos de Boyuyos. Se ha quedao sola la pobresiya y he querío ampararla. No será fina, pero es fié. Como un perro. Ahora, que ésta se ha empeñado en vestirla de máscara y está pasando er purgatorio. Cuando se quita los guantes le entra una alegría y se pone a cantá como si hubiea salío de unas calenturas.

SALVATIERRA. ¡Ja, ja, ja!

HONORATA. ¡Qué cosas se le ocurren! Pero ¿no hago bien, Salvatierra? Si es un higo chumbo, como éste dice, hay que quitarle las espinas. A mí no me sirven a la mesa sin guantes.

SALVATIERRA. ¡Claro! ¡claro! ¿Le molesta a usted, Honorata, que yo moje la punta del puro en el coñac?

HONORATA. ¡Por Dios, Salvatierra!

SALVATIERRA. No estoy muy seguro de que el detalle sea de buen tono, y ¡como hila usted tan delgadol...

JUAN FELIPE. Anda, ¡pa que te metas conmigo! *Risas.*

SALVATIERRA. ¡Qué me encanta verlos a ustedes tan felices!

JUAN FELIPE. Sí que lo somos, sí.

HONORATA. Hemos congeniado: ésta es la verdad. Nos llevamos muy bien: hacemos pareja. Usted quizá recordará que yo tenía mis dudas...

SALVATIERRA. Sí, sí.

HONORATA. Pues nuestra fusión ha sido completa: del alma y del cuerpo. Hemos unido lo espiritual y lo material... Somos dos en uno... Los negocios nos han ido muy bien... Ya ve usted: aquella finca de Segovia la vendimos en más del doble que nos costó.

JUAN FELIPE. ¡Vista que hay en casa!

HONORATA. Y la tiendecita de compra-venta, que fué otra ganga, nos produce... nos produce muy por cima de lo que soñábamos.

SALVATIERRA. Dios lo aumente, Honorata.

HONORATA. ¿Qué más, Salvatierra? Ya nos hemos ocupado hasta de adquirir en una Sacramental nuestro pedacito de terreno para el último sueño.

JUAN FELIPE. Tú, tú, déjate ahora de pompas fúnebres. No cabe duda en que hemos asertao con casarnos. Las únicas discusiones que hay entre nosotros son tocante a la niña: cuár de los dos la quiere más.

HONORATA. ¡Y gano yo siempre! ¡Y él me deja que gane, al fin!

SALVATIERRA. ¿Adónde se ha ido ella?

HONORATA. ¡Al tocador! ¡No se cansa de verse la cara! Que presuma, que presuma mucho: ésa es buena señal. Sale a mi madre, por supuesto.

SALVATIERRA. ¿Sí, eh?

HONORATA. Mi madre era presumidísima. Con razón. ¡Yo no he visto nunca mujer más guapa! ¡Qué cutis de alabastro! Ni mejor conservada tampoco.

Murió a los ochenta y siete años y tenía toda su dentadura.

JUAN FELIPE. Pero mi abuelo le ganó.

HONORATA. ¿Qué?

JUAN FELIPE. Porque se murió de noventa... ¡y dejó tres dentaduras cabales en la mesiya e noche!

SALVATIERRA. ¡Ja, ja, ja!

HONORATA. ¡No seas ramplón!

JUAN FELIPE. ¿Eh, Sarvatierra? ¡Tengo yo que sacá la cara por mis antepasaos!

SALVATIERRA. Oiga usted, Juan Felipe; a propósito: este retrato ¿es de algún individuo de la familia?

JUAN FELIPE. ¡Nol! ¡Quiál!

SALVATIERRA. Me ha estado mirando durante el almuerzo con una sonrisita de burla...

JUAN FELIPE. Pos no sé quién es. Lo compré de ocasión porque me gustó la pintura. Estaba' en Soria, muerto e frío, en la guardarropía der teatro.

SALVATIERRA. ¡Ah! ¡Entonces me ha mirado por eso! Es que habrá visto representar a mi hijo.

HONORATA. ¡Pobre señor! ¿Quién había de decirle que iba a venir a parar a nuestra casa?

JUAN FELIPE. No se deja retratá, si yegan a desír-selo.

HONORATA. ¿Por qué? ¿Es alguna deshonra?

JUAN FELIPE. No, mujé; no te piques. Pero ¿qué necesidá tenía de conosernos?

SALVATIERRA. En estos vaivenes de las casas y de la vida ¡ve uno cada cambiol... Pocas cosas me han impresionado a mí más que encontrarme en el Rastro, puesto a la venta, un loro.

HONORATA. ¿Un loro? ¡Animalito!

SALVATIERRA. Ya ve usted: un pájaro tan familiar, que se trasmite en las casas por generaciones... ¿Cuál sería su historia? ¿Qué habría tenido que ocu-

rrir en su casa para llegar él a aquella situación de trasto viejo? ¡Qué garbanzos más negros los últimos!

JUAN FELIPE. No hablaría tar vez... y lo lisen-siaron.

SALVATIERRA. ¡Sí hablaba! ¡Y muy clarito! Cuando pasé yo por allí estaba diciendo: «¡Han bajado los francos!»

HONORATA. Eso ya es un cuento de usted.

SALVATIERRA. No, no; con entera formalidad, Honorata. ¡Pobre loro! No se me olvida.

Vuelve Pepa por donde se marchó.

PEPA. Señora.

HONORATA. ¿Qué quieres?

PEPA. Ha zonao un timbre, y en los piacitos blancos der cuadro negro der corredó que usté me ha enzeñao, ha zalío un número.

HONORATA. ¡El de la habitación de donde llaman, tórpel

PEPA. Zí; pero como yo no entiendo de números, venga usté a decirme cuál es, pa í yo corriendo ar zitio que zea.

SALVATIERRA. ¡Ja, ja, ja!

HONORATA. Será la señorita: no vayas tú; iré yo. Vete tú a almorzar ya.

JUAN FELIPE. Y pa armorsá te quitas los guantes.

PEPA. ¡Ya lo zél... *Vase como loca.*

HONORATA. Es de sainete. Con su permiso, Salvatierra.

Vase por la puerta de la derecha.

SALVATIERRA. *Admirando a Honorata.* ¿Qué le da usted de comer a su media naranja, Juan Felipe?

JUAN FELIPE. ¿Por qué lo dise usté?

SALVATIERRA. ¡Porque está más guapa cada día!

JUAN FELIPE. Sí está vistosa, sí. Lo que le engorda y le da colores es mi trato; cuatro salamerías y cuatro mimos der barrio e San Visente. La trato con

finura. Y a la hija también. Que habrá usted visto que ha salido una prenda.

SALVATIERRA. ¡Calle usted, cristiano! Marea de bonita la muchacha. Comprendo que tenga rondadores...

JUAN FELIPE. Aquí está la paloma.

Sale, efectivamente, Hortensia por la puerta de la derecha, ufana de su suerte.

HORTENSIA. Don Regino.

SALVATIERRA. ¿Qué quieres, encanto?

HORTENSIA. Mamá que vaya usted a ver la Concepción de Murillo de su alcoba.

SALVATIERRA. Es verdad, que hemos hablado de eso. Voy, voy... *Contemplando a Hortensia.* ¡Por más que ahora no va a gustarme la Concepción!

HORTENSIA. ¡Digo! ¿eh? ¡Qué piropo! En pago le voy a anudar a usted la corbata, que se le ha deshecho.

SALVATIERRA. Dios te lo pague, hijita.

HORTENSIA. Pero ¡no me mire usted con esos ojos, por Dios, que me muero de risa viéndole! ¡Paíto, mira qué ojos!

SALVATIERRA. ¡Ay qué hermosas son las mujeres... con una excepción nada más!

JUAN FELIPE. ¡Ja, ja, ja!

HORTENSIA. ¡Le sopla la musa!

SALVATIERRA. Me sopla la musa... y soplo yo también.

HORTENSIA. Además, voy a ponerle a usted una florecita en el ojal de la solapa; que no he tenido con usted ninguna atención en el almuerzo.

SALVATIERRA. ¡Esta noche no me quito la americana para acostarme! Gracias, pimpollo. Vamos ahora a ver la Concepción. *Se va por la puerta de la derecha.*

JUAN FELIPE. ¡Qué buen hombre es éste! Y ¡qué

rarol Porque mientras más lo hasen rabiá en su casa, mejores entrañas tiene pa to er mundo. Y eso no es lo corriente. Ni lo naturá.

HORTENSIA. ¿Te pongo a ti otra flor, papaíto?

JUAN FELIPE. Ya tú sabes la que a mí me gusta.

HORTENSIA. *Besándolo.* Esta, ¿no?

JUAN FELIPE. Esa. Qué, ¿te fuiste un ratiyo ar barcón pa que te diera el aire?

HORTENSIA. Por si teníais que hablar en reserva con don Regino.

JUAN FELIPE. Ya. Y ¿estaba quisás en er barcón de arriba, en er del estudio der pintó, ese señorito que me está buscando las purgas?

HORTENSIA. No miré para arriba: miré para abajo.

JUAN FELIPE. ¿Estaba en la caye?

HORTENSIA. ¡Qué ganas de pensar infundios, papá! ¡Cuando yo te digo que no hay caso!

JUAN FELIPE. Sería la primera vez que un recovero se dejase engañá por una paloma.

HORTENSIA. Lo que tú quieras ha de ser.

JUAN FELIPE. Ni más ni menos. Y ahora dame otra fló.

HORTENSIA. *Besándolo en la frente.* Toma. Para borrar te el mal pensamiento. ¡Lo que quiero yo a mi papaíto!...

Inopinadamente, por la puerta de la izquierda, sale don Martín, cuyo aspecto da claro testimonio de su ruina.

DON MARTÍN. Juan Felipe...

JUAN FELIPE. *Incomodado.* ¡Don Martín! ¡Por María Santísima, don Martín; que no estamos solos!

DON MARTÍN. Pensé que se había ido ya Salvatierra...

JUAN FELIPE. ¡Pos no se ha ido!

DON MARTÍN. Bueno, hombre; me vuelvo a mi agujero otra vez... No te enfades.

JUAN FELIPE. ¿No me vi a enfadá? ¡To los días ha de cometé usted alguna imprudensial ¡Se compromete usted y nos compromete a nosotros, que lo hemos ocurtao!

Vuelve Salvatierra de improviso por la puerta de la derecha, seguido de Honorata, que trae chal y bolso. Salvatierra, al ver a don Martín, se queda perplejo. Honorata no reprime un movimiento de contrariedad.

SALVATIERRA. ¡Precioso Murillo!... ¿Eh? ¡Don Martín!

JUAN FELIPE. ¿Usted ve, don Martín?

HONORATA. ¡Váiganos el Señor!

DON MARTÍN. Perdón, perdón por mi imprudencia... Salvatierra es un buen amigo de todos... no me descubrirá.

JUAN FELIPE. ¡Pero si en lugá de Sarvatierra yega a sé otra personal...

DON MARTÍN. Perdón, hombre, perdón... *Enterrecido; humildemente.* No volveré a hacerlo... Y usted, Salvatierra, salga de su estupor... recóbrese ya de su asombro... Nada sabía usted de este mi escondite, claro es... Nadie lo sabe... Por usted espero que tampoco se sepá...

SALVATIERRA. Descuide, don Martín.

DON MARTÍN. Creo que durará poco... pero mientras dura... He sido víctima de una torpeza mía... de una ligereza... de la confianza en mis propios medios... Y a estas horas paso por un estafador... ¡Qué vergüenzal ¡No lo soy! ¡No lo soy! ¡Bien sabe Dios que no lo soy! Se me persigue como a un criminal... ¡No lo soy! ¡Soy el caballero de siempre! Habrán cambiado mis circunstancias, pero no yo... ¡Vea usted qué vueltas da este mundo! Hace cinco años me creía yo el amo de él, quería lucirme a los cuatro vientos, y hoy vivo en una madriguera, escondido como un conejo ruin...

*¡y no tengo ni una almena
que pueda decir que es mial...*

Adiós, Salvatierra... la emoción no me deja seguir hablando... Ya le contará Juan Felipe... *Éntrase por la puerta de la izquierda, gimoteando.*

JUAN FELIPE. ¡Vaya un finá de armuerso, Reginol!

SALVATIERRA. Para mí el más inesperado de todos. ¡Pobre hombre! Me ha conmovido... me ha hecho un trapo...

JUAN FELIPE. Niña, vé tú a vé qué quería.

HORTENSIA. *Obedeciendo.* Sí, papá.

HONORATA. Yo no sé si hemos hecho bien o mal en acogerlo y ampararlo; pero ¿quién lo dejaba en la calle la noche que se nos presentó pidiéndonos refugio?

SALVATIERRA. ¿Tan grave es la cosa?

JUAN FELIPE. Se la voy a referí a usted en dos palabras. Y, por Dios bendito...

SALVATIERRA. ¡No me recomiende usted nada, Juan Felipe! Le consta a usted que sé guardar secretos.

JUAN FELIPE. *A Hortensia, que cruza de la puerta de la izquierda a la de la derecha, por donde se retira.* ¿Quería argo?

HORTENSIA. No; nada. Allí está el buen señó haciendo pucheros como un chico.

JUAN FELIPE. Pos usted verá, Sarvatierra. Verá usted. Ese infeliz, en las pataletas der naufragio de su casa y de su fortuna—¡cuantísimos disparates ha hecho!—pidió dinero—una suma gorda—como se pide en esos istantes: disparao; sin mirá condisiones.

SALVATIERRA. Sí: lo mismo que se grita «¡soco-rrro!» cuando hay fuego en la casa.

JUAN FELIPE. No: lo mismo que se tira uno por un barcón a la caye huyendo de las yamas.

HONORATA. Exactamente.

JUAN FELIPE. Paco er *Seriyero* dió la *guita*.

SALVATIERRA. ¡Buen pez! ¡Un angelito para un plato de dulcel Tiene más dinero que el Banco. Y yo lo he conocido vendiendo libros verdes en la Puerta del Sol.

JUAN FELIPE. Pos a esos piyos se les van las mejores. Le pidió como garantía a don Martín, pa entregarle la *luz*, la casa solariega de Segovia, única prenda que ya le quedaba a la familia, y don Martín la comprometió por cogé los cuartos, declarándola libre de impedimentos y de cargas. Vensió er primer plaso der préstamo, y lo pudo pagá a costa de empeños y desempeños; vensió er segundo... y se encontró agarrao por er gañote. No lo pudo pagá.

SALVATIERRA. Sí; es un caso que se parece a muchos.

JUAN FELIPE. Y aquí der *Seriyero*: bañándose en agua de rosas se resiste a ninguna espera; reclama la casa puesta en garantía... y se tropiesa en la escritura de propiedá con una cláusula en la que se dise que la finca no podrá hipotecarse ni venderse sin la voluntá de los hijos de don Martín cuando sean mayores de edá. Y er más chico tiene dose años. Además, si cuando yegue er caso los niños se yaman Andana, se quea er *Seriyero* papando moscas.

SALVATIERRA. ¡Atizal! ¡Pues habrá que oír al *Cerillero*!

JUAN FELIPE. Er *Seriyero* dise que eso es una estafa en toas partes, y que si no le entregan la casa o su dinero de un día pa otro, mete en la carse a don Martín. Y en eso estamos. Este hombre se ha quitao de en medio hase cuatro días, y su familia anda de puerta en puerta dando ardabonasos en las casas de los amigos a vé si puen evitá la deshonra.

SALVATIERRA. Y los amigos no oirán los golpes.

JUAN FELIPE. ¡Es que nadie tiene su dinero pa una cosa así, Sarvatierral Las locuras de un hombre, ¿por qué han de pagarlas los demás?

HONORATA. Sí; pero hay ocasiones... hay afectos...

JUAN FELIPE. ¡Déjate de pamplinas! Cuesta mucho trabajo amasá una rosca pa darle un pico a nadie que no sea un hijo tuyo. ¡Y menos a un derrochadól

SALVATIERRA. ¡Pobre hombre!

JUAN FELIPE. Parientes tiene que podrían sarvarlo si quisieran...

SALVATIERRA. ¡Pobre hombre! ¿Ve usted? En estos trances es cuando siento yo no ser millonario.

JUAN FELIPE. Si lo fuese usted, quisá pensaría de otro modo.

SALVATIERRA. ¡Qué sé yo! ¡Pobre hombre!

JUAN FELIPE. Bueno; véngase usted conmigo pa orvidá este cuento.

SALVATIERRA. Sí; que además tengo que hacer cien cosas.

JUAN FELIPE. Y yo siento una. *A Honorata.* ¿Tú irás a la tienda?

HONORATA. Sí. Dentro de un rato.

JUAN FELIPE. Pos luego a úrtima hora me pasaré yo por ayí. Hasta luego.

SALVATIERRA. *Despidiéndose.* Adiós, Honorata. Agradecidísimo. Y envidioso de tanta ventura.

HONORATA. No lo dirá usted por el huésped.

SALVATIERRA. ¡Honorata! En el mejor sueño zumba una mosca.

JUAN FELIPE. Hasta luego.

HONORATA. Pero, Juanito, ¿te vas así hoy?

JUAN FELIPE. ¡Mujél...

SALVATIERRA. *Dándose cuenta.* ¡Ah, vamos! ¿Es costumbre?... Pues por mí no la dejen. Yo mientras me despido de este caballero.

Se vuelve hacia el retrato al óleo para dar tiempo a la ternura matrimonial.

JUAN FELIPE. Pero ¡qué tonta eres!

HONORATA. Tu cariño tiene la culpa.

JUAN FELIPE. ¿Vamos, Salvatierra?

SALVATIERRA. Vamos. *Al retrato.* Adiós, amigo. Si andando el tiempo vuelve usted a ver a mi hijo representar el Hamlet, fíjese en la capa: ha sido mía.

HONORATA. ¡Qué Regino éstel

JUAN FELIPE. ¡Ja, ja, ja!

Se van Salvatierra y Juan Felipe por la puerta del foro, hacia la derecha.

HONORATA. ¡Ay! ¡Quiera el Señor conservarnos esta felicidad... aunque a la vecina le resulte un poco empalagosal Al que le pique, que se rasque... ¿Qué iba yo a hacer? *Pepa ha vuelto momentos antes, por la izquierda del foro, con una bandeja llena de copas y tazas limpias que pone en el aparador, y ha acabado de recoger el servicio de mesa. Ya es completamente dichosa también; es decir, ya se ha quitado la cofia y los guantes.* ¡Ahl Pepa.

PEPA. Mándeme usted, señora.

HONORATA. Vé y dile al señor don Martín que aquí lo aguardo.

PEPA. ¿Ar loco?

HONORATA. *Sonriendo benévolamente.* Al loco, sí; al desgraciado loco.

PEPA. Veremos zi me abre la puerta; porque argunas veces... *Se marcha por la de la izquierda.*

HONORATA. A tiempo he recordado... ¿Qué querrá conmigo? Este empeño de hablarme a solas...

Pausa. Vuelve Pepa.

PEPA. Ya viene. Ca día está más loco, señora. Me lo encontré quemando unos papeles y diciendo: «Humo, humo, humo, humo... na más que humo,

na más que humo...» Y había humo en la arcoba; pero no tanto.

HONORATA. Bien; déjame.

PEPA. ¿Cómo?

HONORATA. Que te vayas.

PEPA. *Rompiendo a cantar al tiempo de irse.*
Madre, yéveme usté ar Puente
a vé los picapedreros...

HONORATA. ¡Chist!

Pepa calla inmediatamente.

Honorata aguarda unos momentos y sale don Martín.

DON MARTÍN. Aquí estoy, mi dulce Honorata, lamentando todavía el lance pasado.

HONORATA. No se acuerde usted ya de él. Por fortuna, Salvatierra lo estima a usted y es muy discreto.

DON MARTÍN. ¿Le contaron ustedes...?

HONORATA. Sí. Y le hizo bastante impresión.

DON MARTÍN. *Conmovido de pronto.* ¡Como a toda persona bien nacida!

HONORATA. Bueno, bueno; serénese usted... y dígame, ahora que estamos solos, eso que me ha anunciado que quiere decirme.

DON MARTÍN. ¿Yo?

HONORATA. Sí. Anoche...

DON MARTÍN. ¡Ah! ¡Es verdad! Discúlpeme usted... Esta cabeza mía baraja tantas cosas... Honorata, para las ocasiones son los amigos... y yo soy el mejor testimonio. Si no es por ustedes... ¡Toda mi gratitud será poca para pagarles!...

HONORATA. No se aflija usted, don Martín; no llore...

DON MARTÍN. Dice usted muy bien, Honorata... dice usted muy bien... Hay que serenarse... hay que hacerse fuerte en la desventura. Hay que hacerse fuerte. ¡Fuerte, fuerte, fuerte, Martín! ¡El llorar es de

hembras! Y que más pasó Jesús por nosotros. ¡Fuerte, fuerTEL Pues bien, Honorata: he vacilado mucho antes de decidirme a dar este paso... Lo que le voy a decir a usted es muy enojoso... delicadísimo... pero repito que para las ocasiones... La gratitud me obliga.

HONORATA. *Melodramáticamente.* ¡Ayl! ¿Me engaña Juan?

DON MARTÍN. No, no, no... no es eso, no es eso... Nada de eso.

HONORATA. ¿No me engaña?

DON MARTÍN. Que yo sepa, no. Pero ya digo que no se trata de eso. Se trata de la niña: de Hortensia.

HONORATA. ¿De mi hija de mi alma?

DON MARTÍN. Sí. ¿No nos oirá ella, verdad?

HONORATA. No. Está en su cuarto. Pero ¿qué sucede, don Martín?

DON MARTÍN. No imagine usted nada grave, Honorata. No, no... Esto es una advertencia prudente... una prevención... un consejo... Esto es un consejo... una prevención... una advertencia... Usted y Juan Felipe faltan de su casa muchas horas... Como tienen la tienda a que mirar y otros intereses... Yo llevo aquí encerrado unos días... y... ¡naturalmentel... cuando voy de un lado para otro... sin querer, sin pretenderlo...

HONORATA. ¿Qué, don Martín?

DON MARTÍN. Observo... ato cabos... me entero de cosas... veo... oigo...

HONORATA. Y ¿qué?

DON MARTÍN. *Bajando la voz.* Honorata... vigile usted a Hortensia.

HONORATA. ¿A mi tesoro?

DON MARTÍN. Vigílela usted.

HONORATA. *Grave.* ¡Esa acusación embozada...!

DON MARTÍN. Es hija del mejor deseo. Arriba vive un pintorcete, ¿no?

HONORATA. Vive un pintor arriba.

DON MARTÍN. Recibe amigotes en su estudio.

HONORATA. Amigos, compañeros...

DON MARTÍN. Bien; pues entre ellos hay uno que es un redomado pillastre.

HONORATA. No sé.

DON MARTÍN. Yo sí, porque anduvo alrededor de mi hija Lucinda, codicioso de su fortuna, en los días de mi auge y de mi esplendor.

HONORATA. ¿Se refiere usted a Colasín Alares?

DON MARTÍN. ¡Cabálito!

HONORATA. *Muy picada.* Pero ¿usted sabe lo que dice, don Martín? ¿No hablará la turbación de su caída? ¿No hablará tal vez el despecho?

DON MARTÍN. *Irguiéndose con dignidad.* ¿Eh? ¿Y mi ama de llaves, sabe lo que dice y a quién se lo dice?

HONORATA. ¿Su ama de llaves?

DON MARTÍN. ¡Mi ama de llaves!

HONORATA. Ese tiempo pasó. Colasín Alares, don Martín—apréndalo usted si lo ignoraba—, es hijo de una familia dignísima.

DON MARTÍN. Su familia merece todos mis respetos; pero él es un bergante, un cínico, un *fresco*, como ahora se les llama. En ausencia de ustedes baja aquí y trata de burlar a Hortensia. Yo he oído algún diálogo nada edificante.

HONORATA. *Desbordándose.* Pero ¿hasta dónde va usted a llegar en su despeñadero? ¡Usted, señor don Martín, no está en su juicio! ¡Es lo menos que se me ocurre! Dejando a un lado a Colasín, ¿olvida usted quién es mi hija? ¿Olvida usted quién es el padre de mi hija? ¿Olvida usted quién es la madre?

DON MARTÍN. ¿La madre? ¿No es usted?

HONORATA. Sí, señor: yo misma; a mucha honra. El ama de llaves de usted, como me ha refregado hace poco.

DON MARTÍN. ¿Yo? ¿Refregar yo?

HONORATA. Pues sepa usted que por muchas llaves que haya tenido o pueda tener en mis manos, no he menester ninguna para custodiar a quien por heredada virtud se guarda sola.

DON MARTÍN. Bueno, bueno, bueno... ¡Vivir para ver!... Lo podía esperar todo menos este arranque melodramático... La intención me salva... Yo he cumplido con un deber de mi conciencia... usted me pone como chupa de dómine... ¡Me lo merezco todo, todo! Del árbol caído... ¡Al Rastro, al Rastro, don Martín, como el loro de que habló Salvatierral...

HONORATA. ¡Holal! ¿Escucha usted por los pasillos?

DON MARTÍN. ¡Sí, señora; por eso me he enterado de los amoríos de su hija con el señoritín! ¡Chúpate ésa y vuelve por otra!

HONORATA. ¿Cómo *chúpate ésa*? ¿Es ese lenguaje de un caballero para una señora? Yo no puedo continuar... Ahora mismo se lo contaré todo a Juan Felipe.

DON MARTÍN. ¡Me alegro mucho: él puede que me haga más justicia que usted!

HONORATA. ¡Más justicia que yo!... Señor don Martín de la Gavilla y Peralbán de las Heras Gómez...

DON MARTÍN. ¡Todo eso huelga ya! ¡Todo eso es humo, humo, humo... nada más que humo!... ¡Soy el loro del Rastro!... ¡El pobre loro puesto en venta!... *Lloriqueando*. ¡Han bajado los francos! ¡Han bajado los francos!

HONORATA. Sea usted quien sea, mal corresponde a la hospitalidad que aquí le han ofrecido su *ama de llaves* y su *mozo de comedor*. Ya estará usted contento. *Vase altivamente por la puerta del foro, hacia la derecha.*

DON MARTÍN. *Haciéndose cruces*. ¡En el nombre santo del Padre!... Martín, Martín, Martín... pero

¿has perdido la razón de veras? ¿Quién es quien te ha hablado? ¿No es Honorata, aquella modistuela cursi a quien le puso un piso el duque de Tal? ¡Caray! ¡caray! ¿No es aquélla? ¡Virtud heredada! ¡Ja, ja, ja! Primera vez que me río hace tiempo... ¡Virtud heredada!... ¡Pérdida de la memorial!... ¡Ja, ja, ja!

Un poco antes ha salido de nuevo Pepa con más cacharros para el aparador, y amedrentada del monólogo y de la risa de don Martín, se pega a la pared, mirándolo sin pestañear, hasta que él se aleja por la puerta de la izquierda.

PEPA. ¡Jozúl! ¿Qué zusto he pazaol! Este zeñó ez un chivo zuerto.

Por la puerta de la derecha sale Hortensia.

HORTENSIA. ¿Con quién hablabas?

PEPA. Con er miero que tengo, zeñorita.

HORTENSIA. ¿Miedo? ¿A qué?

PEPA. Ar loco, que estaba aquí grita que grita zolo y riyéndoze.

HORTENSIA. ¿No has almorzado todavía?

PEPA. He limpio los cacharros primero. Pero voy ya mismito.

HORTENSIA. Pues anda, mujer, anda; no lo dejes más, que es muy tarde.

PEPA. Ya, ya mismito. *Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda, volviendo hacia Hortensia la cara.*

HORTENSIA. *Preocupada.* ¡Estamos descubiertos!... Hoy no le dezo entrar aquí... Hablaremos dos segundos en la escalera... Va a haber que decidirse... Porque, eso sí, que no sueñe otra cosa mi padrastro... ¡Menos perderlo, todol! *Márchase por la puerta del foro, hacia la derecha, con el mayor sigilo y precaución.*

En seguida vuelve don Martín, paseándose abstraído.

DON MARTÍN. *Ayer era rey de España;
hoy no lo soy de una villa...*

¡Se me han metido en la cabeza todos los versos que sé del rey don Rodrigol... ¿Quién? *A Lucinda, que llega por la puerta del foro.* ¡Hija mía! *Corre a ella y la abraza.*

LUCINDA. ¡Lo que acabo de ver, papá!

DON MARTÍN. ¿Qué has visto, hija, que aun pueda sorprenderte?

LUCINDA. ¡A Colasín Alares en coloquio amoroso con la hija de Honoratal ¡Con la que se vestía de mis sobras!... Aun siendo quien es, se ha puesto blanco al reconocermel.

DON MARTÍN. ¡Ah! Pues no hace dos minutos le he dado yo el soplo a *doña Estropajos*, a la mamá, cumpliendo un deber de caballero, y se me ha subido a la parra y se ha desbordado insultándome. ¡*Doña Estropajos!* ¡A mí! ¡*La duquesa del Alfiletero!* ¡A mí!

LUCINDA. Este mundo es un asco. Y eso que acabo yo de ver... cosa bien de este mundo. ¡Nicolasín Alares!... Se conoce que le conserva mucha inclinación al dinero de nuestras arcas.

DON MARTÍN. ¡Oh! ¡Tú no sabes cuánto hay aquí guardadol No doy un paso por la casa en que no me tropiece con alguna prenda de la nuestra... Hay una consola que cruje, que se queja cada vez que me sientel pasar... La de las garras de león.

LUCINDA. Bien, bien; no hablemos de esto... Acaban de hacerte un favor muy grande... Se llevaron mucho; pero si impiden tu deshonra porque te ocultan...

DON MARTÍN. ¿Qué esperanzas me traes?

LUCINDA. Ninguna, por desgracia.

DON MARTÍN. ¡Entonces!

Pasa Hortensia, mirándolos descaradamente, de la

puerta del foro a la de la derecha, por la cual se va sin decirles palabra.

LUCINDA. ¡Lo que hay que tolerar en la vida!

DON MARTÍN. Lecciones, lecciones, lecciones; estas son lecciones... Llegan tarde, sí; llegan tarde... pero son lecciones... son lecciones... Tarde... tarde... tarde... tarde... ¡Llegan tardel...

LUCINDA. *Sentándose con abatimiento.* ¡Ay, sí! ¡Llegan tardel!

DON MARTÍN. ¿Estás rendida?

LUCINDA. *Rehaciéndose.* ¡No! Aunque lo parezca, no lo estoy. No me rindo sin salvarte primero. Soy tu hija y tu cómplice. Tengo mucha culpa en esta ruina. He sido tan insensata como tú... *Con profundo desprecio.* Y ¡por qué gentes! ¡Por qué mundos!... ¡Por conquistar qué mundos!... ¡Cuánto me acuerdo de Pilar!

DON MARTÍN. Yo también, yo también... De Pilar, de Pilar, de Pilar... También yo me acuerdo de Pilar.

LUCINDA. Hay horas en que no es desolación, en que no es tristeza, en que no es miedo a la pobreza que nos aguarda lo que siento; sino una rabia sorda, un remordimiento infinito, impotente ya.

DON MARTÍN. ¡Pobre princesa mía!

LUCINDA. No, no; luego levanto la cabeza y vuelvo a ser yo, y me siento capaz de todo. Y eso que tú no sabes qué calvario llevo. No hay una puerta donde me respondan, ni unos brazos que se abran ante mí, ni una voz que me llame... Las caras que me sonreían siempre al verme, se tuercen a mi paso. Quizás hemos hallado este rincón donde esconderte porque es de criados nuestros, de servidores nuestros, que porque nos humillan son generosos... Se elevan protegiéndonos, y acallan también su conciencia. Pero los demás, los demás... los nuestros, los iguales... ¡quién pudiera creerlo! Algunos hasta

ríen al oírme, sin poder reprimir su risa... Es la alegría más o menos disimulada lo que me encuentro en todas partes. ¿La merecemos por vanidosos y por frívolos, papá, o es que la humanidad es mala?

DON MARTÍN. No sé, hija; no sé, no sé, no sé... De todo habrá, de todo habrá algo, de todo habrá... Tú, ¿estuviste ayer en Segovia?

LUCINDA. Y siento haber ido.

DON MARTÍN. Los amigos, ¿qué dicen?

LUCINDA. En resumen... que este caso está fuera de la amistad.

DON MARTÍN. ¡Bien! ¡bien! ¡Fuera de la amistad!... ¿Cuál estará dentro? ¿Ni siquiera Pepe Ramón?... ¿Ni siquiera ése?

LUCINDA. Ninguno.

DON MARTÍN. ¡Bien! ¡bien! ¡No sé cómo no llorol Una amistad nacida en la escuela... cambiando las meriendas a diario... mantenida luego a través de todas las cosas... ¡Bien! ¡bien!

LUCINDA. Pues no concluyas de asombrarte.

DON MARTÍN. ¿Los parientes?...

LUCINDA. Te condenan sin remisión: tú eres el autor de tu desdicha; tú te la has buscado... Como si ésa fuese una razón para alejar toda piedad y todo deber suyo hacia nosotros.

DON MARTÍN. Eugenio... ¿también?

LUCINDA. Todos, papá, todos.

DON MARTÍN. ¡Pues a Eugenio le maté yo algunos días el hambre!...

LUCINDA. Pues dice que no es la cárcel lo que te mereces, sino el manicomio.

DON MARTÍN. ¡Vaya por Dios! ¡El manicomio... el manicomio!... ¿Y el primo Gaspar?

LUCINDA. Ese se encierra en que para él te has muerto. Te ha enterrado definitivamente, y así ya nunca le darás qué hacer.

DON MARTÍN. *Requiescat in pace.* ¿Y su hermano?

LUCINDA. Me salió con que si él tuviera... ¡Si él tuviera!... Tiene, pero lo esconde.

Pasa Pepa de izquierda a derecha por el pasillo del foro, curioseando.

DON MARTÍN. ¡Ay! Dios se lo pague a todos, ¿no te parece, niña? Estos son aquéllos... ¡aquéllos!... ¡aquéllos!... ¿Eh? ¡Estos... son aquéllos! ¡Qué asco de mundo! Bien decías al entrar: ¡qué asco! ¡qué asco! ¡qué asco!

*¡... que quien mandaba tanto mundo vivo,
muerto no tuvo siete pies de tierra
donde dejar el cuerpo fugitivo!...*

LUCINDA. ¿Qué es eso?

DON MARTÍN. ¡Reflexiones sobre las mudanzas del mundo! ¡El último godo, que no me deja en paz! Dime, ¿le has dicho algo a tu novio?

LUCINDA. No; aún no. Disimulo ante él. ¡Ojalá no tenga que decírselo! Dios me ayude. Es quizá la solución de mi vida ese hombre. Y sé que es inflexible juzgando asuntos de intereses...

DON MARTÍN. Pues entonces haces bien en callar. ¡Que no lo sepa! ¡Que no lo sepa nunca! *Afligido.* ¡Y esto lo digo yo, a quien llamaban en Madrid *don Martín Quesesepa!* ¡Dios mío! ¡Dios mío! *Pausa.* Oye, ¿has vuelto a ver al usurero?

LUCINDA. No, porque es inútil. Ya ha presentado la denuncia. Tiene su idea fija: en el miedo a la cárcel, ve las tenazas con que hemos de forzar nosotros a parientes y amigos. No cede: no quiere más que su dinero. El pavor de perderlo lo hace aún más malo de lo que es.

DON MARTÍN. ¡Ah, verdugo miserable, másín! ¡Pues no sabe una cosa ese gran villano! ¡No sabe una cosa! ¡No la sabe! Yo firmé el papelucho que me

presentó sin mirar lo que hacía; pero seguro en mi conciencia de poder pagarle todo aquello, y dispuesto a pagárselo, como lo estoy ahora. ¡Juro por mi honor que he de pagarle hasta el último céntimo! Pero como me meta en la cárcel, como me deshonre... ¡que se despida de sus cuartos! ¡que se despidal! ¡Deshonrado ya, adelante con los faroles! Les diré a tus hermanos: «¡No le deis un real a ese timador, que no tenéis por qué! La casa es vuestra y sólo vuestra. ¡Yo no le debo un céntimo! ¡Bastante sangre chupa él ya, hasta de cuerpos muertos! No le deis nada, no le deis nada...» ¡Un hombre inicuamente metido en la cárcel no se ha de andar con chupaderitos... no se ha de andar con chupaderitos... con chupaderitos!...

LUCINDA. ¡Ay! ¿Qué será de nosotros, papá? Yo sé que aún me queda que hacer algo... pero no veo claro qué cosa ha de ser. Mi corazón me alienta, sin embargo; me alienta siempre... Tengo fe todavía. ¿Llega alguien?

DON MARTÍN. Sí. Me voy a mi agujero. Ven conmigo.

LUCINDA. Espero a ver si es Honorata, que he de hablar con ella.

DON MARTÍN. No tardes. *Vase por la puerta de la izquierda rápidamente.*

Y no es Honorata quien llega, sino Salvatierra, un tanto agitado, y al que Pepa sigue.

SALVATIERRA. *Sorprendido al ver allí a Lucinda.*
¡Oh! ¡Señorital...

LUCINDA. Señor mío...

SALVATIERRA. ¿Me reconoce usted?

LUCINDA. El señor Salvatierra, ¿no?

SALVATIERRA. Para servirla. Márchate, Pepa.

Pepa obedece y se va otra vez a cuidar de la puerta de entrada.

LUCINDA. No está Honorata; ni Juan Felipe...

SALVATIERRA. Ya lo sé. *Noblemente*. Vengo en busca de su padre de usted, señorita.

LUCINDA. ¿De mi padre?

SALVATIERRA. No le contraría que yo sepa... Me he enterado por casualidad, hace media hora, de la situación en que se ve, y celebro haberme enterado. Y usted también debe alegrarse de ello.

LUCINDA. ¿Por qué?

SALVATIERRA. Porque un azar, unas palabras oídas al paso me han dado a entender que ya no soy yo solo quien ha descubierto el escondite.

LUCINDA. ¡Jesús!

SALVATIERRA. Alguien más lo sabe o lo sospecha —gentecilla capaz de todo— y conviene poner a salvo a don Martín.

LUCINDA. ¡Jesús! Pero ¿usted?...

SALVATIERRA. Yo le brindo mi casa como el mejor refugio... A nadie le pasará por las mientes que pueda estar en ella. Mi mujer y mi cuñada se ausentan esta misma tarde a Alcázar de San Juan, a ver a un pariente que, gracias a Dios, se está muriendo. Hay que decirlo así. Quedo solo en mi casa. Allí podrá esperar su papá de usted unos días mientras despeja su horizonte. Estará peor que aquí, pero más oculto; enteramente oculto.

LUCINDA. *Conmovida*. Y usted, señor Salvatierra, ¿por qué hace esto? ¿Qué amistad o qué lazo le une a mi padre para obrar así?

SALVATIERRA. Lazo, en rigor, ninguno. Amistad, tampoco. Tuve el gusto de conocerlo hace años y de proponerle algunos negocios, que unos cuajaron y otros no. Nada; cosa corriente, que a ninguno de los dos nos obliga. Toma y daca. Pero soy así, Lucinda; soy así. Y así he de morirme. Carne de todos, sangre de todos; un pedazo del alma de cada próji-

mo que tropieza conmigo. El primer desconocido que me encuentro en la calle me pide que le haga un favor, y yo echo el bofe hasta conseguirlo. A él luego se le olvida o no se le olvida: eso para mí es secundario. Yo presté el servicio, y me basta. Ahora le toca a su papá de usted. Ante mí ha llorado un caballero como él, y yo no consiento que le clave las garras un bandido como el *Cerillero*. Esto es todo. ¿Le parece a usted raro, quizás?

LUCINDA. Y lo es. Nosotros no vivíamos solos en el mundo, ¿verdad? Pues hasta ahora nadie se nos acerca, nadie nos da la mano. Los amos de esta casa. Y usted, casi un desconocido, viene a ofrecer espontáneamente cosa que tanto vale... Es raro, es raro... ¿No ha de serlo?

SALVATIERRA. Bien, bien; no se aflija. Cuénteles usted esto a su papá, y dígame que arregle su hatillo, que así que anochezca volveré yo por él con un coche. Y luego, Dios dirá.

LUCINDA. *Estrechándole las manos.* Gracias... gracias...

SALVATIERRA. ¡Yo se las doy a mi destino! *Vase Lucinda por la puerta de la izquierda.* ¡Pobre criatura! ¡Qué efecto le ha hecho una cosa tan natural... Y ¿quién iba a decirle...? Vamos ahora, ante todo, a ver partir el tren que ha de llevarse a *doña Perpetua*, porque hasta que no pase de agujas no hay momento seguro.

Va a marcharse, cuando por la puerta del foro llega Adriano con Pepa.

PEPA. Paze usté.

SALVATIERRA. ¿Quién? *Descubriendo un mundo en el recién llegado.* ¡Oh!...

ADRIANO. Buenas tardes.

SALVATIERRA. Buenas tardes.

PEPA. Ziénteze usté y espere un momentito. Me

encargó la zeñora que zi usted venía me yegara a avizarle a la tienda. La tienda está ahí a un pazo.

ADRIANO. Bueno.

PEPA. *A Salvatierra.* No le digo na a la zeñorita porque me dijo antes que ze iba a encerrá en zu habitación. Le dolía la cabeza.

SALVATIERRA. Sí, sí; no le digas nada. Vé a la tienda en un soplo. Yo me quedo mientras acompañando a este señor. *Adriano agradece con un gesto. Pepa se va.* Siéntese usted.

ADRIANO. Estoy bien; gracias.

SALVATIERRA. Siéntese usted. *Se sientan ambos.*
Pausa. ¿Un cigarrillo?

ADRIANO. Mil gracias; no fumo.

SALVATIERRA. Usted no me recuerda.

ADRIANO. No, señor; la verdad.

SALVATIERRA. No, si no es extraño, porque no me ha visto usted en su vida. Yo, en cambio, a usted... ¿Quién no conoce a usted? Sobre todo, de algún tiempo a esta parte. *Adriano sonrie, halagado.* Sus triunfos escénicos le han hecho en tres años popular; querido de todos... Ha traído usted al teatro oro viejo, de ley. Yo amo el teatro romántico. Me parece cosa tan nacional, tan de la raza... Fondo y forma; porque ¡mire usted que el verso castellanol... Y usted tiene en su pluma toda la magia del idioma.

ADRIANO. No me avergüence usted...

SALVATIERRA. Yo lo he seguido a usted, desde su aparición, como a un ídolo. Y hasta hemos hecho un viaje juntos.

ADRIANO. ¿Sí?

SALVATIERRA. Usted en primera y yo en tercera; pero en el mismo tren. Luego yo me pasé a su departamento porque se llenó todo. Iba usted para Barcelona a estrenar *La Torre de Juan Segundo.* ¡Qué drama más hermosol ¡Oh!

ADRIANO. Le ruego a usted que...

SALVATIERRA. *Evocando:*

«Duerme Segovia: la luna
vigila el sueño del rey...»

ADRIANO. Pero ¿sabe usted versos de mis obras?

SALVATIERRA. Algunos papeles podría decírselos a usted completos.

ADRIANO. ¿Pues?

SALVATIERRA. Tengo un hijo actor, y suelo tomárselos de memoria. Y como mi memoria es mejor que la suya, me quedo con ellos antes que él.

ADRIANO. ¿Un hijo actor? ¿Cómo es su apellido?

SALVATIERRA. Por naturaleza, Salvatierra. Pero en el teatro se llama Somoza. Leonardo Somoza.

ADRIANO. ¡Ahl ¡Somoza! No lo he visto nunca, pero me han hablado mucho de él. Va ganando crédito.

SALVATIERRA. Eso es lo único que gana hasta ahora. Mire usted un retrato suyo. *Lo saca de su cartera y se lo muestra.*

ADRIANO. Está bien: es simpático.

SALVATIERRA. Él es algo mejor; porque hasta en los retratos pierde. ¡Je!

ADRIANO. ¿Por dónde anda?

SALVATIERRA. Por donde siempre: por los pueblos. De *capeas* teatrales. Todavía apenas si ha pisado más que alguna capital de tercera. Pero se ha empeñado en ser cómico. Y le da por los dramas. Se muere en escena todas las noches: de apoplejía, por envenenamiento, de estocada o de pistoletazo; la cuestión es morir. ¡Ya ve usted qué vial! Eso sí: como a todo el que se muere lo aplauden siempre, él se va a diario a la posada a dormir su ovación.

ADRIANO. Y satisface su afición el hombre.

SALVATIERRA. Una afición loca, ciega. Veremos

en qué para. Si le hubiera dado por escribir, por ser autor, aunque fuese malo, ganaría algún dinero... viviría más tranquilo. Y yo también. Sin contar con la colaboración indirecta que podría prestarle.

ADRIANO. *Interesándose por el tipo.* ¿Usted?

SALVATIERRA. Sí, señor; yo. No porque escriba, sino por el mundo que conozco, por los hechos que he visto, por las cosas que sé... El día que se le ocurra a usted escribir una obra de Pascuas, por humorada, por capricho—ya sé que usted no cultiva ese género—, búsqume usted a mí, que le voy a dar un asunto para que la gente se desternille de risa.

ADRIANO. Lo agradezco.

SALVATIERRA. Sin interés ninguno: ¡el arte por el arte! Óigalo usted en dos palabras: un marido infeliz, que todos los días lleva a su casa conocidos y amigos, a ver si alguno le roba a su mujer.

ADRIANO. ¡Ja, ja, ja!

SALVATIERRA. ¡Y no se la roba ninguno en los tres actos! ¿Qué me dice usted de la situación de ese hombre?

ADRIANO. Que es muy graciosa. Un poco inverosímil quizás... pero eso en las obras de Pascuas...

SALVATIERRA. ¿Inverosímil?

ADRIANO. Un poco...

SALVATIERRA. ¿Ve usted? ¡Pues ése es mi caso! ¡Arrancado de la realidad! ¡Puede usted atestiguarlo si escribe la obra! ¡Mi caso! ¡Mi caso! ¡Yo soy ese marido!

ADRIANO. ¡Ja, ja, ja! Una vez más quedo convencido de que por mucho que invente un poeta... la vida inventa más.

SALVATIERRA. ¡Uh! ¡La vida! ¡La vida sí que escribe comedias! Y ¡yo sé tanto de la vida! Pregúntele usted a su futuro suegro por los *argumentos* de Salvatierra.

ADRIANO. ¿Conoce usted a don Mariano?

SALVATIERRA. ¡Muchol! Háblele usted de mí. Y a su hija también la conozco.

ADRIANO. ¿A mi novia?

SALVATIERRA. A Julita; sí. El piano que tiene Julita se lo vendí yo.

ADRIANO. ¡Qué casualidad!

SALVATIERRA. ¡La vidal! Va usted bien a ese matrimonio; va usted bien. Ella es encantadora.

ADRIANO. Gracias en su nombre.

Pausa. Salvatierra lo mira, y se decide a afrontar el asunto en que piensa desde que apareció Adriano.

SALVATIERRA. ¿Tarda Honorata?

ADRIANO. No me importa. Estoy muy distraído oyéndolo a usted.

SALVATIERRA. He procurado no hacerme antipático. También me honro con el conocimiento de su padre de usted.

ADRIANO. ¿También?

SALVATIERRA. Cuando más lo vi y lo traté fué hace unos años, cuatro o cinco años, en casa de aquel buen don Martín de la Gavilla...

ADRIANO. *Mortificado por el recuerdo.* ¡Ah, ya!

SALVATIERRA. ¿Qué ha sido de aquella familia; usted sabe?

ADRIANO. Nada. Es más: no me importa.

SALVATIERRA. ¿No le importa a usted?

ADRIANO. Nada. Es gente a la que separé de mi vida.

SALVATIERRA. Pero eso ¿puede hacerse?

ADRIANO. Yo, sí. La prueba es que lo he hecho. Después de unas escenas muy dolorosas y muy desagradables que tuve con el padre y la hija soltera...

SALVATIERRA. ¿Lucinda?

ADRIANO. Lucinda, sí. Después de aquello salí de la casa para no volver nunca. Luego, en la calle, vi

que esquivaban mi saludo. Como el mío valía más, me alegré. Y los eché a un lado, ya digo. No es odio esto: es desafecto, desencanto, frialdad... El odio es sentimiento activo; enciende, persigue... Esto, no: esto sepulta, aleja...

SALVATIERRA. Siento haber tocado...

ADRIANO. No, no. De todo se ha de hablar.

Vuelve Pepa.

PEPA. Ya viene la zeñora. Dice que lo dispense usted un poquito, pero que no ze vaya.

ADRIANO. No me voy, no; la espero.

PEPA. Ezo me ha dicho eya. Con permizo. *Retírase.*

SALVATIERRA. Pues a mí ha de dispensarme usted también, pero ya no puedo detenerme más tiempo. Si en el asunto que aquí lo trae me necesita para algo...

ADRIANO. No, señor; gracias. Es una cosilla particular entre esta gente y yo. El rescate de una alhaja que fué de mi madre y que por casualidad conservan ellos.

SALVATIERRA. ¡Ahl ¡Un relojito de esmalte moradol! Lo he visto, sí. Honorata lo tiene. *Ofreciéndosele.* A su disposición, señor mío: Regino Salvatierra, Reyes, 19; mándeme usted como amigo y como admirador.

ADRIANO. Igualmente me ofrezco a usted como admirador y como amigo.

SALVATIERRA. *Sonriendo.* ¡Poco tengo yo que admirar!

ADRIANO. Pues yo lo admiro a usted desde hoy.

SALVATIERRA. Gracias. A su disposición, repito. *Vase por la puerta del foro, hacia la derecha, expresando con un mohín que le ha fallado la intención que tenía.*

ADRIANO. ¡Qué hombre éste más extraordinario!

¡Qué tipo! ¡Llevar amigos a la casa para que le roben a su mujer! ¿Cómo será ella? ¡Ja, ja, ja! *Pausa. Curioseosa la habitación en silencio y se asoma luego al pasillo del foro.*

En tal instante sale Lucinda.

LUCINDA. ¿Se ha ido este señor?

Encamínase a la puerta del foro a tiempo que vuelve hacia el comedor Adriano. Ambos experimentan al verse de improviso sentimientos iguales de sorpresa, desconcierto y contrariedad.

ADRIANO. ¡Lucinda!

LUCINDA. ¿Usted?

ADRIANO. No sabía...

LUCINDA. Yo tampoco...

ADRIANO. Espero a Honorata...

LUCINDA. Yo también... Buscaba, además, a otra persona.

ADRIANO. ¿Al señor Salvatierra?

LUCINDA. Sí.

ADRIANO. Se ha marchado ahora mismo... Aun será tiempo... ¿Quiere usted?..

LUCINDA. No. Gracias.

ADRIANO. Justamente con él he hablado de usted... de ustedes... y nada me advirtió...

Silencio enojoso.

LUCINDA. Me vuelvo allá dentro...

ADRIANO. ¿Es que le mortifica a usted mi presencia?... Porque en ese caso... *Hace ademán de irse.*

LUCINDA. ¿Le mortifica a usted la mía?

ADRIANO. No, por cierto.

LUCINDA. ¡Quién soy yo para tanto! ¿Verdad?

ADRIANO. No. Sea usted quien sea, no me mortifica. Su sola presencia no me ha mortificado nunca. Sus palabras... algunas veces.

LUCINDA. Por eso me iba ahora.

ADRIANO. Pues no se vaya usted si no es más

que por eso. Ya que aguardamos los dos a la misma persona, en su propia casa, aguardémosla juntos. ¿Por qué no? ¡Al cabo del tiempo que no nos vemos!... ¡Cuando en todo pensábamos los dos menos en encontrarnos!... Al menos yo...

LUCINDA. Yo a mil leguas más.

ADRIANO. A mí me gusta aprovechar todas las enseñanzas de la vida, y esta súbita aparición de usted, ocurrida en este momento, no se me olvidará de seguro.

Pausa.

LUCINDA. ¡Cuántas mudanzas en tan pocos años!... ¡Cuántos vendavales!... Digo, para usted, aires de triunfo. Para nosotros, ráfagas de desdichas. Claro que ya mudará el viento. No hay vida que no sufra estos cambios. Pero, al presente, ya ve usted: de la legión de nuestros amigos, sólo estos criados y ese buen hombre que se acaba de ir, son los que nos quedan. ¿Es esto lo que mi repentina presencia le ha enseñado a usted?

ADRIANO. No. Ha sido algo más íntimo. Esto otro no necesitaba aprenderlo, porque hace tiempo que lo sé. Nadie debe confiar en que tiene amigos, y en legión, mucho menos...

LUCINDA. ¡Oh! Pues usted ahora tendrá miles...

ADRIANO. Sí; como los de ustedes... Gente que me rodea, que me sigue, que me halaga, que me adula, aunque yo no me deje... que me explota o me quiere explotar, que se aprovecha de mi sombra o se calienta en los troncos de leña que enciendo yo... Pero ¿amigos? ¡Quién tendrá más de uno! Y a veces, a ese uno, ¿no somos tan ciegos o tan vanos que no lo queremos oír si su voz es advertencia o recriminación y no halago o caricia? Pues a ese leal amigo es al que, con el tiempo, vengan sin querer los falsos, los traidores, volviendo las espaldas.

LUCINDA. ¡Qué pronto me ha recordado usted que fuimos injustos con su padre!

ADRIANO. No dé usted esa interpretación a mis palabras.

LUCINDA. ¿Cree usted que tienen otra? Pero pienso que la catástrofe de mi casa es bastante castigo a nuestros errores.

ADRIANO. ¿Y su padre de usted?

LUCINDA. Anda estos días por el extranjero. ¿Y el de usted?

ADRIANO. Trabajando siempre, aunque yo quiera que descanse. Ya es viejo el pobre; ya es natural que se siente a mirar el camino andado. Usted sabe que ha sido largo y espinoso.

LUCINDA. Ahora puede usted sembrarle de flores el que aún le quede que recorrer.

ADRIANO. ¡Si pudiera!... Pero esta primavera que yo disfruto suele durar poco.

LUCINDA. No tan poco... Cultívela usted bien.

ADRIANO. No depende de mi cultivo... Es que la gloria es tornadiza; la opinión, voluble... ¿Cuándo se cansará de mí, como se ha cansado de tantos, haciéndoles probar el acíbar de los más terribles desdenes?

LUCINDA. Tanto más amargos ¿verdad? cuanto más dejo de la miel se conserve en la boca.

ADRIANO. El padre de mi novia es ejemplo bien elocuente.

LUCINDA. ¿Quién?

ADRIANO. Esquivel.

LUCINDA. ¡Ahl

ADRIANO. Sí; tengo relaciones con Julita. Pues don Mariano, ya ve usted, maestro de dos generaciones, ídolo del público hace diez años, vive entristecido y lleno de amargura... El último descalabro teatral, en que parecía que la gente quería cobrarle

con usura todos los aplausos de su larga carrera, fué cruel, despiadado, inicuo. Se olvidó su historia, su labor, su nombre, sus años... Y el maestro se encerró en su casa con dolor incurable... Los desaires de una mujer duelen mucho... pero ¡los de la gloria, por lo visto...! No rompió la pluma, eso no: Julia me ha dicho que aun escribe... sino que esconde lo que escribe. «Esta es Castilla, que hace a los hombres y los gasta.»

LUCINDA. Lo oigo a usted, y no me parece que está hablándome el mismo hombre a quien yo conocía; aquel muchachillo irritable, rebelde...

ADRIANO. Pues el mismo soy, pero un poco do-
mado...

LUCINDA. ¿Por la victoria?

ADRIANO. No; por la lucha, primero. La lucha me ha limado muchas aristas; especialmente aquella altivez de héroe calderoniano de que usted tanto se burlaba. ¡Qué contrasentido! En los días de oscuridad y de privaciones era soberbio y arrogante; hoy, en las horas del engrimiento y del aplauso, me sublevo contra mí mismo cuando me sorprendo en un arranque de exasperación o de gallardía presuntuosa. ¡De ayer a hoy!...

LUCINDA. ¡Sí que es inesperado! Porque suele ocurrir cosa muy distinta. La altura embriaga... Y quien por alcanzarla ha batallado mucho, al verse arriba parece como si quisiera vengarse de todo y de todos.

ADRIANO. Según... Yo, desde luego, no. *Silencio.*
¿Conoce usted alguna de mis obras?

LUCINDA. Sí. Estuve en el estreno de la primera de ellas.

ADRIANO. ¿*El paje de la Reina?*

LUCINDA. Sí. Pero fuí al teatro sin saber que era de usted la obra, ni siquiera que se estrenaba. Vivía yo entonces tan fuera de mí misma...

ADRIANO. Pues yo, en cambio, supe desde el primer instante que estaba usted allí, y le pedí a Dios una noche gloriosa.

LUCINDA. Lo entiendo. Ahora se ha parecido usted más a aquél.

ADRIANO. Y usted menos a aquélla.

LUCINDA. Pero sabiendo que asistí a aquel estreno, ¿cómo me ha preguntado usted si conozo...?

ADRIANO. *Sonriendo.* Por... por venir a hablar de ello de alguna manera.

LUCINDA. Ya. También conozco, porque me la llevó Pilar para que la leyese, *La Torre de Juan Segundo*. ¡Qué éxito, Adriano! ¡Habrá muchacha de Segovia que no haya aprendido de memoria los célebres versos de la noche de luna?

ADRIANO. Sí; alguna habrá... *La Torre de Juan Segundo* es la obra de mis amores... por las horas en que la compuse, por las circunstancias en que nació. ¿Quién lo diría, no siendo poeta?... ¡Aquella evocación de los reinados del padre y del hijo, de tanta brillantez y riqueza, de tanta gala, de tal fausto y derrochel... ¡Los torneos, las justas, los pasos de armas, la concurrencia de infantes y de embajadores de todo el mundo; lanzas y tizonas, rodelas y broqueles, brocados y plumas, paredes de damasco y techos de oro... vanidades y grandezas humanas!... ¡Oh! Todo esto lo manejaba yo a mis anchas en un entresuelo sin luz y sin aire, ignorando lo que iba a comer cuando dejase las cuartillas, y oyendo los gritos de mis compañeros de hospedaje, tan pobres y visionarios como yo... Así escribí *La Torre de Juan Segundo*. Ningunas horas como aquéllas. *Lucinda se ha conmovido a su pesar y se enjuga los ojos. Al verla él, maquinalmente exclama acercándosele:* ¡Julia!

LUCINDA. *Agraviada.* ¡Lucindal

ADRIANO. ¡Perdón!

Un largo silencio. De la calle llega presurosa Honorata, quien, al ver a Adriano, sin hacer caso ninguno de Lucinda, se deshace en frases de almíbar y en cumplidos.

HONORATA. ¡Discúlpeme usted un millón de veces! ¡Una parroquiana pesadísima: la marquesa de la *Fiesta del Arbol!*

ADRIANO. No hay de qué, Honorata.

HONORATA. ¿No ha de haber? ¿Es que todos los días viene a mi casa un personaje tan personaje? ¿Y Hortensia? ¿Qué ha hecho que no ha salido? ¡Y la criada, tan zafia, que lo mete a usted en este comedor, que es un almacén de trastos viejos! ¿Para cuándo se deja la sala? Venga usted, venga usted por aquí... ¡Dios mío! ¡Lo que va a sentir Juan Felipe!... Venga usted, venga usted... ¡Qué orgullo! ¡Una gloria nacional en mi casa!

ADRIANO. Honorata, ¡por Dios!

HONORATA. ¡Nada, nada; las cosas por su nombre! ¡Gloria nacional y de las más grandes! Por aquí, por aquí... Pase usted, Adriano, pase usted... *Éntrase por la puerta de la derecha, gritando:* ¡Hortensia! ¡Hija mía! ¡Hortensia!

ADRIANO. *Saludando respetuosamente a la muchacha.* Lucinda...

LUCINDA. Adiós, Adriano. *Vase él tras Honorata. Ella, sola ya, rompe en un sollozo, diciendo:* ¡De ayer a hoy!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinetito de confianza en casa de Rufo Rufo, en Madrid.
Dos puertas al foro y una a la izquierda del actor. Balcón a la derecha. Muebles sencillos, modernos y de buen gusto. Es por la tarde. A través de los cristales del balcón entra el sol de mayo.

Sabina, doncella de dilatada historia, lee un periódico, como si fuera el ama de la casa.

SABINA. «Choque de trenes en Inglaterra. Quince muertos y cuarenta heridos.» ¡Jesús! «Aeroplano destrozado en Getafe.» ¡Vaya por Dios! «Mata a su novia y se suicida.» ¡Qué bruto! «La huelga de los carpinteros.» «La huelga de los albañiles.» «La huelga de los metalúrgicos!» ¡Nadal! ¡Que nadie quiere trabajar! «Sindicato de puntilleros.» ¡Virgen! ¡Qué tiempos corren! ¡Hasta para dar la puntilla va a haber cosas de éstas! «La vuelta al mundo en doce horas.» ¡Qué barbaridad! Vamos a leerlo. «Telegrafía de Nueva York...» ¿Quién viene? *Se levanta.*

Por la puerta de la derecha del foro aparece nuestra amiga Honorata, convertida en la imagen de la melancolía. Trae hábito del Carmen y velo.

HONORATA. Buenas tardes.

SABINA. Muy buenas.

HONORATA. ¿El señor letrado?

SABINA. No está; pero vendrá en seguida. Pase usted al *buffet*.

HONORATA. ¿Al buffet?

SABINA. Al bufete. Yo lo digo en francés.

HONORATA. ¡Ah, vamos! Me espera, ¿verdad?

SABINA. Sí, señora, sí. Por esta puerta. *Le señala la de la izquierda.*

HONORATA. Ya, ya sé el camino.

SABINA. ¿Hace mucho tiempo que no ve usted a doña Teresita Ramos?

HONORATA. ¿Conoce usted a Teresita?

SABINA. Sí, señora. Estuve en su casa tres meses de doncella. Y de allí la recuerdo a usted.

HONORATA. Pues no he vuelto hace un siglo. No voy a parte alguna. ¡Mis penas!

SABINA. También solía usted ir a la perfumería de *La borla azul.*

HONORATA. Sí; también. ¡Ay!...

SABINA. Yo serví en la casa de cocinera tres semanas. Mé fuí porque me mareaban tantos perfumes. ¿Sabe usted lo de doña Hipólita? ¡Le ha salido rana el marido! ¡Estaba visto eso!

HONORATA. *Ahogando un sollozo.* ¡Se dan ranas!

SABINA. ¿Y el de usted, señora?

HONORATA. *A punto de llorar.* ¡En el charco... y ya digo bastantel *Éntrase por la puerta de la izquierda.*

SABINA. ¡Pobre mujer! ¡Sí que le debe de pasar también algo gordo; porque ella era muy estrepitosa vistiendo y ahora viene como una beatal... ¡Qué mundo éstel—Aquí está el señorito.

Y como si nada glosara mejor el pensamiento de Sabina, llega de la calle por la puerta de la derecha del foro Rufo Rufo. Trae de cada mano a una niña, ninguna de las cuales pasa de cinco años.

RUFO. ¡Ea! Ya dimos la vuelta. Id ahora a contarle a mamá el paseo. Andad, ricas, andad. *Las besa y las lleva hacia la puerta de la izquierda del*

foro, por donde se marchan. Hace calor. No parece que estamos en mayo. ¿Ha habido algún correo esta tarde?

SABINA. Sí, señor: estas tres cartas y este periódico.

RUFO. *Tomándolos.* ¿Quién me mandará a mí «El Eco de Algodonales»? ¿Qué tengo yo que ver con Algodonales? ¡Me ahogan los papelotes ya! ¿Vino esa señora?

SABINA. No hace dos minutos. En el despacho aguarda a usted.

RUFO. ¡Y que iba a faltar ella! ¡Valiente sinapismol! Llévale un periódico para que se entretenga, y dile que ahora voy. ¡Tengo derecho a sentarme un rato!

SABINA. Es verdad; que no para el señorito materialmente. *Se va con el periódico donde ha leído tanto desastre, para aliviar el ánimo de la desolada Honorata.*

RUFO. No lo sabes tú bien. Por las noches, en la alcoba, no me ves arrullando a las crías. A ver si el correo me trae alguna buena nueva. *Abre un sobre.* Sí, sí; ¡ya escampal! *Lee la carta para sí y la comenta luego.* ¡Claro! ¡Te quedaste con lo que no es tuyo, y ahora, que te lo arregle yo! ¡Para pagarme al postre con una gallinita en Pascuas! ¡Los hay desahogados! *Abre otro sobre.* ¡Carambal! ¡Creí que te habías muerto! ¡Vayal! No me pide más que doscientas pesetas. ¡Como si yo robara lo que ganol! Bueno, ésta se ha perdido. *La rompe.* ¡Cómo andan los Correos ahora! *Va a abrir la última y bosteza.* ¡Natural! ¡Si no pego un ojo! *Se la guarda.* Luego dirá lo mismo. *Se levanta nervioso, porque hace ya un ratito que está oyendo probar una flauta descompuesta en el interior.* Pero ¡carambal! ¿Qué música es ésa? ¿Quién demonios toca? ¡Ah! ¡Pues si es mi suegro! *A don Martín, que*

sale por la puerta de la izquierda del foro probando una flauta: ¿Qué hace usted, hombre, qué hace usted?

DON MARTÍN. Hola, Rufillo, ¡Pschel Matar el tiempo como puedo. Mira tú lo que son las cosas: tanto cambio como ha habido en mi casa y en mi vida, y todavía se conserva esta flauta, que data de mi abuelo Agustín. Puede que de entonces no quede ya más que la flauta. Pero ¿quién la ha guardado siempre? Y ¿dónde? Y ¿cómo? ¡Qué cosas! Ahora voy yo a ver si la arreglo... Se le va el aire por no sé qué sitio. Esta llave, esta llave... *Sopla a ver si suena, aunque sea por casualidad.*

RUFO. ¡Pues sí que estamos en la Arcadia! Y ¿no tiene usted otra cosa que hacer?

DON MARTÍN. ¡Ojalá tuviera! ¡Pero si, además, no me dejáis! Yo comprendo que tengo mala mano; que no la pongo en cosa alguna que no me estelle...

RUFO. Y ¿quiere usted arreglar la flauta?

DON MARTÍN. Sí; como no sirve para nada, puede que lo haga bien. Estoy convencido de que tiene razón Salvatierra: yo soy un *teórico*. ¿Comprendes? Un *teórico*. Concibo, imagino, planeo... y cuando voy a ejecutar, ¡plancha! ¡Un *teórico*!

RUFO. ¡No crea usted que no he dejado yo de ser también un *teórico*!

DON MARTÍN. ¡Hombrel! ¡Ahora que me acuerdo! Antes que se me vaya de la cabeza. Perdóname la vanidad: le llamo cabeza a esta piña vacía. He visto dos o tres días en tu despacho a Adriano Solís...

RUFO. Sí, señor; me ha encargado un asunto.

DON MARTÍN. ¿De bufete?

RUFO. Sí.

DON MARTÍN. ¿Algún lío de teatros?

RUFO. No; es un pleito con una casa de películas. Un contrato incumplido...

DON MARTÍN. Y ¿cómo se ha acordado de ti?

RUFO. ¡Qué sé yo! ¡En buen hora! ¿Es que no merezco...?

DON MARTÍN. Sí, hombre, sí; no te ofendas.

RUFO. Le he agradecido mucho la confianza... y el favor. Me dará cartel y dinero, si gano el asunto. Que sí lo gano. ¡Y todo es poco en esta casa!

DON MARTÍN. Todo es poco, sí; todo es poco. Poco, poco, poco, poco... ¡Te ha caído la helada con esta familia! ¡Te ha caído la helada! *Enterneciéndose de súbito.* ¡Don Martín de la Gavilla viviendo a costa de su yerno! ¡He perdido hasta la dignidad!

RUFO. Papá, no diga usted majaderías. Hágalas usted, pero no las diga. Váyase, váyase a componer la flauta.

DON MARTÍN. ¿Lo ves? ¡Un teórico! Cuando me ocurren ciertas cosas, me acuerdo siempre... me acuerdo siempre... ¿De qué me acuerdo siempre?... ¡Pues no me acuerdo ahora! Esto ya no es cabeza; es una fosforera... sin fósforos. ¿Eh? ¡Sin fósforos! Ahí viene tu media naranja... con las dos mandarinas gemelas que te acaba de regalar. Dices bien: todo es poco, poco, poco... ¡Todo es poco!

Por la puerta de la izquierda sale Rosenda, niñera asturiana, empujando el cochecito en que van a pasear las dos nenas a que se ha referido don Martín. Detrás sale, en traje de calle, Pilar, su fecunda hija, hoy esposa de aquel hombre que tanto la irritaba en tiempos.

PILAR. Rufo.

RUFO. ¿Qué quieres?

PILAR. Fíjate ahora en las nenas. Con estos gorrillos, cuesta trabajo distinguirlas. ¿Cuál es Rufita y cuál es Pilarín?

RUFO. *Embelesado contemplándolas.* Sí que es difícil, sí. Vas a tener que marcarlas, como los pañuelos.

DON MARTÍN. ¡Ja, ja, ja!

ROSENDA. ¡Llaman la atención por las calles estas criatures! ¡Son tan mones!

RUFO. Bueno, bueno; pero no consienta usted que nadie me las besuquee.

ROSENDA. Descuide el señorito.

PILAR. Ya se lo tengo yo bien recomendado.

RUFO. ¿Y las otras?

PILAR. Tan contentas de su paseo. ¡No les gusta salir ahora más que contigo!...

RUFO. Y yo me alegro mucho. Así no me dirás que las quiero menos que a éstas, porque no son mías.

Don Martín se acerca a las niñas y les toca la flauta.

DON MARTÍN. ¡Mira, mira cómo se ríen! ¡Les ha hecho gracia la musiquilla!

PILAR. ¡Mira, Rufo, miral! ¡Mira qué encanto!

RUFO. ¡Jel!

ROSENDA. Son muy *riques*, muy *riques*.

PILAR. *A doña Teclita, que viene por la puerta de la izquierda del foro, también dispuesta para la calle.* Abuela, mire usted. Toca papá la flauta, y se ríen estas monas.

DOÑA TECLITA. A ver, a ver... ¡Tesoro de su bisabuela!

Don Martín vuelve a hacer lo mismo, y ahora se ríen todos.

ROSENDA. ¡Qué salades son!

PILAR. Ea, pues a tomar el sol un ratito. *Las besa.* Sin salir de delante de casa; que el señorito la ve a usted desde su despacho.

ROSENDA. Nunca me alejo; no quiere luego *riñes*. *Se va con las niñas por la puerta de la derecha del foro.*

DOÑA TECLITA. ¡Ay qué dos perlas de biznietas me ha dado Dios!

RUFO. ¿Dos, abuela? ¡A ver si se enfada Pilar!

DOÑA TECLITA. Dos más, hombre. Ahora se habla de éstas. ¡Quién las verá hechas mujercitas! Yo, por supuesto, no. El asma va a acabar conmigo. Caeré con la hoja este otoño. Pero ¡quién las verá!

DON MARTÍN. ¡Usted, abuela, que lleva trazas de enterrarnos a todos!

DOÑA TECLITA. ¡Ca, hijo, ca! Tú no sabes cómo anda ya esta máquina.

DON MARTÍN. ¡Eso le estoy oyendo decir a usted hace cuarenta años!

RUFO. ¡Y yo desde que la conozco!

DOÑA TECLITA. Calla tú, que puedes hablar menos que nadie. Como me desvelo tantísimo, ¡si vieras lo que yo gozo por las noches cuando te oigo calentar la leche para el biberón!

RUFO. ¡Jel!

DOÑA TECLITA. ¡El enemigo de la mujer, y del matrimonio, y de los chicos! ¡Toma, toma! ¡Se casa con una viuda que tiene ya dos hijas, y en el primer parto le trae otras dos! ¡Y lo que queda!

PILAR. Abuela, no nos asuste usted.

DOÑA TECLITA. Por hablador, por hablador te pasa esto. Y no vais a tener más que niñas.

RUFO. ¡Abuelal!

DOÑA TECLITA. Yo no lo veré; pero irás al Retiro con diez o doce por delante...

PILAR. ¡Ánimas benditas!

DOÑA TECLITA. A ver si sacan novio. ¡Toma, toma! Por hablador. ¡Y deseando casarlas! ¡Tú! Ya digo que yo no lo veré... Pero, en fin... con lo que llevo visto, no necesito ver nada más. Me marchó a mi novena. *A Rufo.* ¡Cuánto te agradezco que te hayas mudado a este piso bajo! Las escaleras me horripilan, y con los ascensores no puedo. Quedaos con Dios.

RUFO. Vaya usted con Él y rece por nosotros.

DOÑA TECLITA. *A don Martín, a tiempo de irse.* Tú, deja ya la flauta dichosa y pásate al violón, que es lo que te cuadra.

Se va por la puerta de la derecha del foro.

DON MARTÍN. *Distraído.* ¿Qué me ha dicho?

PILAR. Nada, papá. Sus cuchufletas.

DON MARTÍN. ¡Ah, sí! Sus cuchufletas... Nos entienda a todos. *Tocando la flauta.* Ya, ya voy dando en lo que tiene. Esta llave, esta llave... ¿Dónde he puesto mi cortaplumas? ¡Ya voy dando en ello! ¡Ya voy dandol!

Vase por la puerta de la izquierda del foro toca que toca.

RUFO. ¡Cristol!

PILAR. ¿Qué?

RUFO. ¡Que hay ahí una pobre señora esperándome y se me había olvidadol! ¡Con estos cuadros de familiar...

PILAR. ¿Reniegas de ellos?

RUFO. ¡No, mujer! ¡Es que estoy de pie desde las siete de la mañana, barajando cosas distintas, y cuando llegan estas horas ya no rijo a derechas! ¿Quieres algo?

PILAR. Ahora no. *Con mimo.* Luego tengo que decirte una cosa.

RUFO. ¿Luego?

PILAR. Sí; luego. Una cosa.

RUFO. ¿Eh?

PILAR. No te alarmes; no es eso que se te ha ocurrido.

RUFO. ¡Pues si no es eso, venga lo que venga!

Éntrase por la puerta de la izquierda.

PILAR. ¡Es más bueno que el pan!

Sale Lucinda por la puerta de la izquierda del foro.

LUCINDA. ¿Qué me querías tú?

PILAR. Animarte para que te vinieras a la calle conmigo.

LUCINDA. Pues no me animo; gracias.

PILAR. Y ¿para quedarte en casa te has compuesto tanto?...

LUCINDA. A cualquier cosa le llamas compostura.

PILAR. Ah, ¿no lo es?

LUCINDA. Restos del pasado esplendor... Trajes viejos... que ahora parecen nuevos. Habilidades de mujer casera.

PILAR. ¡Jesús! ¿Es ésta Lucinda?

LUCINDA. Esta, ésta es Lucinda.

PILAR. Pues yo me voy de compras.

LUCINDA. Pues menos te acompaño, entonces.

PILAR. ¿Y eso?

LUCINDA. Me estoy curando de muchas vanidades; de muchas tentaciones... pero ir de tiendas con poco dinero es un esfuerzo todavía superior a mi voluntad. Además, Madrid en este mes de mayo y a estas horas en que se echa a la calle el lujo, es muy peligroso... Seguramente se animaría dentro de mí, creyéndose que volvía a alimentarlo, un diablejo a quien quiero matar para siempre.

PILAR. ¿No digo? ¿Vas a acabar en mística?

LUCINDA. Me detendré en discreta... si llego. Cada día quiero parecerme más a ti.

PILAR. Muchas gracias. ¡Oídos que tal oyen!...

LUCINDA. Ahí verás. ¡Cosas de la vida! A mí tu felicidad me parecía prosaica, poco menos que despreciable, y ahora la envidia. Fuiste muy dichosa con tu primer marido; pasaste luego noblemente por la pena de la viudez, y cuando vino el cataclismo de nuestra casa, te salvaste en brazos de este otro hombre. Y nos salvaste a todos.

PILAR. Es cierto: este hombre es un santo.

LUCINDA. San Rufo, sí; hay que reconocerlo.

PILAR. Te confieso que a mí me conmueve su bondad. Gracias a ella, y gracias a su talento, a su orden y a su trabajo, vamos saliendo del atolladero. Ha recogido la herencia de nuestra ruina y nos saca a todos adelante. No hay así muchos hombres.

LUCINDA. O puede que los haya y que no se sospeche... Porque Rufo mismo...

PILAR. Dices bien. Y ¿es en esto en lo que desees parecerte a mí?

LUCINDA. En esto más que en nada.

PILAR. ¡Camino llevas!

LUCINDA. ¿Por qué?

PILAR. Mujer, eras novia de un íntimo amigo de Rufo; de un hombre bueno, trabajador y muy enamorado de ti; de un hombre que de seguro te haría dichosa... y de la noche a la mañana, sin que nos lo expliquemos, lo despides y acabas con él. ¿Qué lógica hay en tu conducta?

LUCINDA. Pues hay lógica.

PILAR. Chica, no la entiendo. *Pausa.* ¿No te gusta del todo, quizá?

LUCINDA. Me gustaba más que me gusta.

PILAR. ¿Hay algún otro hombre por medio? Porque no siendo así....

LUCINDA. Hay otro.

PILAR. ¡Me dejas con la boca abierta! Nada he traslucido.

LUCINDA. Nada he dejado yo que trasluzca nadie... a no ser él.

PILAR. ¿Él? ¿Quién es él?

LUCINDA. ¡Ay qué difícil es callar!

PILAR. ¿Quién es él?

LUCINDA. Quien menos puedes figurarte: Adriano Solís.

PILAR. ¡Muchacha! ¿El escritor?

LUCINDA. Ese.

PILAR. Pero ¡si va a casarse! ¡Tú misma me lo has dicho!

LUCINDA. También iba a casarme yo.

PILAR. ¡Lucinda! ¿Qué es esto?

LUCINDA. Esto... esto no sé cómo se llame... Esto es algo particular, muy íntimo, tal vez raro... raro sin duda; algo que yo misma no me explico del todo, y, sin embargo, en ello estoy.

PILAR. Me hablas en enigma.

LUCINDA. No puede ser por menos. ¡Si todo nace de un enigma! Ven acá: voy a confesarme contigo.

PILAR. Dí, dí, que me has interesado como una novela.

LUCINDA. Hace poco más de año y medio que nos vimos todos los de casa a las puertas de la deshonra, por aquella locura de papá. ¿Cómo nos libramos de ella?

PILAR. Porque el dinero que se necesitaba nos lo facilitó don Máximo Rojo, por mediación de Salvatierra.

LUCINDA. Y ¿tú crees que el pobre Salvatierra tiene crédito para conseguir aquella suma? ¿Crees tú que sin una garantía valiosa se la hubiera dado don Máximo ni nadie? ¿La encontramos nosotros mismos, llamando a cien puertas?

PILAR. No... Pero ¿qué piensas tú?

LUCINDA. Pienso que fué Adriano Solís quien dió su nombre para salvarnos.

PILAR. ¿Adriano? ¿Con todos los antecedentes...?

LUCINDA. ¡Con todos los antecedentes... y no sé si por ellos o a pesar de ellos!

PILAR. Pero ¿por qué presumes...?

LUCINDA. En realidad, por un solo dato. Sabina, la doncella que ahora tenemos, ha servido en Madrid

cada año en veinte casas. Es mudable; no para en ninguna. Por aquella fecha servía en la de don Máximo, y me ha dicho que más de una vez entraron allí juntos Adriano y Salvatierra. No sé más... pero me hago la ilusión de saber bastante.

PILAR. ¿Será posible?...

LUCINDA. Si lo hizo sólo por todos nosotros, Dios se lo pague; pero ha de decirme a mí algún día por qué lo hizo, por quién lo hizo... y por qué lo ocultó.

PILAR. Conformes. Lo que no veo es la relación entre todo ello y tu ruptura con Augusto.

LUCINDA. Deja eso todavía para mí sola... Sí te diré que, después de un casual encuentro de Adriano conmigo, quedó entre nosotros un no sé qué del alma que nos atrae, que nos acerca... Él, ya lo ves, ha buscando un pretexto para venir aquí; porque no cabe dudar que es un pretexto lo que aquí lo trae; yo te declaro que también he ideado alguno para encontrarlo y hablar con él en diferentes sitios... Creo adivinar que su estado de ánimo y el mío son análogos... Y espero, espero...

PILAR. Ahora entiendo ya lo de Augusto, y que te compongas tanto para andar por casa, y que vayas todos los días a misa a la Almudena, cerca de donde él vive... y otra porción de cosas más. Pero hay una que aún no se me alcanza.

LUCINDA. ¿Cuál?

PILAR. ¿No te ha sido Adriano siempre tan odioso?

LUCINDA. ¿Y me lo dices tú, que querías colgar a Rufo de un farol?

PILAR. *Riéndose.* ¡Mira, tienes razón de sobra! Pero ¡qué tonta soy!

Se besan. Salvatierra asoma por la puerta de la derecha del foro, y exclama al verlas:

SALVATIERRA. ¡Pan con pan!

PILAR. ¡Salvatierral!

LUCINDA. ¡Querido Salvatierral!

SALVATIERRA. *Saludándolas.* ¿Qué idilio fraternal es éste?

LUCINDA. ¡La vida! como dice usted. Papá lo aguarda ya hace rato.

SALVATIERRA. Sí; no he podido venir hoy a la hora de costumbre. Miren lo que le traigo. *Les muestra un rollo de papeles.*

PILAR. ¿Qué?

SALVATIERRA. «El último suspiro de Ofelia». Un solo de flauta.

LUCINDA. ¡Qué bueno es usted!

PILAR. La única persona—fuera de la familia— a quien papá ve con agrado.

SALVATIERRA. Hacemos buenas migas. Él está muy desengañado de la gente... y yo, por lo visto, nací sin tener ya que desengañarme de nada. Paseamos por Madrid, que yo conozco palmo a palmo, y tal vez se consuela de ciertas cosas cuando le señalo mudanzas y trastornos de la heroica Villa... Aquí había un palacio de duques y hoy hay una tienda de comestibles; La Cibeles, antes de haber dado a luz esos dos niños, miraba hacia Neptuno; esta casa modernista de cemento armado, antes era una porquería y ahora también; aquí hubo un salón de baile clásico y hoy se alza una capilla gótica; donde ahora existe una comisaría hubo en tiempos una taberna y algo peor; aquí estuvo el Corral del Príncipe, aquí el de la Pachecca; aquí vivió Cervantes, aquí Lope...

este llano fué plaza, aquí fué templo...

¡De todo apenas quedan las señales!

Nos distraemos así.

LUCINDA. Y usted no sabe el bien que le hace a papá.

PILAR. Hasta luego.

SALVATIERRA. Vayan con Dios las hermanitas.

LUCINDA. Yo me quedo en casa.

Se marcha con Pilar por la puerta de la derecha del foro. Salvatierra las contempla mientras se retiran. Luego dice:

SALVATIERRA. Me gustan las tres. Digo las tres porque la solterita vale por dos. Bien es verdad que la casada vale por tres. ¡Bueno! ¡Me gustan las cinco! ¡No sé qué trae este año la primavera!

Va a irse por la puerta de la izquierda del foro, cuando algo llama su atención y lo detiene. Lucinda vuelve por donde se fué y pasa hacia la puerta de la izquierda, por la que sale oportunamente Honorata.

HONORATA. *Compungida y humilde.* Adiós, señorita.

LUCINDA. Adiós, Honorata. *Vase.*

SALVATIERRA. ¡Honorata!

HONORATA. *Volviéndose hacia él.* ¿Quién? *Al reconocerlo se conmueve profundamente y le entra una llantina muy cómica.* ¡Salvatierra! ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

SALVATIERRA. ¿Qué es eso, Honorata?

HONORATA. ¡La emoción del choque, amigo mío! ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

SALVATIERRA. Vamos, cálmese usted.

HONORATA. ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! Han variado tanto mis circunstancias!... ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

SALVATIERRA. Cálmese, cálmese...

HONORATA. *Con un gran suspiro.* ¡Ay! ¡Ya pasó!

SALVATIERRA. Dolido está ese pecho.

HONORATA. ¡Destrozado, amigo Salvatierra!

*Yo ya no vivo en la calle
donde usted me conoció,
que vivo en la Plazoleta
del Desengaño Mayor.*

Disculpe usted que haya salido con esta coplucha. Todo se pega, menos lo bonito. ¡Usted no sabel... ¡Como hace un año que no va por casa!...

SALVATIERRA. La verdad, Honorata, dejé de ir...— a usted no se le oculta—porque vi que Juan Felipe me recibía con la cara larga...

HONORATA. Sí, señor: eran celos.

SALVATIERRA. Lo presumí. Acaso me gustaba usted más de lo que le convenía a Juan Felipe.

HONORATA. ¡Salvatierral

SALVATIERRA. Tengo debilidad por usted; no puedo remediarlo. Hoy mismo la encuentro como embellecida por el dolor.

HONORATA. ¡Reginol...

SALVATIERRA. Sí, sí: embellecida.

HONORATA. No toquemos eso. Si Juan Felipe pudo dudar de usted, nunca debió dudar de mí. *Pausa.* ¿Se enteró usted de lo de mi hija?

SALVATIERRA. ¿De la escapatoria con Alares?

HONORATA. Sí. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

SALVATIERRA. Vamos, Honorata... ¿A qué vuelve ese llanto? Juan Felipe, ¿no lo obligó a casarse con ella?

HONORATA. Fué su último rasgo de caballero. ¡Porque Juan Felipe... ya no es Juan Felipe! Aquel hombre previsor, metódico, fijo siempre en el día de mañana, ha dado un traspies... ¿qué digo un traspies? ha dado un batacazo mayúsculo. Lo ha embrujado no sé qué flamenquilla; miento, sí lo sé: Petra la *Alcaparra*.

SALVATIERRA. ¡Ah! ¿Petra la *Alcaparra*? ¡La conozco mucho! Es peligrosa cantando granadinas.

HONORATA. ¡Por ahí habrá venido la muerte! Porque por otro lado... Es negra como un grajo y delgaducha como una lombriz... ¡Qué asco de mujer!

SALVATIERRA. ¿Y Juan Felipe...?

HONORATA. Juan Felipe ahora ve solamente por sus ojos. Lo trae sin seso. Le da todo lo que ella le pide, malgasta, juega, se emborracha... ¡Está perdido en absoluto! ¡Está hecho un sinvergüenza! ¡Es muy duro; pero me he casado con un sirvergüenza! La primera papilla, Regino; la primera papilla que no se digiere.

SALVATIERRA. Aunque se digiera, algunas veces se repite.

HONORATA. Tanto monta. ¡Qué calvario el mío! Todas las noches llega a casa hecho una uva, y en vez de llamar a la puerta, maya como un gato que se hubiera quedado en la calle. Y luego se pone a gritar: «¡Honorata Pelayo Domínguez, marquesa del Pan Pringado, ábrale usted a su marido Juan Felipe Moreno y Pérez, que viene bueno!» Los vecinos que lo oyen se mueren de risa, y yo mientras estoy en ridículo. Eso es lo que le queda a Juan Felipe de aquel ingenio andaluz que me cautivó. ¿Se ríe usted también?

SALVATIERRA. No, no, señora...

HONORATA. *Dolida*. ¡Puede que tenga gracia! ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

SALVATIERRA. Vaya, vaya; no se martirice usted más, que me duele ver llorar esos ojos. Descanse usted sobre un pecho amigo. *La abraza*.

HONORATA. Gracias, Salvatierra. Son un bálsamo sus palabras de usted. *Serenándose*. Me he puesto en inteligencia con este letrado, con don Rufo...

SALVATIERRA. Sí...

HONORATA. El esposo *vigente* de Pilar, para que me arregle las cosas en forma de que no me deje ese pirata desagradecido hasta sin camisa.

SALVATIERRA. Bien hecho; muy bien hecho.

HONORATA. Pero ¿ve usted qué vueltas da este mundo?

SALVATIERRA. ¿Cómo si lo veo? ¡De eso sé yo más que nadie, Honoratal! ¡Es no parar! ¡De un año para otro no hay nada en su sitio! ¡Lo bueno y lo malo! Sin ir más lejos, considere usted los tumbos de esta gente, de esta familia... Don Martín, el cuitado, se pasa el día componiendo una flauta, o recitando el romance del Condestable, del de Luna,

*el rico ayer y hoy tan pobre,
que si no le dan mortaja
no la tiene, ni hay de dónde.*

Mire usted. *Sacando papeles de un bolsillo.* ¿Qué cree usted que es esto?

HONORATA. No sé, Salvatierra.

SALVATIERRA. ¡Papeletas de rifa! ¡De doña Manuela Saturnino, la viuda de Golán!... ¡Aquel hombre que parecía que iba a quedarse con todos los negocios de España! Pues ella rifa el *auto*, la colección de sellos, un camafeo y una piel de oso. Ayer me encontré de manos a boca a Puig y Sarriá, un fabricante de paños a quien traté en Tarrasa. Bueno: pues llevaba los codos fuera. Ya no le queda paño ni para remendarse la americana. ¡Y ande el movimiento! ¡Media vuelta a la derechal! ¿Se acuerda usted de Girón Tablillas, el demagogo? Lo desterraron de España porque dijo que había que colgar a quince políticos. El otro día me llevó a su casa. Está hecho un burgués: gordo, finchado, reluciente... En la despensa, por mofarse de sus antiguas ideas, ha colgado quince jamones. A cada jamón le ha puesto el nombre de un político... ¡y los va a devorar a todos! ¡La vidal Y así va el mundo y así van los tiempos, dando y quitando cosas. ¡Sólo yo no me muevo nunca!

HONORATA. ¿Cómo?

SALVATIERRA. ¡Nunca, Honoratal! Sólo yo, testigo de tantas mudanzas, sigo siempre igual. ¡Ni subo ni

bajol ¡Si me parece que nací con estos zapatos y esta chalina!

HONORATA. *Sonriendo tristemente.* ¡Oigal! ¡Pues es verdad! Yo siempre le he visto a usted la misma corbata...

SALVATIERRA. ¡Nací con ella! ¿No le digo? ¡Ayl! ¡A veces le pido al Señor que me saque de mi monotonía; de este horizonte gris que me agobia y me cercal! ¡Un cambio, aunque sea level! ¡Un vaivén! ¡Una volteretilla! ¡Que llegue un día a mi casa y tenga otra cara mi mujer; que mi hijo me lleve dinero en vez de pedírmelo; que mi cuñado diga alguna cosa con sentido común! ¡Aunque todo ello dure poco! Pero ¡que yo lo veal! ¡que yo lo veal! ¡Que pueda atestiguar por mí mismo que da vueltas el mundo!

HONORATA. ¡Ayl! Si han de ser ellas como las que a mí me han traído a esta situación, no las pida usted, Salvatierra.

SALVATIERRA. *En un arranque súbito.* ¡Honorata!

HONORATA. ¿Qué?

SALVATIERRA. ¡Honorata de mi corazón!

HONORATA. *Sorprendida.* ¡Reginol!

SALVATIERRA. ¡Esto no es una idea: es un petardo, un barrenol! Yo he sentido siempre hacia usted una inclinación amorosa; hora es ya de decírselo.

HONORATA. ¿Eh?

SALVATIERRA. Sí. ¡Los celos de Juan Felipe estaban muy fundados! Pues bien: ¿vamos a hacer una barrabasada usted y yo? ¿Vamos a que se mueran de rabia ese granuja, que no aprecia lo que usted vale, y las fieras que yo tengo en casa? ¿Vamos?

HONORATA. Pero ¿qué me propone usted?

SALVATIERRA. ¡Un terremoto, un vendaval que nos arrastre en amor y compañía a otro destino! ¡Quiérame usted un poco y déjese llevar! ¡Vámonos a París, a Roma, a Venecial! ¡Si llego yo a verme en

una góndola con usted, creeré de veras en las vueltas del mundo!

HONORATA. *Muy por lo serio.* Usted se ha equivocado.

SALVATIERRA. ¿Qué?

HONORATA. Usted, Regino, me ha confundido seguramente. La desgracia, por grande que sea, no me transforma. Nací digna, caí digna, y moriré digna. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Este último golpe me faltaba! Beso a usted la mano.

Se va por la puerta de la derecha del foro, dejando atónito a Salvatierra.

SALVATIERRA. *Después de un momento.* Nació tonta, cayó tonta, y se morirá tonta. ¡Ay! ¡Pero a mí, tonta y todo, me ha hecho siempre tilín! ¡Qué diablol! ¡Estará de Dios que yo no cambie! ¡Acabará mis días no siendo más que el desdichado Salvatierral! ¡No da vueltas el mundo! ¡No las da! ¡Galileo se emborrachaba como Juan Felipe!

Se marcha por la puerta de la izquierda del foro. Queda la escena sola un instante. Por la de la derecha llegan entonces Adriano y Sabina.

SABINA. Pase usted; avisaré al señor.

ADRIANO. ¿Sabe usted quién soy?

SABINA. ¡Don Adriano, ni que una no leyera papeles! ¡Si hasta guardo un retrato de usted recortado del *Nuevo Mundo!*

ADRIANO. ¡Entonces!...

SABINA. Los hombres públicos no pueden ustedes ir de secretillo a ninguna parte. Desde que es usted célebre, yo no sé la de casas en que lo he visto a usted. Y usted, naturalmente, no habrá reparado...

ADRIANO. No...

SABINA. *Un poco en voz baja.* ¿Sigue usted visitando a doña Trinidad?

ADRIANO. ¿A doña Trinidad?

SABINA. Bueno; es un atrevimiento preguntario. Usted disimule. Yo duré poco allí. La señora tiene más ínfulas que puede. Y ¡a mí con ínfulas, ni mi madre! También le he abierto a usted la puerta alguna vez en casa de don Máximo Rojo.

ADRIANO. ¡Es casualidad!

SABINA. Y que lo diga usted; porque estuve también pocos días. Me sofocaba mucho la calefacción de vapor. Luego ya me voy acostumbrando. De esto que le digo a usted hará... cuestión de año y medio. Por ahí por ahí... Usted fué con este señor que frecuenta mucho esta casa: el señor Salvatierra.

ADRIANO. ¿Eh?

SABINA. Hablando yo con la señorita Lucinda la otra noche, se lo dije.

ADRIANO. ¿Qué le dijo usted?

SABINA. Eso.

ADRIANO. Y ¿qué es eso?

SABINA. Pues que había usted estado con el señor Salvatierra en casa de don Máximo. ¿He cometido alguna indiscreción?

ADRIANO. No; ninguna... ¿Por qué?

Sale Lucinda por la puerta de la izquierda.

LUCINDA. ¡Oh! ¡Adriano!

ADRIANO. *Saludándola.* ¡Lucinda!

LUCINDA. Qué, ¿viene usted por su pleito? ¿A ver a Rufo?

ADRIANO. Sí.

LUCINDA. ¿Con urgencia?

ADRIANO. No.

LUCINDA. Me alegro.

ADRIANO. ¿Pues?

LUCINDA. Porque estábamos en su despacho de conversación, se le empezaron a nublar los ojos de pronto... y se me ha dormido tranquilamente.

ADRIANO. *Riendo.* ¿Sí?

LUCINDA. ¡Como un leño está! Le aburriría mi charla.

ADRIANO. O habrá pasado mala noche, más bien.

LUCINDA. Eso, de seguro. Las chiquillas le han salido iloronas...

ADRIANO. Pues que descanse el hombre. No seré yo quien turbe ese sueño. Esperaré cuanto haga falta.

LUCINDA. ¿Quiere usted que yo le haga compañía a ver si se duerme también?

ADRIANO. Vamos a probar.

LUCINDA. Siéntese. *Le hace a Sabina un gesto para que se marche.*

SABINA. *Obedeciéndola, pero contrariada.* (¡Qué gesto más despótico! ¡No me lo hará dos veces!)

LUCINDA. ¿Qué dice usted, Sabina?

SABINA. Era para mí.

Vase por la puerta de la izquierda.

LUCINDA. ¿Le interesa a usted mucho el asunto con mi cuñado?

ADRIANO. No; poco.

LUCINDA. Había creído que sí: como viene usted con frecuencia...

ADRIANO. Es verdad; vengo con frecuencia. Pero, a pesar de ello, no me interesa grandemente.

Hace ella un gesto que quiere decir: «¡No lo entiendo!» y él otro luego que significa: «¡Ahí verá usted!» Pausa.

LUCINDA. ¿Otra batalla uno de estos días, Adriano?

ADRIANO. Otra. ¡Qué remedio!

Mis arreos son las armas...

LUCINDA. A ver si me lleva Pilar. ¿Los versos de Mayo se titula la obra?

ADRIANO. Sí; *Los versos de Mayo.* Es una in-

terpretación dramática de la famosa *Sonatina* de Rubén Darío, «La princesa está triste»... La he hecho con mucha veneración. A ver qué tal salgo del empeño.

LUCINDA. Bien; seguramente. ¿Hay nervios, Adriano?

ADRIANO. Siempre; gracias a Dios. Estos nervios ¡son un signo de tantas cosas!...

LUCINDA. ¿Es verdad que los autores cada vez que estrenan tienen más miedo?

ADRIANO. De los demás, no sé. Pero creo que no. Yo, desde luego, no. Después de conseguir algunos triunfos, cada nueva obra no pasa de ser objeto de una batalla literaria... Cosa efímera, de actualidad; pasión de unos días que halaga o duele... pero que pasa pronto. En cambio, en las primeras obras se juega el porvenir, el nombre, la vida casi, la confianza en la vocación y la seguridad en el propio ingenio. ¡Oh! Le aseguro a usted que no es este de ahora como aquel miedo de años atrás... ¡Qué noches la de *El paje de la Reina*... la de *La Torre de Juan Segundo*!...

LUCINDA. Cuando yo era enemiga de usted.

ADRIANO. Justo. Cuando usted era enemiga mía. ¿No lo es usted ya?

LUCINDA. ¡Qué disparate! ¡Si viera usted qué lejos he dejado ya todo aquello, con estar cerca todavía!... A veces se me antojan lances pertenecientes a una vida anterior, como la primera boda de Rufo. A veces, recordando cosas que hice o que dije, le confieso a usted que me arañaría. ¡Qué arrogancia! ¡Qué vanidad! Me consideraba superior a todo el mundo; no escuchaba a nadie. Hoy soy otra. Crea usted que la voz más humilde me hace meditar.

ADRIANO. Según eso, ¿es indudable que ya podemos ser amigos?

LUCINDA. Indudable. Yo quisiera ser amiga de usted.

ADRIANO. ¿De veras?

LUCINDA. Para borrar de su memoria un sin fin de agravios... y de yerros míos.

ADRIANO. ¿Sólo para eso, Lucinda?

LUCINDA. Y para disfrutar de su confianza, de su trato... ¡Un hombre célebre!... Un poquillo de vanidad, por mi parte. De buena vanidad. Así como hay envidia mala y buena, hay también buena y mala vanidad. ¿Es usted rencoroso?

ADRIANO. ¿Cree usted que lo soy?

LUCINDA. Lo pregunto.

ADRIANO. Quien ha batallado y padecido lo que yo, si fuese rencoroso no podría vivir... no podría caminar... Le estorbarían el paso muchas sombras. Pero a usted, aunque yo lo fuera, ¿por qué había de guardarle rencor? ¿Por algún desaire de chiquilla presuntuosa? ¿Por alguna destemplanza de que usted misma ya se ha arrepentido? ¿No vale la pena! ¿Qué dejaría para los enemigos verdaderos? ¡Y tengo algunos a los que muy pronto les he de dar las gracias, porque su pasión me ha hecho más fuerte!... Nada, nada, Lucinda: somos amigos.

LUCINDA. Me felicito de ello, Adriano. Sinceramente amigos.

ADRIANO. Sinceramente.

LUCINDA. En prueba de lo cual y de que este sentimiento nuestro no se ha de alimentar de ficciones, usted va a revelarme un secreto suyo.

ADRIANO. ¿Un secreto mío?

LUCINDA. Entendámonos: un secreto suyo que se refiere a mí.

ADRIANO. *Turbado.* ¿A usted?

LUCINDA. A mí; a mi familia...

ADRIANO. No caigo...

LUCINDA. Hemos quedado en ser sinceros.

ADRIANO. Francamente, no sé a qué puede usted referirse.

LUCINDA. Haga bien memoria. Mire usted que un secreto es carga pesada... y debe llevarse al menos entre dos.

ADRIANO. ¡Y si son dos buenos amigos!... Oriénteme usted un poquitín, a ver si doy...

LUCINDA. Sí; con mucho gusto. ¿Usted sabe cuándo debió de nacer ese secreto?

ADRIANO. ¿Cuándo?

LUCINDA. Presumo yo. . Horas... o días después del primer encuentro casual que usted y yo tuvimos al cabo de dos o tres años de no vernos. Fué en casa de Honorata.

ADRIANO. Sí, sí. Aquel encuentro ¿cómo podría olvidárseme? Ya se lo dije a usted entonces.

LUCINDA. Sí... No sé qué de una enseñanza recibida, me dijo usted. Se aprende a diario. Y ¿nada reserva usted para sí de algo que allí pudo tener origen, según imagino?...

ADRIANO. La verdad, Lucinda... ¡En fin, sea! Sí reservo, sí... Pero no es un secreto solo. Llevo varios en mi conciencia, turbada desde entonces.

LUCINDA. ¿Desde nuestra entrevista?

ADRIANO. Cabal.

LUCINDA. Luego yo no voy descaminada...

ADRIANO. No sé. Quizás sí; quizás no...

LUCINDA. Pues decídase usted a compartir conmigo el secreto que más de cerca pueda tocarme, y saldremos tal vez de dudas.

ADRIANO. ¿Usted lo quiere?

LUCINDA. Lo deseo. Desde que di en pensar en él... no sé pensar en otra cosa. Si nuestra naciente amistad fuese más antigua, lo exigiría. Ahora lo suplico tan sólo. Creo que, si existe, esta amistad será

inquebrantable. Considere usted cómo esperaré sus palabras.

ADRIANO. Lucinda, al oír esas de usted, si no hubiese entre nosotros dos ningún secreto, yo lo inventaría. Va usted a conocer el más íntimo de los que guardo, el más hondo, el que a mí mismo me violentaba revelarme; las raíces del desconcierto que la presencia de usted aquel día causó en mi alma, en mis sentimientos. Yo creía estar seguro de ellos, y bien pronto me convencí de que no lo estaba. Por vez primera caminé aquella tarde hacia la casa de mi amor con esfuerzo, sin alegría... Dentro de mí ser una voz nunca oída me iba diciendo claramente: «No es esa en cuya busca vas; es la otra; la que dejas...»

LUCINDA. *Estremecida.* ¡Adriano!

ADRIANO. ¿Se sorprende usted?

LUCINDA. Me sorprendo, sí; y quiero que piense que, al suplicarle yo, no era eso lo que le preguntaba.

ADRIANO. Pues yo a su pregunta no podía responderle sino eso, porque día por día ha ido labrándose esta contestación en mi alma, como si esperase la pregunta de usted... Día por día, aquella voz ha ido alzándose firme dentro de mí, de tal suerte, que lo que empezó por advertencia se ha trocado en mandato imperioso. Yo arrastro fríamente unos amores que tienen que morir, que ahora mismo han muerto, y es usted quien los mata, Lucinda.

LUCINDA. ¡Adriano! Amigo mío...

ADRIANO. Amigo, no: más, mucho más. Momentos antes de encontrarla a usted la tarde aquella, había yo dicho: «La he separado de mi vida». ¡Qué error! ¡Qué presunción más vanal! ¡Separar de mi vida a quien le dije siendo niño que sería mi vida y mi muerte!

LUCINDA. ¡Cómo no me engañé! ¡Ya sé más de lo

que preguntaba! ¡Cuántas mudanzas, cuántas angustias, cuántos errores, cuántas lágrimas para llegar a este momento! ¿Quién había de esperarlo?

ADRIANO. Es verdad. Nuestras vidas parecía que se distanciaban... que eran opuestas... irreconciliables. Unamos las dos en una sola y seremos dichosos, y seremos también más fuertes para resistir las borrascas que el tiempo loco pueda traernos.

Se estrechan las manos.

Don Martín, que vuelve por donde se marchó y lo halla así, exclama, santiguándose:

DON MARTÍN. ¡Bendito sea Dios! ¡Esto nos quedaba que ver todavía!

FIN DE LA COMEDIA

El Escorial, «Consolación», 8 de setiembre de 1922.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—As se escribe la historia.—Febrerillo el loco.—Pasionera.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Cain.—Amores y amorios.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de É!.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.—El mundo es un pañuelo.—Ramo de locura.—La prisa.—Antón Caballero.—Las vueltas que da el mundo.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrin o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita

nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.—La moral de Arrabales.—La flor en el libro.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito de hora.—La quema.—Cabellos de plata.—Las benditas Máscaras.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijol—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.—Los pápiros.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañuela, arbitrista.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fe Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madrid.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

Ruido de faldas, *pasos y entremeses escogidos, con un prólogo sobre el trabajo de la mujer. Enciclopedia, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Editea with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California. — Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), per GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), per JUAN FABRÉ Y OLIVER Y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Cain*), per JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida intima*), per GIULIO DE MEDICI.

La casa di Garcia.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), per LUIGI MOTTA.

Il centenario, per FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, per GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), per ENRICO TESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quien me recuerda usted?*)—Così si scrive la storia, per GILBERTO BECCARI Y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), per GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), per CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), per el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), per J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), per MARY V. HAKEN.

Begegnung (*Mañana de sol*), per FRANZISKA BECKER Y S. GRANFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le chouchou (*El ojito derecho*), por MAURICE COINDREAU.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de a vida*), por N. SMIDT-REINKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*).—Malvaloca, por JOÃO SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por ALICE PESTANA (Caíel).

A Dama Branca (*Doña Clarines*).—O centenario, por ALBERTO DE MORAES.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por JOHN GARRETT UNDERHILL.





187152

L.S.

Joaquin A4738cu

Author Alvarez Quintero, Serafin and Alvarez Quintero,

Title El cuartito de hora.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

